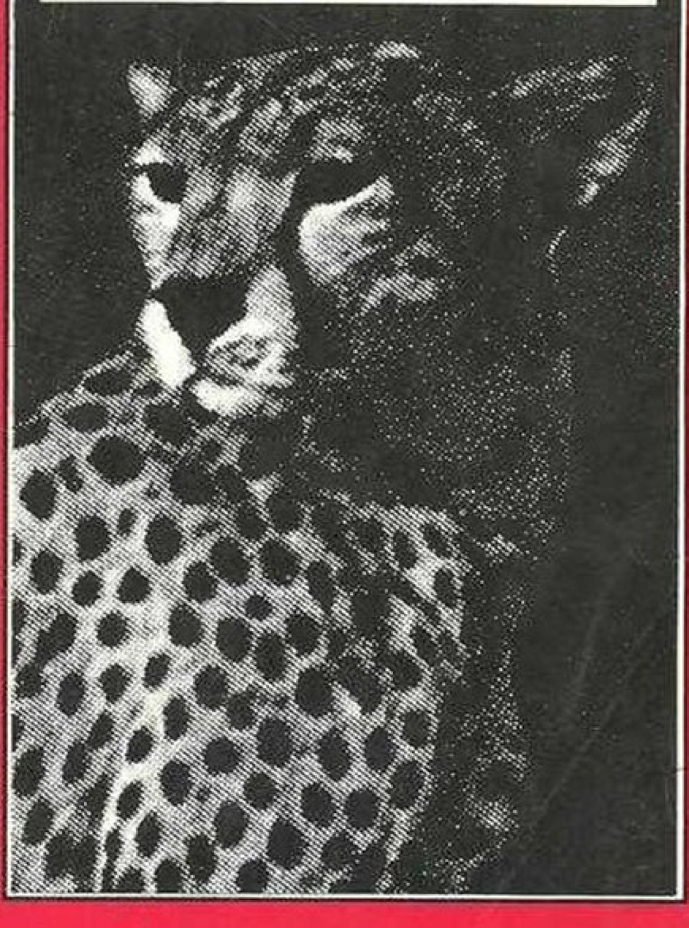
BOILEAU-NARCEJAC

MALEFICIOS



13

«En aquel momento sentía al guepardo como si hubiese salido de mis entrañas. Nuestras miradas no se separaban. Adivinaba el miedo que corría en rápidas oleadas bajo su piel. Sus pupilas se volvían verdes, después amarillas, a impulsos de humos impalpables, de fosforescencias turbias que señalaban la cólera, el miedo, la duda, la sorpresa y otra vez la cólera. Respiraba el olor de la bestia y sabía que estaba enferma, porque no olía a tierra, a heno cálido, sino a carne herida, a víscera. Levanté la mano y el guepardo dejó de jadear. Pero sus belfos temblaron y descubrieron un colmillo, agudo como un puñal…»

Boileau-Narcejac

Maleficios



Título original: *Maléfices*
Pierre Boileau & Thomas Narcejac, 1961
Traducción: Alfredo Crespo, 1984

-

Revisión: 1.0

20/01/2020

El amor no es nada si no resulta loco, algo insensato, prohibido, y una aventura en el mal.

THOMAS MANN
«La montaña mágica»

Pese a sus esfuerzos caerá, porque ha puesto los pies en una red; anda por entre las mallas; es cogido en la trampa por el talón, y la red se apodera de él. Los terrores le asedian, le rodean y le persiguen por detrás.

Libro de JOB

1

François RAUCHELLE
Veterinario
Le Clos Saint-Hilaire
por Beauvoir-sur-Mer (Vendée)

a

Monsieur Maurice GARÇON,
de la Academia Francesa.
Abogado.

(París)

Todo empezó el 3 de marzo pasado. Por lo menos, esto me parece. Ya no sé lo que es esencial y lo que no lo es. ¿Fue la visita de Vial lo que lo inició todo? En cierto modo, sí. Pero si no se cree en el azar, el drama empezó dos años antes. ¡Precisamente en marzo! Fue en marzo cuando me instalé aquí, con Eliane. Llegábamos de Epinal.

Pero no le contaré mi vida. Sólo quiero describirle detalladamente los acontecimientos de estos tres últimos meses, sin resumirlos, sin arreglarlos, en una palabra, tal como los he vivido. Ignoro si soy inocente o culpable. Usted lo decidirá después de leer este informe, porque es un informe lo que me esforzaré en escribir. No tengo la pretensión de saber manejar la pluma con habilidad. Pero mi profesión me ha enseñado a observar, a reflexionar, a sentir

también, y por ello creo poseer una aguda sensibilidad a lo que llamo «las señales». Cuando me acerco a una bestia por primera vez, inmediatamente sé cómo ganarme su confianza, cómo hablarle, acariciarla, tranquilizarla. Lo que mis dedos descubren primero bajo el pelo empapado de sudor, es el miedo. Créame, los animales se ven poseídos por el miedo a morir. Siempre he poseído el sentido de esta angustia sorda que atenaza a las bestias cuando están enfermas. Lo sé todo sobre el miedo. Por eso soy un buen testigo.

Y sin embargo, aquel 3 de marzo, cuando sonó la campana, no tuve ningún presentimiento. Caía la noche. Me sentía derrengado. Durante todo el día había recorrido las marismas, de una granja a otra. Acababa de tomar una ducha y estaba en batín en mi despacho, escribiendo una lista de productos farmaceúticos que debía pedir con urgencia al laboratorio de Nantes. *Tom* ladró. Me levanté con desgana. Sin duda un accidente. Tal vez un caballo herido al que habría que matar. Bajé, cruce la cocina para advertir a Eliane.

—Iré aprisa. Si no es demasiado urgente, lo dejaré para mañana.

—Volverá a enfriársete la cena —dijo Eliane.

Lo que significaba: volver a cenar solo. Pero no podía permitirme el menor descuido. Mi predecesor había perdido su clientela en pocos meses, sólo porque no había comprendido que, en la marisma, las bestias importan más que los hombres. Atravesé el jardín. Detrás de la verja, distinguí una silueta alta y la masa sombría de un auto de dimensiones desacostumbradas. Sin duda, uno americano. Intrigado, apresuré el paso y abrí la verja.

—¿*Monsieur* Rauchelle?

—Sí.

—Doctor Vial.

Le rogué que entrara. Vaciló y después dijo:

—Sólo un momento.

Mientras caminaba a su lado, pensé muy de prisa: un parisiense que ha venido a pasar el fin de semana a Saint-Gilles o Sables. Tal vez para airear su villa, antes de las vacaciones de Pascua… Cincuenta años por lo menos… Rico… Los hijos están colocados… La esposa tiene un perro ahíto de golosinas… Un pequinés o un basset… Le hice entrar en mi gabinete de consulta. Miró a su alrededor, dejó en la mesa el sombrero y los guantes, rehusó la silla

que le ofrecía y me alargó su pitillera. Llevaba un traje de mezclilla de lana, grueso, con un bolsillo superior fláccido que le daba aspecto de actor.

Tenía los ojos muy azules, duros, saltones, la piel del rostro fina, bien nutrida, las orejas carnosas. Me apabullaba un poco.

—¿Le molestaría ir a Noirmoutier? —me preguntó.

—No. No lo visito a menudo, a causa del Gois… Se pierde tanto tiempo cuando uno queda atrapado por la marea al otro lado… Pero si es necesario…

Me observaba, inmóvil, sin escucharme apenas.

—¿Ha cuidado ya a fieras?

—¿Fieras…? ¡Diablo! He cuidado a todos los animales.

—No —dijo con un deje imperceptible de impaciencia—. No se trata de eso… Se trata de un guepardo.

Fue esta palabra la que me puso sobre aviso. Me causó una impresión penosa. Me encogí de hombros.

—Si tuviese la bondad de explicarse…

—Es lógico.

Apartó el sombrero y se sentó en una esquina de la mesa.

—En dos palabras, helo aquí: soy cirujano en Brazzaville. Acabo de pasar unos meses en Francia y, antes de marcharme, he ido a Noirmoutier a saludar a una amiga, *Madame* Heller…

Buscó un cenicero con la mirada, tal vez para recuperar el aplomo. Me daba la impresión de que hablaba a regañadientes. Prosiguió:

—Curiosa mujer… Nació en la colonia… Espero que la palabra no le choque… Vivió allí, se casó. Es verdaderamente una africana. Y después, a la muerte de su marido, el año pasado, se marchó a Francia.

—¿A Noirmoutier?

Vial sonrió.

—Tiene razón en rectificar. Es más fácil imaginarla en París. ¡Es tan distinguida…! Pinta maravillosamente bien. Pero no tenía fortuna. Sólo poseía esa vieja casona heredada de su marido. De manera que tuvo que resignarse.

—Sin embargo, Noirmoutier, después de Brazzaville…

—No podía hacer otra cosa —dijo Vial con sequedad—. Por lo demás, no es desdichada. El lugar resulta encantador, ya verá. La

casa se yergue en medio de un bosque de pinos.

—El bosque de la Chaise.

—Sí, eso creo. Desde su estudio, Myriam ve el mar, la costa…

Había dicho Myriam maquinalmente. Al parecer, tenía la costumbre de llamarla así, pero esto nada demostraba.

—Bueno, ¿y qué me dice del guepardo? —inquirí.

—Bueno, el guepardo está enfermo. Se lo regalé cuando se marchó. Quise que algo viviente la uniese a África. Tal vez hice mal. Ahora, *Nyété* está enferma. No sé lo que tiene. Es una hembra, y las hembras son más delicadas que los machos, más sensibles. Tengo la impresión de que no consigue aclimatarse. *Madame* Heller no sabe cuidarla. Por lo menos, esto opino yo. Me gustaría que fuese usted allí… Compréndalo, para mí, esa bestia es algo más que un guepardo.

Sí, empezaba a comprender. Vial se levantó.

—¿Irá?

—Mañana por la mañana.

—Gracias.

Parecía aliviado y se esforzaba en mostrarse cordial.

—Me encontrará en Sables-d'Olonne, en el *Hôtel du Remblai*. Me marcho dentro de diez días. Venga a darme cuenta…

Rectificó inmediatamente.

—… Venga a explicarme si puede usted hacer algo… Naturalmente, los gastos corren de mi cuenta.

Se dirigió hacia la puerta, otra vez tranquilo, importante.

—Sé que le pido un trabajo difícil. Pero *Nyété* es mansa. Estoy seguro de que no tendrá dificultades.

Buscó una última frase amable, pero no la encontró. Luego me estrechó la mano.

—Hasta pronto… *Hotel du Remblai*.

El auto arrancó sin ruido y yo cerré la verja. ¡Un guepardo! Sin duda una especie de jaguar. No tenía miedo, pero casi lamentaba haberme comprometido con Vial.

—Puedes servir la cena —grité a Eliane, mientras subía hacia mi despacho.

Hojeé varios libros y pronto encontré una referencia breve:

Guepardo: Felino carnicero. El guepardo, llamado también

leopardo cazador y leopardo con melena, vive en el Asia meridional y en África. Parece un gato enorme, pero puede ser domesticado como un perro. Su pelaje, de color pardo amarillento, está cubierto de manchas redondas y negras. Mide un metro de largo. Posee la fuerza, la agilidad y la mandíbula potente de los felinos, pero no tiene ni sus garras ni su carácter feroz; su pelaje es crespo como el de un perro. También se le llama «chetah».

Alcé la mirada: en el fondo de la noche brillaban las luces de la isla; decididamente, no me gustaba Vial. Comprobé la hora de la bajamar: las seis y cuarto. Debería perder toda la mañana. Cuando me senté junto a Eliane no estaba de muy buen humor. Sin embargo, no tenía que temer su curiosidad. Eliane nunca me interrogaba.

Más arriba he escrito que no tenía intención de contarle nuestra vida, pero es necesario que precise ciertos detalles. De lo contrario no me creería usted. Pienso que todos los detalles cuentan. Por ejemplo, hubiera debido describirle nuestra casa. A la salida de Beauvoir se encuentra el camino del golf. Se desliza entre las marismas saladas, dando extraños virajes, un verdadero camino de montaña en un terreno llano como la mano. Aquí y allá, edificadas caprichosamente, hay granjas, casas blanqueadas con cal, cobertizos o trojes de puertas decoradas con una gran cruz blanca. En Bretaña se erigen crucifijos en las encrucijadas. Aquí, se pintan cruces en las puertas. ¿Por qué no me instalé en Beauvoir, que es un poblado bastante importante? Creo que la poderosa tristeza de esta campiña desnuda me atenazó el corazón. No me faltaron pretextos razonables para convencer a Eliane. Saint-Hilaire podía ser comprada por un pedazo de pan. Estaba bien situada, un poco apartada del camino; tenía dependencias en las que, más adelante, instalaría perreras. Haría cultivar el jardín, cegar el pozo, restaurar la fachada… Eliane me escuchaba con su sonrisita indulgente de mujer que no se deja engañar.

—Si tanto lo deseas… —me dijo.

Sí, deseaba aquella casa; era amplia, clara, cómoda. Había una entrada posterior que me permitía ir y venir sin molestar a nadie. Tenía toda un ala para mí solo, y desde mi despacho, en el primer

piso, descubría por un lado el mar infinito, y por el otro, la extensa pradera. Un mar amarillento y verde; una tierra verde y amarillenta. Allí estaba yo, suspendido, como un marinero en la cofa, y de aquella inmensidad ascendía un no sé qué embriagador y algo doloroso. Eliane no me hubiese comprendido si hubiera tratado de explicarle lo que sentía. Ni yo mismo lo he sabido nunca con claridad. Me parece que lo que amaba era la porción inacabada de aquella tierra, que surgía lentamente de las aguas. Yo participaba en una especie de génesis. A veces, por la mañana, al atravesar los campos bajo la llovizna del Oeste y distinguir entre la bruma, al borde de los taludes, los caballos inmóviles, con el cuello vuelto hacia la playa muy próxima, tenía la impresión de ser uno de los primeros pobladores de la tierra. Las bestias se acercaban a mí por las praderas. Yo las saludaba, les hablaba al pasar. La tierra, la lluvia, los animales, yo, éramos la misma cosa, la misma arcilla primitiva en que la vida, soñadora, modelaba formas. Eliane se hubiese burlado de mí si me hubiera atrevido a manifestar mis sentimientos. Ella no es tonta. Pero, al fin y al cabo, muchacha del Este, daba la sensación de hallarse desambientada. Mi profesión no le agradaba demasiado. De haberle hecho caso, me habría instalado en Estrasburgo para cuidar gatos y perros a precios muy elevados. Hubiese sido una especie de doctor fracasado. No. Buscaba algo mejor. Por eso, el día que leí en un diario sindical que hacía falta un veterinario en Beauvoir, me decidí rápidamente. Compré la casa y Eliane se resignó. Como mis ingresos no son despreciables inicié un vasto programa de transformaciones: calefacción con fuel-oil, cocina moderna, televisión… Eliane casi podría creerse en Estrasburgo. Casi… En realidad, se sentía desterrada. Era inútil que le aconsejara que saliese.

—¿Para ir adónde? —me contestaba.

—No quiero que te aburras.

—No me aburro.

Cultivaba flores, cosía, bordaba, leía o bien, para darme satisfacción, se obligaba a dar un rápido paseo en bicicleta. Como no teníamos aún teléfono —hacía meses que nos lo habían prometido y mis reclamaciones eran inútiles—, dos veces por semana yo mismo traía de Beauvoir nuestras provisiones: carne, conservas, legumbres. Cuando Eliane estaba cansada, una vieja que

vivía frente a nosotros, en una casucha ruinosa, venía a ayudarla. Tenía setenta años y era conocida por el apodo de *la madre Capitana*. Tal ver fuese su verdadero apellido. Apenas teníamos amigos. ¡Estaba tan poco en casa…! Conocía a todo el mundo. Charlaba a derecha e izquierda. En mi profesión hay que ser charlatán. Pero no había intimado con nadie. No es fácil decir el porqué. No soy lo que se llama un hombre introvertido. Por el contrario, soy más bien sociable. Pero incluso las conversaciones más amistosas me cansan. Siempre resultan superficiales. Aquí, la naturaleza enseña hora tras hora, estación tras estación, todo lo que hay que saber. Los vientos y la luz, la tierra y el cielo dialogan interminablemente. Como dice *la madre Capitana*: «La lluvia me hace compañía». Soy de la misma raza que ella. Escucho cómo pasa la vida. Sin duda es lo que me da esa expresión algo ansiosa que tan a menudo engaña a la gente.

—¿No van bien las cosas, *Monsieur* Rauchelle?

—Sí, sí, van bien.

A mis espaldas, sé que murmuran: «Trabaja demasiado… No lo resistirá… Su salud ya no es demasiado buena…» Sé todo esto, y también que se equivocan. Por lo menos, creía que se equivocaban. Pero ahora me pregunto: ¿No hubiese sido mejor ser como ellos, llenos de ese sentido común que se detiene en las apariencias?

Pero vuelvo a Eliane. Por acuerdo tácito, nunca hablábamos de mi trabajo. En compensación, Eliane nunca se quejaba. Cuando volvía a casa, derrengado, me cambiaba, me ponía un traje limpio e iba a la otra ala de la casa donde Eliane me esperaba. La besaba. Ella me acariciaba suavemente la mejilla para indicarme que estaba a mi lado, que seguía siendo mi aliada, que compartía mis dificultades, y después me llevaba al comedor. La mesa estaba siempre florida y el menú era agradable. Casi nunca pescado. Eliane no sabía prepararlo. Pero abundaba la carne, cocinada de veinte maneras, platos típicos de su región que me aturdían. Después dormitaba mientras ella contemplaba la televisión.

Hubiese querido hablar, pero, así como ella no sabía adónde ir, yo no sabía de qué hablar. Sencillamente, me encontraba a gusto allí y ella adivinaba que estaba bien, lo que creaba un silencio factible, penetrante, a veces algo melancólico. Tal vez la felicidad debe de ser así, teñida de no sé qué añoranza. Trato de explicar mis

impresiones. Todo cuanto me rodeaba era importante y me desgarra, ahora que ha terminado. Me parece vernos cuando íbamos a acostarnos. El dormitorio estaba amueblado con gusto refinado. Había sido concebido por un decorador de Nantes. Al principio, me parecía demasiado bonito; tenía aspecto de catálogo. Pero, poco a poco, se había adaptado a nosotros, como un vestido. Daba cuerda al despertador en tanto que Eliane se peinaba. A veces, me detenía a mitad de un ademán. ¡Cómo! Tenía treinta años y vivía ya como un viejo. Pero no. Más bien como un soldado. Había aceptado una disciplina; no me había sometido a unas costumbres. ¿Y Eliane? Pero, ¿por qué había de atormentarla con preguntas absurdas? Apagaba la luz. Nunca cerraba los postigos, excepto las noches de temporal, cuando los jirones de niebla volaban por encima de los prados. Me gustaba ver desde la cama las estrellas y el reflejo de los faros, tan breve que parecía imaginario. ¿Y después? Puesto que he decidido decirlo todo, debo abordar este punto capital. El amor, es decir, el amor físico, no ocupaba un lugar muy importante en nuestra existencia. Era un simple rito, por lo demás agradable. Así discurrían nuestros días y nuestras noches. Trabajaba mucho; mi caja de caudales se llenaba de billetes, que cada mes llevaba al Banco. No daba mucha importancia al dinero. No tenía ninguna ambición. Sólo vivía para mi carrera. También sobre esto he de aclarar algo. Distaba mucho de ser un sabio. Los estudios me habían aburrido en muchas ocasiones. Pero tenía, en un grado notable, «la mano». Me resulta difícil explicarle lo que esto significa. Habrá oído hablar de los zahorís; tienen el sentido del agua; la notan en los nervios; se inmovilizan encima de ella, como la aguja cuando señala el polo magnético. Yo poseía el tacto del curandero. Mis manos localizaban instintivamente el órgano enfermo e inmediatamente el animal se abandonaba. Entre él y yo se realizaba un intercambio; no sé describirlo mejor. Desde luego, no resulta claro, pero la verdad no siempre lo es; incluso puede parecer increíble, ya lo verá. De lo que no cabe duda es de que, junto a las bestias, entraba en comunicación con mi naturaleza verdadera. Sabía de esa ambigüedad, de esa bruma en la que a mi pensamiento le gustaba sumergirse. Me concentraba, mis dotes de observación se agudizaban. Me convertía en perro, en caballo o en buey. Sentía en mi carne la de ellos. Los descifraba al través de mí, y me curaba al

través de ellos. Me parece que los músicos, los auténticos, deben experimentar algo semejante. Es trastornador. Existe en ello una dicha de la que uno nunca se cansa. Me cuesta comprender a los hombres, a las mujeres, a causa de esa nube de palabras y de razones de que se rodean. Los Los animales solamente son amor y sufrimiento. Yo era el pastor de la región, la bestia instruida que devolvía la vida a las otras bestias.

Sé que este lenguaje es sorprendente, pero lo empleo, sin duda, por última vez. Nunca más volveré a las marismas. Si he abierto este largo paréntesis es para que penetre usted en los sentimientos que experimenté después de mi entrevista con Vial. ¡Un guepardo! Confieso que me sentía turbado. Tenía miedo a fracasar. Y si fracasaba, habría muerto mi confianza, esa fe en mí mismo que infundía a mis animales la vitalidad, gracias a la cual, después, los remedios ejercían su influencia. La palabra guepardo resonaba desagradablemente en mi interior. Tenía algo de solapado, de venenoso. Cené rápidamente y, antes de acostarme, anoté en mi libreta: M. H. Hubiese podido escribir: Myriam Heller. ¿Por qué aquellas dos iniciales? ¿Presentimiento? Lo ignoro. Recuerdo que gruñí en voz alta: «¡Hubiese podido darme una dirección más concreta!» Después observé el cielo. El tiempo era hermoso. Dispondría de tres horas largas. Bastante más de lo que necesitaba para efectuar sin riesgos el viaje de ida y vuelta. Me disculpo una vez más por detenerme en algunas aclaraciones indispensables para que los que no conozcan el Gois puedan seguir este relato. Dudo de que usted haya venido a perderse a este rincón de Vendée, desolado en invierno y sin gracia en verano. La isla de Noirmoutier queda unida al continente por una calzada de cuatro kilómetros de largo, que el mar cubre a cada marea. Pero esa calzada no se parece a ninguna otra. Serpentea como una pista al través de la arena, carretera en ciertos lugares y camino malo, siempre mojado, en otros. Le llaman el Gois. De trecho en trecho, lo jalonan unos piquetes que marcan su dirección cuando está sumergida. Sólo es practicable durante algo más de tres horas, con marea baja. Así que el viento del Sudoeste empuja las olas hacia el estrecho de Fromentine, hay que desconfiar. El mar avanza muy rápidamente y, como los autos sólo pueden ir al paso, el viajero imprudente corre el riesgo de verse sorprendido en mitad del vado. Sólo queda un

recurso: abandonar el auto y correr hacia el refugio más próximo. Hay tres refugios. Son balizas con jaula, una especie de plataforma rodeada por una barandilla que se elevan hasta más de seis metros; están plantadas en zócalos cónicos semejantes a patíbulos. Durante la pleamar, hay más de tres metros de agua en el Gois. Y lo que yo no había dicho a Vial es que el Gois me inspiraba una especie de terror. Me veía obligado a recorrerlo porque tenía varios clientes en la isla, pero siempre lo hacía a regañadientes. Por lo demás, los accidentes eran bastante frecuentes, pese a los carteles indicadores de la bajamar, situados a cada extremo del paso.

A las seis emprendí el camino, en mi «2 CV». Además del maletín, me llevé una maleta pequeña que contenía un gran surtido de medicinas. En aquella época, el Gois estaba desierto. Noirmoutier no era más que una línea violácea en el horizonte. Se adivinaba el mar, allá a lo lejos, por el vuelo de las gaviotas. Me parece oír aún, perdido en la distancia, hacia el islote de Piliers, el mugido grave de un vapor que buscaba la boca del Loira. No era una mañana igual a las demás. Me sentía algo ansioso. Sin embargo, estaba seguro de mí, y en cierto modo, contento, a causa del aire vivo y de aquel inmenso espacio solemne por cuyo centro avanzaba como a ciegas, entre los baches. Las lámparas de las balizas palidecían con la luz del alba. Evitaba de la mejor manera posible los hoyos y las salpicaduras del agua salada en el motor; para mí, un mecanismo es una cosa viva que procuro cuidar minuciosamente. A veces, el valiente cochecito encontraba terreno propicio, y le soltaba las riendas. Al llegar al centro me aparté para dejar paso al autocar de Nantes, que arrastraba su remolque bamboleante. Milsant, el chófer, me saludó con la mano. Después el camino ascendió y abordé la isla. Desde el bosque Gaudin a Noirmoutier hay menos de quince kilómetros. Los recorrí sin prisas. Todo el mundo dormía aún en la Guériniére y, de repente, comprendí que llegaría demasiado pronto a casa de Myriam. Me detuve en el puerto de Noirmoutier y tomé café en un cafetucho donde discutían unos pescadores, con las cabezas muy próximas. «Puesto que el guepardo se parece a un gato grande, lo que es bueno para un gato es bueno para él… No porque esa bestia haya nacido en África…» Pero recordé las lecciones de nuestros profesor de Biología. Pretendía que el medio ambiente ejercía una influencia

profunda en los animales, lo mismo que en los humanos. «No lo olviden nunca, señores —terminaba—. El medio ambiente… ¡Todo procede de ahí!» Consulté la hora y salí. Me sentía de nuevo preocupado, inquieto. Tenía prisa por marcharme. El bosque de la Chaise es lo que queda de una inmensa pineda que antaño debía de cubrir todo el norte de la isla. Las villas más hermosas han sido construidas en ese bosque, junto a la bahía de Bourgneuf, al amparo del viento de mar. Pero hay decenas y decenas de propiedades. Tal vez no fuese fácil localizar la de Myriam Heller. Entré en un colmado. ¿*Madame* Heller? Me miraron con desconfianza. No, nunca habían oído hablar de esa dama. Tampoco en la panadería tuve más suerte.

—¿Dice usted que pinta…? ¿Cómo es?

—No sé. Nunca la he visto.

Entonces se me ocurrió acudir al carnicero.

—¡Ah! ¡La señora de la pantera! —exclamó—. Es la «Villa Maud»… Pero, vamos a ver: ¿usted es el veterinario de Beauvoir?

—Sí.

—Ya me parecía… Una vez le vi en casa de los Mazeau.

—En efecto.

Le dejé hablar, sabiendo que sería más locuaz que Vial.

—Es una buena cliente —dijo—. Y no demasiado exigente. Debe de ser muy rica, porque una pantera así come por siete.

—Es un guepardo —rectifiqué—. No una pantera.

—¡Oh!, para mí no hay diferencias. De igual modo le pegaría un tiro. O bien lo regalaría a un Zoológico… Pero tener eso en casa… La buena mujer está chiflada.

Y, como yo sonreía, me cogió por la solapa de la canadiense, me acercó a él y, bajando la voz, pese a que la tienda estaba vacía, murmuró:

—En serio. Está chiflada. Nunca se la ve durante el día. Sólo sale de noche. ¿Encuentra esto natural?

—Es una artista. Hay que ser indulgente. Pinta…

—¡Pinta, pinta! ¿Y es éste un motivo? Figúrese que me paga con cheques, en vez de venir con dinero, como todo el mundo. ¿Quién se cree, eh? ¡Caramba, aquí no somos unos salvajes…! Y espere… Aún no le he dicho lo mejor…

Una vieja entró en la tienda. El carnicero me soltó.

—Vuelva dentro de un rato. Iremos a beber un trago.

—Pero, ¿y la «Villa Maud»?

—Vaya hasta la aduana y allí siga el paseo principal, a la izquierda. Es la última villa.

Mientras caminaba, intenté imaginarme a Myriam. Era la primera vez que me esforzaba en evocar su silueta, su rostro. Sin duda era joven, algo excéntrica, semejante a aquellas mujeres que, en verano, atravesaban Beauvoir a toda marcha. Me desagradaba anticipadamente. Y, además, estaba seguro de que había sido la amante de Vial. Pero, después de todo, ¿a mí qué me importaba aquello?

Descubrí rápidamente la «Villa Maud». Era una casa de un piso, estilo 1900, con adornos de madera. Parecía algo descuidada. Todos los postigos estaban cerrados. Empujé la verja y penetré en el jardín. En realidad, más que un jardín era un pedazo de landa rocoso, donde crecían varios pinos magníficos. Subí a una grada de tres peldaños. Busqué algún timbre. No lo había. Por lo tanto, llamé discretamente. Ningún ruido. Sin duda, Myriam y su guepardo dormían. Di la vuelta a la villa y, al través de los pinos, descubrí el mar. Por aquel lado, un balcón de madera ocupaba la fachada; era muy ancho. Habían instalado una hamaca junto a un velador. El viento sacudía suavemente las páginas de un libro olvidado sobre la mesa. Regresé junto a la puerta principal y grité:

—¿Hay alguien?

Cuando iba a marcharme, la puerta se abrió bruscamente y vi a una mujer negra.

2

Tenía una cincuentena de años. Era baja, gruesa, con rostro de carlín y ojos húmedos y dulces. ¡No! ¡No era posible! Me quedé sin voz. Finalmente, tartamudeé:

—Discúlpeme… Vengo de parte del doctor Vial.

—Pase. Voy a avisar a *Madame*.

Hubiese debido suponer que Myriam tenía una sirvienta. Pero cuando penetré en el salón estaba aún trastornado por la sorpresa. Entonces comprendí hasta qué punto me inquietaba esa visita, que me apartaba de mis costumbres. Desde la víspera había sido, más o menos conscientemente, el centro de mis preocupaciones. Y no sólo a causa del guepardo… Me parecía que estaba amenazada mi seguridad. Todo de una manera muy vaga, muy fugaz. Ahora, al narrarlo, tiendo a exagerar la nota; ¡es inevitable! Pero lo cierto es que entonces tenía la necesidad de prevenirme de algo. Por eso observé con desconfianza la habitación en que acababa de entrar. No mostraba nada de notable. Era un viejo salón, húmedo y sombrío, no muy limpio. Había un piano cerrado, junto a la pared, y encima la fotografía de cuerpo entero de un hombre barbudo vestido de artillero. En la mesa tres ramas secas de mimosa. El *parquet* crujía. Por discreción, no me atreví a moverme. Oía por encima de mí un murmullo de voces. Me incliné y cogí de debajo de una silla un pequeño mechón de pelos rojizos. *Nyété* había merodeado por allí. Los pelos eran largos, ásperos, blancos junto a la raíz; sin duda pelos del muslo. Consulté la hora: las ocho menos diez. Aquellas mujeres no debían de pensar en la posibilidad de que yo tuviese prisa. En aquel momento crujió la escalera y adiviné que era ella. Pero cuando entró, experimenté una nueva sorpresa: tenía ante mí a una mujer alta y delgada, envuelta en una bata de color

ciruela. Me sorprendió su fría distinción. Sin saber por qué había esperado encontrar un ser frívolo y superficial, y estaba en presencia de una dama. Distingo lo que la palabra puede tener de expresivo y de cándido, pero explica exactamente mi primera impresión. Y como soy tímido, en seguida me mostré más zafio, más rústico que de costumbre. La saludé con un rápido movimiento de la cabeza.

—Rauchelle —dije—. Veterinario de Beauvoir. Me envía el doctor Vial…

Ella sonrió y, de repente, se transformó en otra Myriam, sencilla, amable, juvenil. Tendría cuarenta años, pero, cuando sonreía de aquella manera, se convertía instantáneamente en una camarada de juego. Me alargó la mano con simplicidad. Sus ojos grises brillaban de interés, de atención, de cordialidad.

—Y ha tenido usted que recorrer todo ese camino… —dijo—. Philippe es ridículo. Lamento que le haya molestado por nada. *Nyété* añora su tierra. Ya se le pasará.

En seguida noté, por la entonación de su voz, que también ella sufría de la enfermedad de la añoranza, una enfermedad incurable.

—Venga —prosiguió—. Se la enseñaré, puesto que está aquí… Discúlpeme… Está todo desordenado.

La seguí escaleras arriba. Ascendía ágilmente, con la cabeza vuelta a medias hacia mí.

—Preferiría que no la tocase usted. No tiene un día bueno. Yo misma he de tener cuidado.

—Estoy acostumbrado —dije estúpidamente.

Por momentos me sentía más incómodo, más torpe, y odiaba a Vial… Philippe. El hombre a quien ella llamaba Philippe. Prefiero hablar ahora de este detalle. No es bonito. Pero, sobre todo, es insólito. Me sentía celoso por primera vez, con celos de adolescente, de niño. Lo supe inmediatamente. Ni por un momento me engañé acerca de la naturaleza de este sentimiento, de modo que al entrar en su habitación tenía una expresión furiosa. La bestia dormía en medio de la cama deshecha, tendida de costado. Cuando me vio, permaneció inmóvil, pero sus ojos empezaron a arder entre los párpados semicerrados.

—Con cuidado —cuchicheó Myriam.

Se sentó en el borde de la cama. Entonces, el guepardo se

incorporó y arrastróse hacia su ama con las orejas aplastadas sin dejar de vigilarme de reojo. Myriam acarició la cabeza chata, adornada con tres rayas oscuras entre las orejas.

—Bonita…, bonita… —murmuraba Myriam.

Yo sólo veía al animal. Todo lo demás estaba olvidado. Siempre me ha parecido curioso este cambio brusco, que nunca he podido saber a qué obedece. Lo percibo después, cuando trato de estudiarme en frío. Rauchelle ya no existía, y sí sólo un ser muy primitivo, acostumbrado a imponer su voluntad. A pesar de que, en general, soy más bien indeciso y de carácter dubitativo, me adelanté con paso firme y me incliné sobre *Nyété*, que torció ligeramente la cabeza, a punto de adelantar la zarpa.

—Apártese —dije a Myriam.

—Le morderá a usted —contestó ella con voz angustiada.

—¡Apártese!

En aquel momento sentía al guepardo como si hubiese salido de mis entrañas. Nuestras miradas no se separaban. Adivinaba el miedo que corría en rápidas oleadas bajo su piel. El costado jadeaba muy de prisa. Las pupilas se volvían verdes, después amarillas, a impulsos de humos impalpables, de fosforescencias turbias que señalaban la cólera, el miedo, la duda, la sorpresa y otra vez la cólera. Respiraba el olor de la bestia y sabía que estaba enferma, porque no olía a tierra, a heno cálido, sino a carne herida, a víscera. Levanté la mano y el guepardo dejó de jadear. Pero sus belfos temblaron y descubrieron un colmillo, agudo como un puñal. A mi espalda, unos pies se deslizaron sobre el *parquet*… La negra, que venía a ver… Percibí también el miedo de las dos mujeres y les dije que se retirasen al fondo de la habitación. Entre ellas y el guepardo había algo así como un lazo psíquico; su miedo se comunicaba al animal y aumentaba su pánico. Cuando dejó de verlas, el lazo se rompió.

Estábamos solos, frente a frente, y noté que se apaciguaba.

—*Nyété*… —dije.

La bestia tuvo un sobresalto. Aquella voz masculina, nunca oída hasta entonces, la inquietaba y, sin embargo, no le desagradaba.

—*Nyété*… Pequeña…

Los músculos se relajaron; la larga cola se agitó sobre las sábanas y después se inmovilizó pegada al vientre con la punta aún

erguida y vibrante. Agité los dedos y gruñí suavemente. Entonces *Nyété* se dejó caer de costado y un ronco ronroneo pareció salir de debajo de ella. Esperé otro poco, pues conocía los reflejos fulminantes de los felinos. Después, muy lentamente, bajé la mano. *Nyété* la sentía llegar y experimentaba una voluptuosidad poderosa que le hacía entreabrir la boca. Desplazó una pata para ofrecer mejor su flanco, manchado de negro como una piel de pitón.

—Pequeña…

Mis dedos rozaron su nuca y *Nyété* experimentó un espasmo de placer. Cerraba los ojos, con la lengua entre los dientes. Se me había entregado. Empecé a acariciarla, primero las ancas, después la cruz. Puso rígidas las cuatro patas y lanzó un suspiro de felicidad. Cuando le hablaba, sus párpados, rodeados por una línea rojiza que se prolongaba hacia las sienes, se alzaban con esfuerzo, llenos de languidez, y una fracción de la pupila, dorada como un licor, aparecía a la vista. Palpé bajo el ancho muslo la carne húmeda y grasa del vientre, tan fina alrededor de los botones apenas insinuados de las mamas. Después, con el puño le di dos o tres golpecitos en la cabeza y me levanté. *Nyété* abrió los ojos, bostezó y se lamió el hocico. Le rasqué otra vez las orejas.

—Bueno. Está bien —dije—. No es grave.

Myriam y su sirvienta estaban aún trastornadas.

—No sé cómo ha podido usted… —empezó a decir Myriam—. No es muy sociable… Ronga, ve a preparar café. *Monsieur* Rauchelle se tomará una taza.

Confieso que me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Me quité la canadiense con naturalidad, porque estaba seguro de que podía permitírmelo. Experimentaba la extraña sensación de que me había convertido en el amo, y no me sorprendí cuando Myriam me ofreció un cigarrillo. Y lo que es más, yo que nunca fumo, aquella mañana fumé con placer.

—¿Qué le da de comer? —pregunté—. ¿Carne tres veces al día?

—Sí. Es lo que Philippe me ha recomendado.

—El doctor Vial es probablemente un buen médico. Pero no sabe nada de animales.

Reímos al unísono, cómplices ya. Quisiera hacerle comprender lo que era aún tan oscuro y, sin embargo, tan fuerte. Así como *Nyété* se me había entregado por una especie de salvaje impulso amoroso,

igualmente consideraba a Myriam como de mi pertenencia. Había olvidado que apenas estaba vestida, que no iba ni peinada ni maquillada. Charlábamos con familiaridad en aquella habitación, en la que se veían esparcidas una serie de prendas femeninas, tan a nuestras anchas como si hubiésemos vividos juntos durante años. Supe lo que significa la intimidad. La bestia, la mujer y yo estábamos sumergidos en el mismo calor, nos tocábamos con nuestras miradas y nuestras manos, que olían a fiera y a amor, estaban allí, entre nosotros. Abajo, en la cocina, ronroneaba el molinillo de café. Sentía deseos de quedarme, cautivado por una dulzura que me acariciaba el corazón. Y me oía decir, como en un sueño:

—Necesita legumbres, que debe usted aplastar y mezclar con jugo de carne… En fin, hacer una pasta. ¿No me cree?

—¡Oh, sí! Pero me hace gracia. ¡Sopa para *Nyété*! Rió entre sus esbeltas manos desnudas, en las que no brillaba ninguna alianza.

—¿Lo oyes, *Nyété*? —prosiguió—. ¿Serás buena? Tienes que obedecerme como si fuese el señor. Pero volverá usted, ¿verdad?

En las comisuras de sus ojos aparecían unas arrugas muy delgadas, y como sus cabellos estaban salpicados de blanco, una especie de tristeza se apoderaba de sus facciones así que dejaba de sonreír.

—Claro está que volveré.

—Allí la hubiesen curado en seguida —dijo Myriam—. Los indígenas conocen remedios extraordinarios… Sí, se lo aseguro.

—También los campesinos de la marisma. Lo cual no impide que se mueran las bestias.

—¿Es escéptico?

—Prefiero observar. Por lo pronto, contentémonos con un tratamiento clásico. En el automóvil tengo todo lo que hace falta.

Bajo la intrascendencia de las frases seguía latiendo el mismo regocijo, la misma complacencia ambigua.

—¡El café está a punto! —gritó Ronga.

—Bajemos —propuso Myriam.

—¿Sabe que antes he tenido una sorpresa? —dije—. El doctor Vial no me había hablado de su criada. De manera que, cuando me ha abierto la puerta…

¡Ha creído usted que era yo!

Se puso a reír. Buscó un pañuelo para secarse los ojos.

—Qué gracioso es, Dios mío, qué gracioso… Ha de saber que soy una verdadera africana. Nací en Magumba y hablo con facilidad los dialectos del Camerún.

Estábamos en el umbral. Me retuvo por una muñeca.

—Ronga es hija de un jefe —murmuró—. No se confunda. De las dos, sin duda yo soy la más negra. ¿Nunca ha estado en África?

—Nunca.

—¡Lástima! ¡En los demás sitios una se asfixia!

Bajamos y Myriam me hizo entrar en lo que llamó la sala de estar. Era una habitación inmensa donde reinaba un desorden que me sorprendió. Había lienzos por todas partes, en las sillas, en las mesas, a lo largo de las paredes. El suelo estaba manchado. Se veían varias paletas, llenas de pintura. Entre las dos ventanas había un caballete. Sostenía un boceto espléndido: un busto de negra, de senos audaces, con una pesada sensualidad en el rostro, lleno de luz.

—Es Ronga —me explicó Myriam—. Me sirve de modelo. Naturalmente, no busco el parecido. Pero cuando la pinto, recuerdo… Entonces estoy allí.

Entrecerró los ojos y su cabeza esbelta adquirió cierto parecido a la del guepardo. No me cansaba de contemplarla.

—Siéntese —me invitó.

Después, al descubrir que todas las sillas estaban ocupadas, barrió los lienzos con la mano, desocupó una mesa y llamó a Ronga.

—La pintura no es mi especialidad, pero me parece que tiene usted mucho talento.

Empecé a examinar cuadros. Myriam me seguía, con una taza en la mano, soplando suavemente su café, que estaba demasiado caliente. Yo contemplaba los árboles de allí, las flores de allí, el océano de allí, en colores crudos, densos, con predominio de los ocres.

—¿Le gustan?

Inclinó la cabeza, pero, en verdad, no sabía si aquello me gustaba. Estaba demasiado acostumbrado a las tonalidades cambiantes de mi país de barro y de hierba. Sin embargo, la violencia de aquellas telas revivía en mí una especie de ansia de sol y de calor.

—Si me atreviera —dije…

—Bueno, ¡pues atrévase!

—Le pediría que me regalase uno.

—Escoja… El que quiera.

Me sorprendió mi audacia, y tuve la impresión de que también ella había contestado demasiado de prisa, con un impulso demasiado alegre. Sorprendido, tardé en decidirme. Descubrí un cuadro de pequeño tamaño, enmarcado con un sencillo listón negro.

—Éste.

Imagine una colina, cortada verticalmente, como un pastel. Arriba, en el borde, varios árboles, de un verde ardiente; después la línea parda de la tierra y, finalmente, la pared casi roja de la roca. Abajo, unos rieles oxidados, unas vagonetas volcadas, chatarra muerta. Una cantera. Todo diseñado con rasgos someros, algo imprecisos, que daba a la pintura su toque de inspiración. Había alzado el cuadro con los brazos extendidos. Me volví. Ronga salía casi de puntillas. En cuanto a Myriam, había dejado la taza y se frotaba lentamente las manos. Ya no sonreía.

—No —murmuró—. Éste, no.

La sangre acudió a mis mejillas. Me sentí humillado. Estuve a punto de decirle que podía pagarlo. Myriam me quitó con suavidad el cuadro, lo dejó en el suelo, de cara a la pared.

—Debí destruirlo —explicó—. Evoca unos malos recuerdos… Mire… Aquí hay uno que es mejor… Mi período francés. Espero que sea el bueno.

Era su retrato. Estaba en un diván, con la cabeza echada hacia atrás y un libro en el regazo. El sol, penetrando al través de unos follajes invisibles, hacía llover manchas de cobre. Me sentí consternado. Aquel cuadro no tenía sitio en mi casa. Sin embargo, di las gracias a Myriam y, para ocultar mi confusión, le recordé que se me hacía tarde y que me esperaba un pesado día de trabajo. Me bebí el café. Hablamos aún unos minutos de mi profesión, de sus dificultades. Me acompañó hasta el auto y le di medicinas para *Nyété*. Se las metió en el bolsillo de su bata con tanta despreocupación, que creí oportuno insistir. No había que olvidar la enfermedad del guepardo.

—Teniéndole a usted cerca…

—Sí, pero está el Gois.

Nos estrechamos la mano y arranqué. ¡El Gois! No era fácil que lo olvidase, y avancé lo más de prisa posible, contando los minutos. Si me veía obligado a permanecer en la isla, todos mis clientes telefonearían a casa (hacía quince días que nos habían instalado por fin el dichoso teléfono) y Eliane se asustaría. A medida que me alejaba de Myriam, volvía en cierto modo a la normalidad. No llegué a constituirme en juez de mí mismo. Pero tenía la costumbre de tratarme sin miramientos, como creo que hacen todos los tímidos. Lo cierto era que no tenía nada que reprocharme. Por lo menos, aún no. No obstante, no podía negar la atracción que aquella mujer ejercía sobre mí. A causa de ella, otro hombre, un extraño, parecía surgir de mí. Un extraño que no me agradaba. Miré el retrato de Myriam, colocado sobre el asiento. ¿Qué iba a hacer con aquel cuadro? Myriam en mi casa. No. Aquello me parecía imposible.

Llegué al Gois. Una ojeada al reloj. El mar ascendía, pero no había viento. Disponía de un cuarto de hora largo. Penetré en la calzada. Me sentía extraordinariamente dichoso de volver a casa. Allá a lo lejos estaba mi costa y mi casa. Veía, como suspendidas en el espacio nacarado, las manchas pálidas de las granjas y los puntos oscuros de las bestias que pacían. Entonces, a mitad del camino, solitario en aquella estrecha lengua de tierra que el mar empezaba a invadir por ambos lados, me detuve y bajé. El silencio pareció caer sobre mí. El silencio de los grandes espacios, henchido de soplos. Cogí el cuadro, me acerqué a las primeras olas que se deslizaban sobre la arena, sin ruido, y con todas mis fuerzas lo tiré a lo lejos. Giró como un guijarro, cayó en el agua, se hundió, volvió a surgir y flotó, incongruente, perdido ya. Me sentía asistido por el derecho y la verdad, y me marché sin volver la cabeza. El agua rozaba el camino cuando alcancé el plano inclinado que conducía a la orilla, pero no había tenido miedo. Por el contrario, consideré oportuno que el mar se cerrara tras de mí, borrara mis huellas. Yo no había ido al bosque de la Chaise. Nunca volvería. Sin duda era ridículo y estaba embrollándome en contradicciones pueriles, pero más bien me divertían. Tenía la sensación de estar otra vez limpio, o, si la palabra se presta a ironías, tranquilo, como esos estanques de la marisma que reflejan el vacío. Silbé mientras cruzaba el jardín y *Tom* acudió. Es un perro pachón con ojos de niño, un perro que me

adora y que tiembla por miedo a perderme cuando cierro la verja. Se lanzó sobre mí con un ronquido de felicidad, e inmediatamente retrocedió, receloso, con las patas posteriores encogidas y la cola gacha.

—Bueno, tonto, ¿qué te ocurre?

Pero el animal retrocedía ante mí y, asustado, gruñía. De repente, lo comprendí. ¡El guepardo! Había tocado el guepardo. Olía a guepardo. Hiciera lo que hiciese, había ido allí. Con ademán furioso, rechacé a *Tom*, que se alejó gimiendo, y me precipité hacia mi despacho. Allí, sin reflexionar más, me cambié de ropa y me lavé las manos con alcohol. Debía expulsar de mí aquel olor. No había sitio para él. Lo mismo que el retrato de Myriam. Ignoro cómo, pero en *Tom* veía un testigo. Ante él, me sentía culpable. Ya no me reconocía. Apestaba a alcohol, por lo que abrí la ventana. En el horizonte, la isla, bajo la luz que aumentaba, había adquirido relieve y parecía muy próxima.

Aquel día, mi trabajo no consiguió absorberme por completo. Mi distracción fue en aumentó, entorpeciendo mis reflejos e irritando mi ánimo. En mi ser adquirían consistencia unas decisiones aún muy confusas. Invocará usted el inconsciente, etc. No. He tenido tiempo sobrado para reflexionar en estas dos cosas. Son horriblemente complejas y la Medicina dista mucho de poder explicarlas. Por ejemplo, durante la tarde hubo un momento en que, bruscamente, tuve necesidad de hablar con Vial. Fue un impulso tan fuerte que estuve a punto de dejarlo todo y marcharme a Sables. Hacia las seis, sin poderlo resistir más, telefoneé a Eliane para advertirle que regresaría tarde. Aún tenía una granja que visitar. Pero dejé esta tarea para el día siguiente. En la carretera, aceleré cuanto pude mi vehículo. A partir de ahora, sólo quiero exponer los hechos. No necesitan ningún comentario.

Vial se bebía un *whisky* en el bar del hotel. Llevaba un pantalón de franela y un jersey. Aquello bastó para situarnos en cierto plan de igualdad. No se sorprendió al verme y encargó otro *whisky*, sin hacer caso de mis protestas.

—Bueno, ¿ha visto el animal? ¿Qué tiene?

—No gran cosa. El hígado hace de las suyas y tal vez los nervios también.

Vial, con las manos cruzadas en la nuca y un pie sobre una silla,

sonreía.

—Como una mujer bonita —dijo—. Por lo demás, es una especie de mujer. Comprendo lo que le pasa. Estoy seguro de que si se sintiese definitivamente instalada en su casa, dejaría de estar enferma. Pero con Myriam no hay manera. Siempre están las maletas abiertas en todos los rincones. Allí ocurría lo mismo, y, sin embargo, si hubiese usted visto aquella casa… ¡Un pequeño palacio! Su marido dirigía una importante empresa de obras públicas de modo que…

Sin duda Vial había bebido y yo había llegado a la hora de las confidencias. Pero, ¿acaso no había venido para eso?

—¿Era rico? —interrogué.

La pregunta divirtió a Vial. Me miró con una ironía algo malévola.

—Bueno, allí, la palabra no significa lo mismo que aquí. El dinero viene, se va… Con tal de que a su paso proporcione placer, poderío… Heller ganaba lo que quería. Cuando murió, prácticamente no poseía nada.

—¿Quiere decir que Myriam le arruinó?

—Es usted maravilloso —contestó Vial.

—¿Cómo?

—Sí, precisamente. Ella le arruinó. Pero no en el sentido que usted se figura. Le arruinó de aquí.

Y se llevó a la sien un índice rígido como el cañón de un arma.

—Al final, Heller ya no coordinaba bien.

—¿Por qué?

—¿No ha visto a Myriam? Amigo mío, en las colonias no somos melindrosos, puede creerme… Pero Myriam consiguió sorprendernos, escandalizarnos, si así lo prefiere. Hablo en plural… En fin, me refiero a algunos.

—¿A causa de su conducta?

De nuevo aquella ojeada rápida, burlona y dura.

—Más bien diría de su comportamiento —corrigió—. Tenía aventuras. Las hubo que acabaron mal desde el punto de vista de la moralidad vulgar… Gente que se peleó, que se divorció. Pero esto no es nada. Myriam no hubiese debido franquear el límite.

—¿Qué límite?

Vial contempló su vaso de *whisky*.

—No sé si podrá usted comprenderlo. En estos momentos se escriben tantas estupideces sobre los negros y los blancos… Para simplificarlo, digamos que los negros vienen hacia nosotros, utilizan nuestras maneras de pensar… Myriam quiso recorrer el camino inverso. Hay blancos que lo han hecho, pobres diablos… Pero que una mujer como ella, con todas sus cualidades, tratase de… Esto plantea un problema.

—¿Por qué se vio obligada a marcharse?

—Fue la muerte de su marido. O, más bien, las circunstancias de esta muerte. Sí, Heller murió a causa de un accidente. Cayó en una cantera abandonada. Curioso, ¿verdad? Nunca pasaba por aquel camino, y, sin embargo, aquella noche…

—¿Se suicidó?

—Para mí no cabe duda. Pero para los otros…

Vial empezaba a exasperarme con tantas reticencias.

—¿Qué creyeron los otros?

—¡Si lo hubiesen sabido! Hay un hecho seguro: Heller jugó en el club hasta las ocho. Había ganado. Parecía más tranquilo que nunca.

No ofrecía en absoluto el aspecto de alguien que piensa en matarse… Por otra parte, nadie ignoraba las graves desavenencias que separaban a los Heller.

—¿Se sospechó de Myriam?

—No como usted se figura. Myriam estaba en su casa a la hora en que su marido caía por la cantera… Pero, de todos modos, se sospechó de ella porque una semana antes Myriam había pintado aquella misma cantera.

—No existe ninguna relación.

—Para usted no. Tampoco para mí. Pero allí se vive aún en la Edad Media. Una Edad Media técnica, pero Edad Media de todos modos. Muchos blancos desconfían de los negros precisamente porque sienten que éstos tienen poderes…

—Es estúpido.

—Sí y no. Hay que haber vivido en África.

—Pero, ¿y usted?

—¡Oh, yo…! Actúo de observador. No me interesan las creencias, sino los individuos. Myriam tiene una personalidad fascinadora.

—¿La conoce… bien?

Vial me miró por encima de su vaso y yo me apresuré a beber.

—Bastante bien, sí. Era amigo de los dos. Yo aconsejé a Myriam que se marchara. No me interprete mal. Quise hacer un experimento. También fui yo quien convenció a Ronga para que la acompañara. Al principio Ronga se negaba. Quería mucho a Heller.

—¿Creía que su ama era culpable?

—Seguramente. Pero soy incapaz de decirle si la creía culpable en el sentido mágico o en el sentido moral.

—Y esto no le impidió…

—Ronga sabe que Myriam la necesita. Y además, Myriam es una mujer a la que se perdona todo. ¡Ya lo verá!

—Lo dudo.

—¡Oh!, ya lo creo que sí. Tome.

Se sacó de su cartera una tarjeta de visita y me la dio.

—Tenga la amabilidad de escribirme de vez en cuando. Sólo unas palabras. Cuide a *Nyété* y vea cómo van las cosas. Es un favor que le pido, de colega a colega… No olvide que estoy efectuando un experimento… Ya se lo explicaré, no tenga miedo… Y hablando de esto, voy a extenderle un cheque.

Rehusé secamente. Él insistió. Me puse en pie.

—Está bien —dijo—. Gracias.

Me estrechó la mano con cierta cordialidad y salió conmigo.

—El martes próximo tomo el avión. Me he alegrado mucho de conocerle, Rauchelle.

Eso fue todo. Regresé a Beauvoir, extremadamente turbado. En mi interior se amontonaban todas las preguntas que había olvidado formularle a Vial. Me senté a la mesa y permanecí callado.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Eliane, intranquila.

—Claro que sí. ¡Qué cosas se te ocurren!

Dos días más tarde, Myriam se convirtió en mi amante.

3

Paso por alto la primera época de nuestras relaciones, pues recuerdo muy mal aquel período. Me sentía demasiado dichoso. ¿Era felicidad? A decir verdad, no lo sé. Más bien una exaltación inmensa, desbordante, una especie de primavera torrencial tanto más salvaje porque era preciso contenerla, ahogarla, ocultar las flores y los perfumes. Porque, lo afirmo por mi honor —si aún me está permitido hablar de honor— incluso en los peores momentos de olvido, nunca dejé de amar a Eliane. No soy un gran psicólogo. Pero he visto deshacerse otros matrimonios. Nunca sospeché que un hombre pudiese amar a dos mujeres al mismo tiempo con idéntica sinceridad, y aún más, con idéntica buena fe. Por eso me encontré sumergido repentinamente en un desorden doloroso. Ya he aludido al Gois. Desempeñó en mi aventura un papel extraordinario. Si no hubiese existido, creo que nunca hubiera sabido ser ese hombre doble, prudente y apasionado, torturado por los remordimientos y el deseo, y rozando el suicidio a cada paso. El Gois era la tentación de la muerte tanto como la de la felicidad. Tenía tanta prisa por reunirme con Myriam que seguía a las olas que se alejaban de la orilla; a veces adentraba el auto en el agua y después me veía obligado a esperar, con el motor en marcha lenta, mientras veía manadas de peces minúsculos que atravesaban el camino. Me adelantaba un poco más. Las algas vivas se pegaban a la piedra, brillaban y humeaban ligeramente por la mañana. Aplastaba las bolas de varec y los cangrejos perdidos. Tenía la impresión de flotar en el mar, de estar solo en el mundo con mi amor. Y alcanzaba solo la frontera. Porque también yo, como Myriam, franqueaba una frontera. Se situaba a mitad del Gois entre las dos balizas de luz blanca. Era un lugar secreto, no indicado por ninguna señal. En

verdad, esa frontera la franqueaba en mi corazón. Dejaba de ser Rauchelle. Me convertía en aquél a quien Myriam amaba. Avanzaba un poco más de prisa. El agua salpicaba. Llevaba cuidado en no abandonar la pista que, en aquel lugar, forma un recodo bastante brusco. Yo, tan tranquilo, tan paciente, hubiera insultado al mar si el reflujo hubiese tardado más rato en abrirme aquel sendero negruzco, reluciente y desigual que conducía a la isla, a mi dicha. Dicha precaria, amenazada por las nubes, los vientos y las mareas. No debía dejarme sorprender por el flujo. Si hubiese pasado doce horas en la isla, me habría visto obligado después a buscar explicaciones, a mentir, a poner sobre aviso a Eliane. No podía consentirlo. Mi falta me parecía menos grave en la medida en que mi dicha se veía reducida anticipadamente por el tiempo; miraba a Myriam y vigilaba el cielo. Besaba a Myriam y, por encima de sus hombros, rápidamente lanzaba una ojeada a mi reloj. Sentía en mi carne la lenta oscilación de las aguas, allí donde los pescadores se incorporaban, se preparaban para regresar. Esperaba…, esperaba el último momento…, el más cruel, aquél en que Myriam ponía a prueba su poder. Luego me escapaba con dificultad para regresar a toda velocidad por los caminos sinuosos y perfumados por la mimosa. Me dirigía hacia el océano, con la amargura de la traición en la boca. El agua me rodeaba. Ascendía con indolencia, implacable. Ya las barcas varadas recobraban vida. El vehículo se bamboleaba, bailaba de bache en bache. Lo impulsaba con todas mis fuerzas, sufriendo con él. Alcanzaba el centro del Gois y, al reencontrar el otro universo, reencontraba a Rauchelle. Entonces empezaba a detestar aquella vida loca y sin solución. Sentía deseos de coger a Eliane entre mis brazos. Me juraba no regresar a la isla. A veces, más cansado que de costumbre, pensaba en detenerme, en esperar la marea. Deseaba que una avería me inmovilizara. ¿Quién me vería? Desaparecería en aquel desierto, como muchos otros antes que yo. Los periódicos relatarían el accidente, reclamarían una vez más la construcción de un puente, y todo habría terminado. Pero estos temores acababan por aumentar mi deseo de vivir. Aplastaba la primera olita que cruzaba el camino, cambiaba de marcha y me dejaba llevar, liberado, hasta lo alto de la pendiente. Estaba en mi casa. Reconocía los canales, orillados por montones de sal. Desde el fondo del cielo, la marisma venía a mi encuentro y oía

balar una oveja. El mal sueño se borraba. Myriam se alejaba. Me ofrecía al viento y me parecía que éste se llevaba lejos de mí, como las últimas chispas de un incendio, los efluvios de una pasión que condenaba solemnemente durante algunas horas. Hacía las últimas visitas y, de regreso, subía precipitadamente a mi despacho. Cerraba tras de mí la puerta del pequeño lavabo y me limpiaba concienzudamente, para eliminar el olor del guepardo. Después iba a besar a Eliane. No, no era un hipócrita. Me hubiese sentido muy desdichado si no lo hubiera hecho. *Tom* se me acercaba. Me inspeccionaba, me olfateaba, porque no había olvidado el olor enemigo. Arrugaba su frente preocupada, como intentando comprender, y se mantenía fuera del alcance de mi mano. Entre nosotros se interponía, imperceptiblemente, impalpable, el fantasma de *Nyété*. Llegué a temer que su actitud sorprendiese a Eliane. Ésta decía a veces:

—Bueno, ¿es que no conoces a tu amo?

Me sentía palidecer y me prometía no volver a la isla. Pero era como un morfinómano. Olvidaba a Myriam; prestaba a mi trabajo el máximo interés y toda mi atención. Los días discurrían apaciblemente. Pero de pronto, en cualquier sitio, una angustia me atenazaba. Me temblaban las manos y un sudor malsano me humedecía la espalda. Me faltaba Myriam. Me veía obligado a incorporarme, a frotarme los ojos. Me daba masajes en el estómago, para deshacer aquel nudo de nervios y de músculos rebeldes que me arrastraban hacia el mar. Los animales migradores deben de experimentar idéntica sensación. Me sentía literalmente aspirado. Necesitaba un minuto largo para rehacerme y luego, de repente, la mano invisible aflojaba su presa. Cuando la crisis sobrevenía en pleno trabajo, me costaba mucho disimularla. Me ofrecían un vaso de vino blanco, bromeaban. Cuando me sorprendía en la carretera, debía luchar para no lanzarme hacia el Gois, saltar a una barca, ¿yo qué sé? ¡Myriam! ¿Cómo me tenía cogido? ¿Por la carne? Era mucho menos sencillo que eso. Sí, desde luego, gracias a ella había descubierto emociones admirables. Pero no soy un hombre de deseos. Soy demasiado sensible para ser verdaderamente voluptuoso. El placer me ha dejado siempre insatisfecho, como si me dejara entrever una verdad en seguida escamoteada. No me agrada entrar en esta clase de análisis; sin embargo, no olvido que

debo hablarle con franqueza total. Cuando tenía a Myriam en mis brazos, durante un minuto, un minuto demasiado breve, ella se convertía en una bestia, y escribo esta palabra con respeto. Entonces era mía. La conocía hasta el fondo de su alma. Mis manos leían sin esfuerzo sus menores pensamientos, lo mismo que los de los animales; entre los dos desaparecía toda distancia. Hubiese sentido correr bajo su piel cualquier veleidad de mentira, como un humor malsano. Y creo que ella notaba también aquella especie de pureza animal a la que la obligaba, y su placer se veía acrecentado. A veces estallaba en sollozos, como si hasta entonces hubiese pertenecido a malos amos. Voy a confesar algo que me cuesta decir, pero que penetra hasta el fondo de las cosas: al amar a Myriam realizaba en cierto modo mi vocación en toda su plenitud. Mis ojos, mis dedos tocaban la vida en su aspecto más secreto, allí donde se convierte en mirada, en estremecimiento, allí donde el sentimiento se confunde con el fluir de la sangre. Y después, Myriam se me escapaba. Recuperaba el habla. La pantalla de los pensamientos caía entre nosotros, y empezaba mi tormento. Había poseído a la mujer, pero no a Myriam. Y siempre tropezaba con el mismo obstáculo: lo que quebraba nuestra unión era su pasado. Yo era todopoderoso sobre su carne, pero nunca penetraba en su memoria. Nunca podría curarla de sus recuerdos. Y empezaba a sufrir. A veces me decía: «Lo que ha sido no me importa. Me ama. En consecuencia, empieza desde el principio; vuelve a poner en juego su vida: espontáneamente, renuncia a todo lo que ha vivido ya». Por desgracia, en ese antaño existía la muerte de su marido, el misterio de aquella muerte, y ese misterio me atormentaba.

—¡Eres un taciturno! —bromeaba Myriam cuando, de repente, me quedaba distraído y pensativo.

—No. Sólo recuerdo que debo marcharme.

Así trataba de engañarla.

—Bueno, pues no te marches. ¡Tu mujer no se te comerá!

Mis prisas la humillaban. Si la extraña muerte de su marido me torturaba, a mí, a ella, en cambio, le preocupaba la intensa atracción que mi mujer ejercía sobre mí. Girábamos con circunspección el uno alrededor del otro, calculando nuestras preguntas, vigilando nuestras reticencias. Ambos lo habíamos previsto desde lejos. Myriam me preparó una habitación, lo que ella

llamaba mi «rincón».

—¿Ves? Cuando quieras quedarte estarás como en tu casa.

—Pero no podré quedarme.

—¿Nunca?

—Nunca… quizá no. Es muy difícil…

Ella no insistió. Por mi parte, tanteé el terreno.

—¿Por qué no te has instalado mejor? ¿Te propones regresar allá?

—No. Por lo menos no a Magumba.

—¿Por qué?

—¡Oh!, por nada. No me atrae, eso es todo.

Después dejamos dormir nuestros problemas. No había que estropear nuestro amor. Pero cuanto más invadía este amor nuestras vidas, más comprometía nuestro porvenir, obligándonos a despertar el pasado. Había momentos en que teníamos la impresión de ser marido y mujer. Por ejemplo, nos tendíamos uno junto al otro en las hamacas del balcón. *Nyété* venía a echarse entre nosotros. Daba cabezadas a nuestras manos colgantes. Entre los pinos y los robles verdes, el mar parecía subir hasta el cielo. Ronga trabajaba abajo, o bien, subiendo en su bicicleta, se iba a comprar y gritaba desde la esquina de la casa:

—¿Traigo merluza o raya?

—Lo que quieras —contestaba Myriam.

Y dirigiéndose a mí, añadía:

—A esa pobre le basta vernos juntos para venir a darme la lata.

Reinaba otra vez el silencio. Aquellos momentos se volvían pronto insoportables.

—¿En qué piensas? —empezaba Myriam.

—En nada.

—Embustero. Piensas en abandonarme.

Cada uno, con los ojos cerrados, seguía el hilo de sus pensamientos. El de ella era probablemente imagen exacta del mío. Sabíamos, cada vez con mayor claridad, que aquel amor no podía conducirnos a ningún sitio, pero nos negábamos desesperadamente a admitirlo. La mano de Myriam palpaba, se cogía a la mía. En tanto que estuviésemos juntos… Pero yo inventaba ya un pretexto para marcharme. Allí, en la arena, el mar buscaba al mar a ambos lados de la calzada. Entonces, para retenerme, Myriam se esforzaba

en hacerme hablar.

—¿Cómo es tu casa? Querría verte en ella… Me parece que tengo cierto derecho.

Sentía deseos de contestar en el acto: «No, no tienes ningún derecho», pero prefería hacer como que cedía.

—Es una casa grande, vulgar. Delante hay una verja. Se atraviesa un jardincillo que por la parte de atrás es más amplio. Abajo, a la derecha, están la cocina y el comedor; y a la izquierda, mi gabinete de consulta.

—Ya veo.

—En el piso, la disposición es la misma. A la derecha, el dormitorio y el cuarto de baño. A la izquierda, mi despacho y un lavabo.

—¿Cómo está amueblada?

Pacientemente, lo describía lo mejor que sabía.

—¿Hay flores?

Al explicar qué flores había, me daba cuenta de que nunca había prestado atención a aquellos detalles.

—No te fijas en nada, François. Vas por la vida como un sonámbulo. ¿Es grande tu jardín?

—Aproximadamente como tu parque. Hay un viejo pozo que ya no se usa. Es bastante bonito.

—¿Ha sido tu mujer la que ha querido conservarlo?

¡Oh, no! Al contrario, ella quería cegarlo. Le parece que atrae mosquitos.

—¿Y qué otra cosa hay?

—Bueno, el garaje, naturalmente.

—Háblame del garaje.

Se divertía atosigándome hasta el máximo y, para aumentar mi irritación, decía:

—Puesto que nunca conoceré tu casa, bien puedes hacer un pequeño esfuerzo y describírmela.

¡Pues es un garaje! —rezongaba yo—. Tiene una puerta corredera, muy pesada… Tú no podrías manejarla. ¿Estás contenta? Me olvidaba: es de color verde. Desde el garaje se pasa a la cocina. Y por una puerta pequeña se sale al jardín.

Me interrumpía:

—Esto habrá sido idea de tu mujer. Estoy segura de que tiene

mucho sentido práctico. ¿Verdad? ¿Se ocupa ella del jardín? Contéstame. Y como no quiere ensuciar, atraviesa el garaje y se descalza junto a la entrada de la cocina.

—Puesto que lo sabes todo…

—No te enfades, mi pequeño François. Lo veo todo como si estuviese allí. Cultiva hortalizas en un lado y flores en el otro.

—Precisamente en esto te equivocas. No tiene hortalizas.

Pronto me ponía furioso, sobre todo cuando Myriam terminaba con un tono que me desgarraba:

—Tú amas a tu esposa, François.

—No, no la amo.

Aquellas negativas me sumergían en una especie de estupor. Tenía prisa por marcharme. La evocación de mi casa la llenaba de dulzura. Deseaba encontrarme allí en el acto. Me ponía en pie.

—Hasta mañana, cariño —murmuraba Myriam.

—¿Qué vas a hacer?

—Pintar.

¡Otra vez África! En el momento de marcharme me sentía traicionado y experimentaba deseos de permanecer junto a Myriam para impedir que se perdiese de nuevo en aquel mundo desconocido, peligroso. Casi la hubiera acusado de alejarse de mí la primera. La dejaba enfadado; regresaba suplicante. Una vez más, el amor nos reunía, pero antes, Myriam hacía salir a *Nyété*, porque temía los celos de la bestia. A veces me sentía más valiente.

—¿Conocías Noirmoutier antes de ahora?

—No. Mi marido me hablaba a menudo de esta casa, pero nunca se me ocurrió que me vería obligada a vivir en ella.

—¿Por qué obligada?

Un día, Myriam me cogió por una muñeca y me dijo:

—Oye, François. No me tomes por una estúpida. Vial te lo contó todo. De modo que no pretendas lo contrario.

—Pero te aseguro…

—No mientas. Sin duda te habló de la muerte de mi marido.

—Vagamente. Pero eso en nada te afectaba.

—No. Sólo la deseé… La deseé durante mucho tiempo, porque con él la existencia era un infierno. Y después hubo aquel accidente…

Me abstenía de insistir. Fue más tarde cuando pregunté a mi vez:

—Vial… ¿Qué ha sido para ti, exactamente?

—Un amigo. Te doy mi palabra, François. Hizo cuanto pudo para ser más, pero siempre fingió tratarme como a una enferma. Esto no me gusta. Para él no era una mujer como las otras… ¿Y para ti? ¿Me encuentras algo especial?

—Sí, tu talento.

Estaba seguro de que así la dejaba satisfecha, evitándome tener que contestar. Sin embargo, sí, tenía que reconocer que había en ella algo particular. Una violencia oculta parecida a la de su guepardo. A veces la tomaba con Ronga, la insultaba abyectamente, con la nariz contraída y un círculo blanco alrededor de los labios. En otras ocasiones ahuyentaba a *Nyété* a latigazos; hasta la bestia se amilanaba. Breves convulsiones que tranquilizaban a Myriam. Llamaba a estas crisis «sus tormentas de la maleza», ofreciéndome luego disculpas. Pero yo adivinaba que, muy pronto, estallarían sobre mí. Por otra parte, a medida que transcurrían los días, notaba que crecían los peligros. Si mis relaciones con Myriam se envenenaban lentamente, otras amenazas más lejanas crecían poco a poco. Mis idas y venidas no podían permanecer inadvertidas. Mi profesión justificaba, sin duda, mis desplazamientos. Sin embargo, iba demasiado a menudo a la isla. Por fortuna, Noirmoutier es un pequeño universo aparte, replegado sobre sí mismo y poco curioso respecto al continente. No obstante, resolví espaciar mis visitas, y durante cuatro días me abstuve de ir. Una fuerte tempestad de equinoccio hacía difícil el paso y me proporcionaba un buen pretexto. Afronté mis impulsos y resistí. Nunca me había sentido tan infeliz. Las comidas eran un suplicio, mis palabras sonaban a falso, mis silencios sonaban a falso, mi respiración, mi vida, todo sonaba a falso. Eliane se mostraba siempre tan paciente, tan amable.

—Deberías descansar —me aconsejaba—. Te pasas todo el día por esos mundos. A este paso, acabarás cayendo enfermo.

La lluvia ametrallaba la casa y humeaba en los caminos. Las vacas se agrupaban junto a los taludes. Yo acudía a mi trabajo, sacudido por las ráfagas y sintiendo latir dentro de mí aquel deseo obstinado que me roía, noche y día, como una carcoma. Me detenía un momento junto a la costa. El mar, lívido, rodeaba a lo lejos las balizas y ocultaba la isla en medio de la niebla. Myriam había desaparecido y yo sentía deseos de aullar como un perro.

Con las primeras luces del alba, me adentré en el Cois. Estaba dispuesto a disculparme, a humillarme. Myriam pintaba en la sala de estar. Se lanzó a mis brazos. La breve separación nos había enloquecido a ambos. No terminábamos de interrogarnos. Le hablé de aquellos cuatro días de soledad. Había cuidado vacas, caballos, que sé yo. Me había hecho cortar el pelo… Reíamos. La apreté contra mí. En cuanto a ella, bueno, había salido, se había mojado… Su impermeable goteaba aún, colgado del pomo de la ventana… Se había peleado con Ronga… Había terminado un esbozo del cuerpo de Setté Cama.

—También he hecho otra cosa… Ahora lo verás.

Sacó de una carpeta de dibujo una hoja en la que había trazado un croquis.

—¿Lo reconoces?

No, no lo reconocía. Y, sin embargo…

—Pero si es tu casa —dijo Myriam—. Aquí está la verja. Allí el pozo. Aquí la fachada principal y la pared del garaje. Lo he hecho de memoria. Tal vez no sea muy exacto.

Incluso distaba mucho de parecerse. Corregí con mi estilográfica el dibujo e iba a trazar el plano de la finca cuando mis ojos tropezaron con el cuadro de la cantera, siempre en penitencia, de cara a la pared. Me guardé la estilográfica. Impulso ridículo, de acuerdo, pero estoy acostumbrado a obedecer esos impulsos. En mi profesión a menudo me han resultado preciosos.

—Pareces contrariado —dijo Myriam.

—En absoluto.

—Cuando no estás aquí trato de seguirte —continuó Myriam—. Cierro los ojos, me concentro. Y me parece que estoy contigo. Si no fuera por esto, ¿te das cuenta de cuán sola estaría?

Estábamos en la pendiente de los reproches velados, de las insinuaciones penosas. Una violencia que, por desdicha, se nos había hecho familiar, volvía a pesar sobre nosotros. Myriam desgarró el dibujo y hablamos de otra cosa. No estoy seguro de poder repetir con exactitud todas nuestras palabras. Hay conversaciones que he olvidado, otras sólo me han dejado el recuerdo de ciertas palabras, de ciertas entonaciones. Pero, en cuanto a lo esencial, estoy completamente seguro de no equivocarme. Pues bien, recuerdo que ese episodio tuvo una

importancia singular. Después, Myriam mostró menos abandono. Tuve la impresión de que me disimulaba ciertos pensamientos, que se esforzaba en ser dulce, sumisa, confiada. Traté de interrogar a Ronga, lo que no era fácil, porque Myriam apenas se separaba de mí. Además, Ronga, por su parte, se esforzaba en rehuirme. Adivinaba que no me quería mucho. Había venido a turbar la existencia de aquella casa; le había quitado sú ama y su bestia. Comprendía sus celos. En fin, estábamos ya en el período de los silencios. Después de haber hablado tanto, sin orden ni concierto, nos paseábamos por el jardín sin decir nada. Myriam ya no hablaba de su pintura. Ya no me informaba de aquellos proyectos absurdos que desarrollaba largamente, por juego… «¿Sabes en lo que he pensado para más adelante, cuando seamos ricos…?» O bien: «Si fuese tu mujer, ¿sabes lo que me gustaría comprar…?» Entonces me lanzaba una mirada de reojo y yo trataba de participar sonriendo en aquel juego, siempre un poco cruel. Ahora todo era distinto. ¿La habría ofendido? Ya no trataba de retenerme cuando la besaba antes de marcharme. Únicamente *Nyété* me hacía carantoñas. Con su caminar sinuoso me seguía por todas partes, y su cabeza pequeña, de orejas redondas y ojos rasgados, permanecía vuelta hacia mí acechando la promesa de un juego o la señal de una caricia. Y porque Myriam parecía alejarse de mí, yo me alejaba de Eliane. Por la noche arrastraba mi malhumor de habitación en habitación. Desde la ventana de mi despacho contemplaba la isla dormida, los aleteos de los faros, los tamarindos que el viento inclinaba. Encendía la pipa, a la que empezaba a cobrar afición. ¿Adónde ir? ¿Dónde refugiarme? Eliane se había acostado. Me esperaba durante mucho rato. Cuando por fin se adormecía, me desnudaba y me introducía furtivamente en la cama. No había solución. Y, sin embargo, cándidamente, seguía creyendo que aquella situación podía mantenerse por mucho tiempo. Pero Myriam se encargó de abrirme los ojos. Me parece ver de nuevo la escena: estábamos en el balcón tomando café. *Nyété,* con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, roía ruidosamente unos terrones de azúcar, soltando abundante baba.

De repente, Myriam dijo:

—Me gustaría saber cuáles son tus intenciones.

—¿Mis intenciones?

—Estoy muy halagada de ser tu segunda esposa, pero esto no es África. Me lo han recordado bastante a menudo.

Acudieron a mi memoria las palabras de Vial, y ella se dio cuenta de que me ponía a la defensiva, lo que aumentó su cólera.

—Afirmas que me amas… A mí, sólo a mí. Así, pues, ¿qué piensas hacer? En la actualidad es bastante frecuente que los hombres se casen con sus favoritas.

—¿Quisiera que…?

—¿Y por qué no? Ya estoy harta de ser aquélla a la que se va a ver a hurtadillas, dos horas por día, sólo dos horas, porque la otra, enfrente, podría enterarse de todo. ¡Que padezca también un poco! Mi pequeño François, tú quieres cogerlo todo y no dar nada. Lo siento, pero no quiero seguir así.

Nyété se había sentado, inquieta, creyendo que Myriam la tomaba con ella. Yo trataba de contenerme, pero me había tocado en lo vivo. No tenía razón. Estaba vencido anticipadamente y, en consecuencia, decidido a causarle daño. Sin embargo, traté de razonar.

—¿Crees que no he pensado en ello? —le dije—. Afortunadamente, veo más lejos que tú. Ante todo, no dispongo de mucho dinero. Y después, ¿dónde quieres que me instale?

¡Francia, Francia! Me importa un bledo. Iremos a Brazzaville. Te aseguro que allí tendrás trabajo. Y si tienes demasiado, te ayudaré. Te enseñaré cosas que sé. África puede aún sorprenderte.

—Pero, ¿y el dinero?

—¿Y esto?

Myriam, con un ademán, me indicaba los cuadros colgados en las paredes de la habitación.

—Valen mucho —prosiguió—. Tal vez gane más dinero que tú.

—No —dije—. Decididamente, no.

Esperaba un estallido. Por el contrario, se produjo un silencio espantoso.

—Bueno —dijo Myriam—. Como quieras. Pero te lo advierto…

La interrumpí. Me temblaba la voz, a pesar mío.

—Soy yo quien te advierte. No me divorciaré. Te has encaprichado de mí y yo me he encaprichado de ti. Esto sólo a nosotros afecta. Es un asunto privado y no veo motivo…

¡François!

Había gritado. Las lágrimas le asomaban a los ojos igual que la sangre aflora a una herida.

—Perdóname… —murmuré—. Te amo, Myriam. Pero has de comprender que no soy libre. Todo me retiene: mi profesión, este país…

—Tu mujer…

—Sí. También Eliane. Dame tiempo, ¿quieres? Y no me hables siempre de ella. Déjala tranquila… Poco a poco lo veré todo más claro. Soy hombre de costumbres. No me es posible romper con todo en un momento. Vamos, Myriam.

Le alargué la mano.

Ella la tocó con la suya, pero sentí su rencor intacto, vibrante. Permanecimos así un momento, como dos adversarios que acaban de firmar una tregua. ¿Volvería a reinar la paz entre nosotros? Aquel día me entretuve más que de ordinario, espiando el rostro de Myriam. Permaneció tan indescifrable como una máscara. Me marché, desesperado, y estuve a punto de ser cercado por el mar. Recorrí los últimos cien metros con agua hasta el cárter. Estaba agotado. Me senté en una duna. Respiraba con jadeos, como si hubiese atravesado corriendo el Gois. El camino había desaparecido y el lazo que me unía a la isla acababa de romperse. Hubiera querido que el mar no se retirara nunca, que entre Myriam y yo fluyese siempre aquella corriente impetuosa en la que pescaban las gaviotas. Me dejé caer de espaldas y, con la mirada perdida en el cielo, traté de imaginar mi vida con Myriam: meses de amor y de peleas. Después ella se cansaría de mí… ¿Y mi vida con Eliane? ¡Años y años de silencio!

Era como si me dieran a escoger entre el mar y la marisma. Me incorporé: ante mí, la marea alta había hecho retroceder el horizonte; detrás de mí, la tierra llana se extendía, con tonos verdes y azules, hasta lejanos campanarios recortados en el cielo. Muy cerca, se erguía mi casa. Dos fuerzas, demasiado poderosas, tiraban de mí de uno y otro lado. Myriam tenía razón: no era más que un niño perdido que tiene miedo.

4

En aquella ocasión tuve fuerzas suficientes para resistir a la tentación. O tal ver me faltó valor para enfrentarme con sus reproches. Quizás incluso estuviera cansado de aquellas carreras a la isla. En el fondo, poco importa. Cuando intento recordar aquellos acontecimientos, me parece que pasé tres o cuatro días en una especie de sopor. La fiebre aftosa había aparecido en mi sector y el trabajo me impedía pensar. Volvía a casa para comer, algunas veces en pie, y para dormir con sueño embrutecido. De vez en cuando, la imagen de Myriam me visitaba. La rechazaba inmediatamente, decidido a no ceder. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Se atrevería a escribirme? Seguramente no. Pero si era orgullosa, yo no le iba a la zaga. Ella imaginaría sin duda algún subterfugio que salvaguardara su orgullo y mi amor propio; me mandaría recado, probablemente por Milsant, el chófer del autobús, que *Nyété* no estaba bien. No me cabía duda de que la crisis terminaría de aquella manera. Por eso, cada día consultaba el horario del autobús antes de ir al café de Beauvoir. Compraba un paquete de tabaco y el diario, lo que me permitía esperar la llegada de Milsant. Éste era de una exactitud rigurosa, de modo que nunca me hacía perder más de cinco minutos. Pasaba lentamente junto al autocar, con la nariz hundida en el periódico, acechando una llamada del chófer. Nada. Me marchaba, aliviado. Un día de respiro. El jueves me sentía algo inquieto. Pronto se cumpliría una semana de esta situación. Seguía sin tener noticias. Empecé a desconfiar, Myriam no era mujer que se resignara. Debía de preparar algo. Pero ¿qué? Sabía que el primero que cediera se vería obligado a aceptar las condiciones del otro. Por lo tanto, no se podía ni pensar en la capitulación. El sábado fui a Nantes, solo, como siempre. Empleaba mi tiempo con una

regularidad casi matemática. Por la mañana, diligencias. Al mediodía, almuerzo en un pequeño restaurante del centro. Después, un cine cualquiera. Me decidía al consultar la cartelera. Prefería las películas del Oeste. Sin embargo, aquel sábado no sentí deseos de encerrarme en un cine. En verdad, no tenía ganas de nada. Paseé por la Place du Commerce añorando la época en que era un hombre sencillo, sin problemas. En el escaparate de una librería vi un libro, que compré con el propósito de matar el aburrimiento: *El África insólita*. No me gusta mucho la lectura, pero el título me atrajo. También la imagen, que representaba un tótem negro, retorcido, realizado más burdamente que una piedra tallada, y, sin embargo, horriblemente activo, si puedo decirlo. ¡He aquí lo que atraía a Myriam! Mi resolución de resistir se sintió fortalecida. Anoto todos estos detalles porque, vistos de lejos, *a posteriori*, en mi perspectiva que los agrupa y los ordena, adquieren un significado sorprendente, como si una voluntad misteriosa los hubiera situado para iluminar el drama. Eché el libro en el asiento del «2 CV» y no lo abrí hasta mucho después. ¡Demasiado tarde, por desdicha! De repente, me harté de la ciudad, de su alegría. El reloj de la Place Royal marcaba un poco más de las cuatro. ¿Presentimiento? ¡Quién sabe! Bruscamente, decidí regresar. Pero no quería forzar los hechos. No experimentaba ninguna inquietud. Por el contrario, me prometía ir a marcha moderada, para aprovechar aquel sol que anunciaba el verano. Y fue un paseo muy agradable, muy tranquilo. Como a menudo me ocurría, me mantenía al margen de mí mismo, espectador conmovido y desencantado. Pensaba en Myriam sin resentimiento. La aventura había sido hermosa. Gracias a ella, había tenido mi parte de locura. Ahora era un adulto. Escribiría a Myriam para explicarle todo esto lo mejor que supiera. Pero mis pensamientos, tan razonables en apariencia, tenían sabor de lágrimas.

—Entré en Beauvoir, en el mundo real. Mañana tendría que ir al Gros Caillou, a ver la yegua. Trabajo duro. Distinguí al dueño del bar que me hacía señas, pero no me sentía con ánimos para detenerme. Y además, por no sé qué asociación de ideas, me di cuenta de que me había olvidado de comprarle a Eliane una de esas chucherías que siempre conmemoraban mis viajes a Nantes. Desde luego, ella no me reprocharía nada. Pero yo, durante toda la velada,

me sentiría paralizado por el remordimiento y no abriría la boca. Aminoré aún más la marcha. Si hubiese tenido valor, habría dado medía vuelta. Hubiera querido desaparecer. Pero ahora estaba ante mi casa; tenía que seguir viviendo, mintiendo, engañando a todo el mundo. Iba a virar para entrar en el garaje cuando reconocí el «Peugeot» del doctor Mallet. ¿El doctor en mi casa? Recordé los ademanes de Courilleau, el dueño del bar, y comprendí que había ocurrido algo grave. En el mismo momento, un hombre salió de la casa y, al verme, gritó:

—¡Helo aquí!

—Dejé mi auto allí mismo. Después, todo se hizo confuso. Sólo recuerdo mi sorpresa y mi temor cuando alguien me dijo:

—Ella está abajo, en su gabinete de consulta.

—Había personas junto a la entrada y en el vestíbulo. Las aparté y descubrí a Mallet inclinado sobre Eliane. Se levantó pesadamente; se secó la frente.

—Ha caído en el pozo —dijo.

—Y reanudó sus movimientos de reanimación. Sin volverse añadió:

—¡Vuelve en sí, pero poco le ha faltado!

Una mujer lloraba. Reconocí a *la madre Capitana. Tom* gemía también y el rumor de las conversaciones llenaba el vestíbulo. Sin embargo, el estupor no había conseguido paralizarme. Las situaciones extrañas me eran demasiado familiares. Empujé suavemente a *la madre Capitana* y cerré la puerta. Después relevé al doctor. En apariencia, conservaba el dominio de mí mismo, pero en el fondo de mi cabeza, como una campana en la niebla, oía sin descanso: «El pozo…, el pozo…» Eliane no había recuperado aún el sentido. Estaba manchada de tierra, pálida, empapada, nada atractiva con sus cabellos colgantes y gotas de agua pegadas en la frente. Nunca había estado tan seguro de que la amaba. Nunca había notado mis manos más inteligentes, más fraternales. Mallet, agotado, encendió un cigarrillo.

—Ahora la tenemos —dijo—, pero por un momento he creído que iba a escurrírseme entre los dedos. Tres minutos más y ya estaba… Parece que el sacarla ha sido cosa difícil. Ha bajado Gahéry, el albañil… Lo han atado. Cuando he llegado yo, él acababa de subir… Y durante cuarenta minutos su esposa no ha

dado señales de vida. Estaba desalentado…

—Pero, ¿cómo ha podido ocurrirle? —pregunté.

Esta cuestión me obsesionaba.

—Lo ignoro. Ha sido el perro el que ha dado la alarma. Aullaba tan fuerte que la vecina ha acudido. El perro daba vueltas alrededor del pretil, ladrando. Entonces, ella se ha inclinado, ha visto a su esposa que se agitaba aún… Pero creo que ella se lo explicará mejor que yo. No sabía utilizar el teléfono. Estaba aturdida. No había nadie a la vista. Ha corrido a casa de los Paillusseau… El chico ha cogido su moto y ha venido a avisarme. Y el tiempo transcurre. Dese cuenta. Yo tenía un enfermo que no podía abandonar en aquel momento. Todo estaba contra nosotros. Afortunadamente, en el bar el pequeño Paillusseau ha encontrado ayuda.

Mallet acercóse a Eliane y entre los dos la volvimos boca abajo.

—Ahora irá bien —prosiguió—. Ha devuelto toda el agua.

La tensión nerviosa de los últimos momentos le había vuelto locuaz.

—Vaya a preparar unas botellas con agua caliente. Hemos de evitar que enferme de pulmonía.

Un hipo agitó a Eliane.

—¡Apresúrese! —me gritó Mallet.

Salí; di las gracias a todos los presentes. Quería quedarme solo para interrogar a Eliane. Puesto que he decidido decirlo todo, he de subrayar este detalle. No obstante mi pena, sólo tenía una idea: saber lo que había ocurrido. ¿Por qué el pozo? Me hubiese sentido menos turbado si Eliane, por ejemplo, hubiese sido arrollada por un automóvil. ¡Pero el pozo! Era tan inexplicable, tan horrible… Afirmé que Eliane estaba fuera de peligro. La simpatía de toda aquella buena gente me era enormemente grata, pero su curiosidad me irritaba. Entonces pensé en Myriam, en su alegría cuando se enterara de que la otra, aquélla a quien llamaba «la otra», había estado a punto de morir. Y entonces me di cuenta, en aquel vestíbulo donde todo el mundo hablaba a la vez, que Myriam tenía verdaderamente derechos sobre mí, y que si Eliane hubiese muerto… El asco, la vergüenza, una especie de lucidez vertiginosa, me descubrieron en un segundo lo que yo era: un culpable. Volví a entrar en el gabinete. Eliane, sostenida por el médico, había abierto los ojos. Me miraba. Estallé en sollozos. Sé lo muy convencionales

que sonarán estas palabras. Y, sin embargo, no se me ocurren otras mejores. Los espasmos me contraían el pecho; el mal se alejaba de mí. De nuevo podía sostener la mirada de aquella mujer que volvía a la vida, aún desconfiada, como si no hubiese reconocido este mundo en el que se estaba despertando. No me atrevía a besarla. Estaba pendiente de sus ojos, que parecían buscar algo.

—Es su marido —dijo Mallet.

Me arrodillé junto a ella. Volvió la cabeza hacia mí.

—François… —murmuró—. ¡Cuánto miedo he tenido! ¡No te vayas…!

—Aprisa, a la cama. No es momento para enternecerse —murmuró el doctor—. ¿Quiere que le ayude?

La levanté. Estaba helada. Tuve la impresión de que llevaba mi propio pecado. Digo pecado a falta de algo mejor. Nunca he sido hombre religioso, pero en aquel accidente veía un signo, una especie de aviso. Si no hubiese conocido a Myriam, ¿se habría producido el accidente? Pensamientos absurdos, evidentemente.

Pero estaba enfermo de piedad, de remordimiento, hasta el punto de que, en la escalera, juré matarme si Eliane moría. Sin embargo, sabía que estaba fuera de peligro. Esto no me impedía pensar sobre mi propia muerte. Tal vez fuera aquél un método suplementario para alcanzar un determinado grado de sufrimiento y situarme así al nivel de Eliane; cuanto más apenado me viera, más segura se sentiría de mí. Me pregunto si, con la mala fe de los escrupulosos, no estaría adoptando las últimas precauciones. Pero quizá sea ahora cuando lo interpreto así. Acosté a Eliane mientras Mallet preparaba su jeringa y sus inyectables. Sería incapaz de citar las personas que seguían rebullendo en la planta baja y he olvidado lo que más tarde les dije. Me doy cuenta de que mi relato es inconsistente; podría colmar las lagunas, devolver a los acontecimientos su aspecto vulgar. Prefiero contarlos y contarme yo al mismo tiempo, porque fue en mí donde adquirieron sus verdaderas proporciones. Mi amor por Myriam había sido hasta entonces un juego apasionante. Desde aquella noche, supe que se había convertido, misteriosamente, en algo más que un juego. Aquellos pensamientos, aquellas emociones, aquellos fantaseos me absorbían por completo en tanto velaba junto a la cama de Eliane. El doctor se había marchado. La casa estaba vacía. Eliane dormía.

Yo andaba en silencio por la habitación. De vez en cuando la miraba. Hacía años que vivía con ella. Nunca la había visto. Descansaba con una calma un poco atemorizante, con los brazos extendidos sobre la sábana, las manos llanas, increíblemente digna en su ausencia. Me fijé en la energía de su boca y en la arruguita de preocupación que surcaba su frente. No tenía ni la belleza ni la elegancia de Myriam. Tal cual era, a la vez pura y obstinada, me inspiraba un respeto infinito. Era mi mujer. Había estado a punto de perder a mi mujer. Myriam hermoseaba mi vida, pero Eliane era la sustancia de ella. Medité hasta el amanecer en aquellas pobres verdades cuya evidencia me abrumaba. Finalmente, me senté en un sillón, junto a la cama, y me dormí. Cuando me desperté, Eliane, apoyada en un codo, me observaba.

Pegué un salto.

—¡Eliane!

Ella sonreía tristemente.

Esta vez la estreché largamente entre mis brazos. No podía hablar. La misma facilidad que tenía para decir a Myriam que la amaba, se convertía ahora en imposibilidad de decir palabras tiernas a Eliane. Ni siquiera sentía deseos de acariciarla. Pero, con mi mejilla apoyada en la de ella, sentía cómo se aliviaba el peso de amargura que me asfixiaba. Ella estaba allí y yo también. Si hubiese abierto la boca, me parece que hubiera profanado algo. Sin embargo, llegó el momento en que el silencio iba a perder su mejor calidad. Ella lo rompió la primera.

—François, ya lo ves… Me he librado.

Retrocedí para examinarla. Estaba aún pálida y sus ojos azules parecían mustios, deslucidos, a la vez fijos y distraídos como si siguiesen contemplando alguna visión indescriptible.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora bien.

Alzó una mano hacia mí, con un ademán muy suave, y puso orden en mis cabellos. Myriam no hubiese tenido aquel gesto. Hubiera querido retener este pensamiento. En aquel momento, valía lo que una mentira. Cogí su mano en la mía para rechazar la imagen de Myriam.

—Aprieta —dije—. Con fuerza.

Miré nuestros dedos mezclados, nuestras alianzas que brillaban

muy próximas y lloré de nuevo, pero apaciblemente, sin tratar de contenerme, porque aquellas lágrimas pertenecían a Eliane, se las debía.

—François… François querido… —murmuró Eliane.

—Somos unos tontos —dije.

Ella me atrajo hacia sí.

—¿Lo lamentas?

El teléfono sonó en mi despacho. No me moví.

—¿No contestas? —preguntó Eliane—. Puede ser un cliente.

—Tanto me da. Hoy tendrán que prescindir de mí. Me quedo contigo.

Y sentí que acababa de hacerle el regalo más inesperado. Esperaba que Eliane me hablase de su caída. Pese a mi impaciencia y angustia, no me atrevía a abordar el tema. Ella parecía aún muy cansada. Bajé a preparar la comida de *Tom* y después el café. Serví a Eliane y comí unas tostadas a su lado. Comida emocionada, llena de atenciones y de la que cada detalle era una fiesta. Eliane recuperaba los colores. No tenía fiebre, pero le prohibí que se levantara. Por lo demás, el doctor no tardaría en volver.

—No sabes cuánto le debes —dije.

—Me lo figuro.

Me llevé la bandeja y me senté en la cama. No podía contenerme más.

—Veamos, Eliane, ahora que has descansado; ¿qué sucedió? Desde ayer estoy pensando, reflexionando, y no llego a comprenderlo.

Ella se dejó caer sobre la almohada, llena de fatiga.

—Yo tampoco.

—¿Quisiste tirarte al agua?

—De ningún modo. Salí al jardín, ya no recuerdo para qué… Es extraño, lo he olvidado… Tal vez para coger flores… No sé… De repente, sentí una enorme fatiga… Nunca me había ocurrido. No veía nada. La cabeza me daba vueltas… Vi el pozo. No quería acercarme a él y, sin embargo, me aproximaba a pesar mío. Me senté en el pretil. Y caí.

—Espera. No tan de prisa. Ante todo, ¿de dónde venía esa fatiga?

—No lo sé.

—¿No habías comido nada pesado?

—No.

—¿Y ni siquiera tuviste tiempo para regresar a casa?

—No.

—Eliane… Me parece que no me lo dices todo.

—Sí, querido, te lo aseguro.

—Hubieses podido pedir ayuda.

—Era incapaz de hablar, de moverme.

Callé, tratando de formular un diagnóstico satisfactorio porque tenía ciertos conocimientos médicos. Eliane era robusta, lo contrario de lo que suele llamarse una mujer nerviosa. No se me ocurría la menor explicación.

—En resumen —dije—, ¿quedaste como paralizada?

—Sí.

—Pero, ¿sufrías?

—En absoluto… No te inquietes, François… Ya ha pasado. No quiero pensar más en todo eso.

—Pero yo estoy obligado a pensar. Puede volver a ocurrirte.

Ella ocultó la frente en un brazo replegado y murmuró:

—En tal caso, preferiría morir.

—Te aseguro, Eliane, que no te reconozco. Tuviste un vahído. Bueno, te sentaste en el pretil… Pero es bastante ancho. ¿Rodaste? ¿Cómo pudo ocurrirte?

—Sentí que me iba… Era algo más fuerte que yo… Me quedé sin fuerzas… Ni siquiera tenía deseos de defenderme.

—¿De defenderte? ¡Pero si nadie te atacaba!

—Es cierto. No sé cómo explicarte… Era horrible y, sin embargo, era agradable… Me sentía hueca, vacía… Me dejé caer. Mi cabeza chocó contra algo duro. Tengo un chichón, aquí…

Palpé bajo el cabello, y Eliane gimió. El chichón era enorme.

—Tuve la impresión de que caía durante mucho rato —prosiguió —. Y después noté el contacto del agua… El ruido fue espantoso… No me hundí, pero el frío me asfixió.

—Cállate… —murmuré.

Yo, que con tanta facilidad soy testigo de los sufrimientos de las bestias y de las personas, no podía soportar aquellos detalles. Pero Eliane no lo notaba. Parecía que sus explicaciones la consolaban.

—Traté de sostenerme… Las piedras eran resbaladizas… No

perdí el conocimiento en seguida… El fondo no quedaba lejos y hubiera podido permanecer en pie… Creí… No me acuerdo muy bien… Lo más terrible era el frío. Todo aquel frío que penetraba en mí.

Apoyé una mano en su boca. Ella la besó.

—Ya no podré vivir —dije—. No me atreveré a marcharme.

Sentía que aquel pozo se abría bajo mis pies. Las piedras resbaladizas, el agua helada. Todos aquellos detalles se habían clavado en mi carne como otros tantos cuchillos. Me levanté, presa de una especie de ira originada por mi exceso de miedo.

—¡Voy a ordenar que lo cieguen en seguida! —exclamé—. Y después el doctor te examinará a fondo. Si es preciso celebraremos una consulta en Nantes. Pero quiero aclarar lo ocurrido, pues un malestar como el tuyo no es normal.

—Te lo ruego, François.

Bajé al jardín. La tierra estaba pisoteada alrededor del pozo. Me senté a mi vez en el pretil, cuyas piedras mostraban varias arañazos. No era difícil imaginar la batalla que se había librado allí en tanto que yo… Me incliné y vi, muy lejos, la mancha azul del cielo y la bolita negra de mi cabeza. En aquella postura falsa, caería infaliblemente si, por algún motivo, me fallasen las fuerzas. Hice la prueba y tuve que aferrarme en seguida, con el corazón agitado. Era una verdadera fatalidad el que Eliane hubiese pasado por allí en el momento en que le acometió el desfallecimiento. Tanto más cuanto que, por lo general, no solía acercarse al pozo. Durante el verano, yo me encargaba del riego y, cuando tenía demasiado trabajo con mis visitas, un jardinero de Beauvoir me echaba una mano dos tardes por semana… Se abrió la verja. Era el doctor Mallet. Corrí hacia él para explicarle mis temores. Mallet es un hombre de unos cuarenta años, corpulento y vigoroso. No es del tipo sutil, pero tiene mucha experiencia y prudencia. No le trataba mucho, por falta de tiempo, y además no teníamos demasiada afinidad. Pero confiaba en su juicio.

—Dramatiza usted —me dijo—. Cualquiera puede tener un malestar en cualquier sitio. Su esposa es fuerte, pero ésta no es razón. Un día sufrí un breve síncope cardíaco, mientras conducía, y me estrellé con el coche. Pues bien, visité a mi jefe, en Nantes. Me estudió a fondo. Nunca ha podido explicarme por qué me falló el

corazón durante dos o tres segundos. Y yo también, como su esposa, sentí que nada podía hacer. Me moría. Me moría, literalmente. Noes divertido, de acuerdo. ¿No estará encinta, por casualidad?

Inició la subida de la escalera. Rectificó por iniciativa propia:

—No. Me parece que no. Después de ese baño frío hubiese presentado otros síntomas… Ya lo estudiaremos, pero no hay motivo para desesperarse, créame.

Se quedó una hora. Interrogó a Eliane con un cuidado y una paciencia admirables. La auscultó, la palpó, la examinó lo mejor que supo y después la tapó con la sábana.

—Está perfectamente —dijo—. Por fortuna, mis enfermos no se le parecen. No me quedaría más remedio que cerrar la tienda.

Me estrechó la mano y le acompañé hasta la puerta.

—Le aseguro que no tiene nada —afirmó—. Tal vez no sea tan fuerte como parece, pero se recuperará sin dificultad. ¿Le gusta esto?

—¿Por qué no habría de gustarle?

—De todos modos, sáquela un poco. Esto le ayudaría a recuperarse.

Di cuenta a Eliane de esta conversación.

—¿Quieres tomarte unos días de descanso? ¿Quieres ir al *Midi*?

Rehusó. Mi trabajo había pesado en su decisión. Nunca aceptaría ser una carga para mí. No insistí. La vida prosiguió como antes. Sólo que la *madre Capitana* venía dos horas cada mañana para hacer la limpieza. Fue la noche de ese día cuando Milsant me detuvo en Beauvoir para informarme que me llamaban desde Noirmoutier.

—Es de parte de *Madame* Heller —me explicó.

—Lo sé.

—Parece que tiene una especie de leona…

—Un guepardo.

—La bestia está aún enferma. La negra ha venido a advertirme.

—No tengo tiempo.

—Bueno. Yo ya le he dado el recado.

Me encogí de hombros para demostrarle que no otorgaba ninguna importancia a aquella *Madame* Heller y a su guepardo. Y con franqueza, en aquel momento, era cierto. Y siguió siéndolo al día siguiente. Trabajé todo el día sin distraerme ni un momento. Gran parte de mi ser había quedado como aturdida por el accidente

de Eliane. Al otro día me puse a pensar en *Nyété* mientras acariciaba a *Tom*. Pero fugazmente y de una manera puramente profesional.

Habían descuidado su régimen. Tal vez recurrieron a medicinas inadecuadas. Si *Nyété* estaba verdaderamente enferma, también ella tenía derecho a ser cuidada. Salí a hacer las visitas de la mañana. Me sentía muy seguro de mí mismo, muy tranquilo, algo triste. Hubiera debido desconfiar a causa de aquélla melancolía sorda. El otro Rauchelle se estaba despertando, pero yo no lo sospechaba. A mediodía almorcé con Eliane, cuya alegría me hacía sentirme incómodo. Volvimos a hablar del pozo, que desempeñaba un papel primordial en nuestras conversaciones. Y entonces le hice una pregunta que no había premeditado, pero que se me ocurrió como si alguien me la hubiese susurrado:

—¿Estabas sola?

—Sí, desde luego.

—Quiero decir…

Pero no sabía muy bien lo que quería decir. Ella estaba sola; me había explicado ya todas las circunstancias del accidente. Discutimos después respecto a la *madre Capitana*; Eliane tenía el propósito de prescindir de sus servicios cuando terminara la quincena y yo olvidé la sospecha que me había rozado. Volvió a mi memoria de la manera más fortuita: contando el dinero, por la noche, descubrí en mi billetero la tarjeta de Vial metida entre los billetes. Instantáneamente, pensé en el marido de Myriam, y sentí que, inconscientemente, había temido la vuelta de ese recuerdo. Encendí la pipa. El marido de Myriam había caído y se había matado. ¿Qué relación guardaba eso con Eliane? Ninguna. Myriam era viuda. Yo había estado a punto de quedarme viudo. ¿Me habría casado con Myriam…? Tal vez… Sin duda… Seguramente.

Mis pensamientos giraban sobre el mismo tema. Había algo que no me atrevía a confesar, y ahora, sólo conmigo mismo, quería sajar el absceso. El marido de Myriam murió y nadie supo cómo. Había seguido un camino desacostumbrado… ¿Había resbalado? ¿Había sido víctima de un vahído? ¿Le habían empujado? Pero Vial me afirmó que no le habían empujado. Quedaba el accidente. Caída allí, caída aquí. Pura coincidencia. ¿Qué iba a imaginarme? Miré la isla, en el fondo de la noche. ¡Estaba acostumbrado a razonar, qué diablo! Era un espíritu positivo. Mi profesión me había enseñado a

observar, a reflexionar, a interpretar metódicamente las apariencias. Me ocurría algo clásico: durante mucho tiempo me prohibí pensar en Myriam y, para soslayar tal prohibición, estaba cultivando inquietudes de otra especie. Convertía el problema en una investigación, pero no había problema. Sólo existía un hombre de quien se había vuelto a apoderar la pasión. ¿Era aquélla la verdad? En conciencia, me veía obligado a reconocer que sí: deseaba ver de nuevo a Myriam e inventaba pretextos falaces. Pero, ¿por qué había de abstenerme de ver a Myriam? Verla no significaba obligatoriamente sucumbir.

Como ve, no le oculto nada. Quisiera reconstruirle la historia de mis escrúpulos, con todo detalle, para que pudiera comprender que me estudié durante mucho tiempo antes de llegar a una conclusión. La verdad, tal como al fin la he alcanzado, no es *mi* verdad. Me parece que he conseguido superar, eliminar todo lo que hay de aportación personal, de óptica propia en esta aventura. En ningún momento me dejé engañar cuando empecé a buscar motivos valederos para volver a ver a Myriam. Sabía que hacía mal. Me sentía muy infeliz. Pero aún resistí algo más de una semana. Durante ocho días rodeé a Eliane de cuidados, de mimos, de cariño. Ella seguía estando muy débil, pese a sus esfuerzos para demostrarme hallarse completamente restablecida. Tosía un poco y no tenía mucho apetito. Por mi parte, mi resolución se parecía a esos castillos de arena que los niños construyen en la playa. Las olas se acercan; los torreones, socavados, empiezan a desmoronarse. Cada vez con mayor frecuencia dirigía mis pasos a la costa. Necesitaba sentir el olor del varec. Inclinaba ligeramente la cabeza; inspiraba el viento salado, como esos caballos solitarios que en las dunas olfatean el espacio con el cuello. Algo me advertía que, si franqueaba el Gois, me acecharían nuevos y mayores peligros. Pero una noche, con frialdad, después de haber comprobado que Eliane tenía buen aspecto, me decidí. Me sentía odioso y culpable hasta la medula de los huesos, pero no podía resistir más. El viento soplaba desde tierra, en el agua de la bahía rielaba la luna y los primeros abejorros chocaban contra los cristales. Di cuerda al despertador y besé a Eliane. Confieso que me sentía henchido por una nueva dicha.

5

Franqueé el Gois durante la marea baja de las diez. Tres o cuatro automóviles rodaban ante mí. Recordé entonces que empezaba la semana de Pascuas. El movimiento de los vehículos me sería útil; durante una quincena podría ir y venir sin llamar la atención. Alegría de estar en la isla, de buscar los caminos estrechos entre las casas bajas, los setos de tamarindos y, de trecho en trecho, una amplia panorámica del océano. Los poblados que atravesaba, la Billardière, la Gourderie, el Mathois, parecían arrancados de otro mundo. Me parecía estar en un país imaginario. Myriam, ahora lo comprendía, había salido de mis sueños como una divinidad bárbara. Iba hacia ella como en peregrinaje. Me maravillaba. Me sorprendía que pudiera existir otra vida lejos de ella. Experimentaba una especie de opresión en el pecho mientras daba vueltas a esos pensamientos, como si mi amor hubiese envejecido, y, al mismo tiempo, me sentía menos culpable ante Eliane. No le quitaba nada; por una hora me retiraba a otro mundo, tal vez análogo al de la música o al de la lectura. Así tranquilizado, protegido contra Eliane y defendido contra Myriam, a solas con mi dicha oculta, me apresuré hacia Noirmoutier.

Encontré en primer lugar a *Nyété*. Acudió hacia mí con varios saltos silenciosos y, apoyando sus patas en mi pecho, estuvo a punto de tirarme al suelo, dando seguidamente grandes muestras de alegría. Había adelgazado. Los omoplatos le sobresalían de manera inquietante y las dos líneas negras que iban desde sus ojos hasta la boca parecían dos profundas arrugas.

—*¡Nyété!*

Reconocí la voz de Myriam y no me atreví a seguir adelante. Preparaba ya mis disculpas. Oí sus pasos en el jardín. ¿Le hablaría de Eliane? ¿Tendría la debilidad de contárselo todo? Compareció por una esquina de la casa y se detuvo en seco. Torpemente di unos

pasos hacia ella. La orgullosa Myriam estaba tan conmovida que tuvo que apoyarse en una pared. Me temblaban las rodillas. Lo que experimentaba era peor que el hambre y la sed, y cuando la apreté contra mi pecho creí que iba a caerme. Una especie de pánico nos soldaba el uno al otro. Habíamos cerrado los ojos. Cada uno había aferrado su presa. Fui el primero que trató de soltarse.

—¡Pueden vernos!

—No me importa.

Un momento después me preguntó:

—¿Por qué has hecho esto?

—He estado ocupado. Es la época del año en que tengo más trabajo.

—No. Hay algo más… ¿Estabas enfadado?

—Sí, también estaba algo enfadado.

Me cogió por la mano y me arrastró hacia la casa. Corría casi. Con el pie cerró la puerta de la habitación y luego echó su bata sobre una silla. Volví a encontrar la muchacha salvaje cuya sinceridad trastornaba siempre mis cálculos y mi arrepentimiento. Me arranqué la ropa. Su ardor me devoraba. Hubiera querido saltar fuera de mi piel. Buscábamos algo mucho más grave que el placer y lo intentábamos con un impulso que nos arrancaba súplicas de piedad. Nuestros demonios nos dejaron al fin y caímos exangües, inconscientes, parecidos a unos exorcizados. Estábamos locos si creíamos que el amor podía liberarnos de nuestros problemas.

—François —murmuró—. No me dejes sola tanto tiempo… Soy capaz de detestarte, ¿sabes?

—Te aseguro que…

—No. Conozco tus razones. Pero estás aquí… No quiero que nos peleemos… ahora.

Rió, con una inconsciencia repentina que barrió mis temores. Volvimos a ser unos amantes vulgares, que descubrían la alegría de las caricias después de satisfecha la voluptuosidad.

—Te he esperado todos los días —dijo ella—. Cuando el mar bajaba, no me atrevía a salir. He vivido enclaustrada como una monja.

Incluso de noche esperaba que vinieses.

—¿Has trabajado?

Se volvió hacia mí; nuestros ojos estaban tan próximos que los

de ella parecían algo monstruosos.

—¡Trabajar…! ¿Crees que se puede trabajar cuando se está acechando todos los ruidos, cuando se oye tocar todas las horas? Si me amases, François, no me harías preguntas así.

—Sí, te amo.

—No, desde el momento que puedes vivir como si yo no existiera.

Y era cierto, no la amaba con aquella clase de amor. Y me preguntaba, contemplando sus pupilas grises, brillantes como las conchas mojadas, de cuántas clases de amor está compuesto el amor.

—Voy, vengo —dije—. Pienso en ti… de vez en cuando.

Golpeó mi frente con la de ella.

—Tonto. De vez en cuando, quiere decir que te acuerdas de mí. Pero uno sólo se acuerda de los ausentes. Y yo siempre te siento aquí. Cuando la puerta chirría, eres tú. Cuando el suelo cruje, eres tú, y cuando, por casualidad, no te encuentro, me ensimismo, me concentro y reapareces. ¿No te ocurre a veces que, bruscamente, empiezas a desearme?

¡Oh, sí!, a menudo.

—Pues bien, es que en aquel momento te atraigo hacia mí. Sabía que esta mañana vendrías. Ayer me concentré con todas mis fuerzas.

—¿Crees en la telepatía?

—Sí, porque creo en el amor.

Nuestros alientos se mezclaban. Me bastaba alargar los labios para tocar los de ella. Cuchicheábamos como unos conspiradores, y era efectivamente una conspiración lo que ella intentaba, sin conseguir convencerme.

—¿No me abandonarás más?

—Bueno —dije malévolamente—, ¿cómo podría abandonarte si tienes el poder de traerme aquí cuando quieras? La verdad es que soy tu prisionero.

—No te burles. No me gusta tu humor de hoy. Vial hablaba como tú. ¿Cuándo volverás?

Se había roto el encanto. Sería preciso discutir, demostrarle que las vacas de Girardeau me necesitaban, que debía pasar urgentemente por la granja de Gran Clos. Ella no admitía los

horarios estrictos, los empleos de tiempo rígidos. ¿Tal vez creía que yo utilizaba mi trabajo como pretexto para defender mi libertad? ¿Tal vez adivinaba que, en la otra orilla, yo era otro hombre, desconfiado, torturado, siempre a punto de escaparme?

—Lo antes posible —dije.

—Pero, ¿tienes ganas de volver?

La besé para ocultarle mi irritación. Me parecía estúpida cuando se volvía apremiante e indiscreta de aquella manera. Después me vestí.

—¿Cuidas a *Nyété* como te recomendé?

—No me has contestado —dijo ella.

—Soy responsable de esa bestia.

—No. Antes eres responsable de mí. *Nyété* está enferma porque me pones enferma.

No pude contener una sonrisa. Hasta mucho más tarde no comprendí lo muy seriamente que Myriam había hablado. Se levantó, se envolvió en su bata y abrió la puerta al guepardo.

—También Ronga está enferma. Por tu culpa estamos las tres enfermas… Ven a tomar un poco de café.

—Pero es casi mediodía. —Observé—. Por eso estáis enfermas. Tomáis cualquier cosa en cualquier momento.

—¡Tengo ganas de café!

Bajó la escalera, silbando como un hombre mientras que el guepardo saltaba a su alrededor. Bajé a mi vez y entré en la salita. En seguida, maquinalmente, busqué con los ojos el cuadro que debía estar aún de cara a la pared. Pero había desaparecido. «Lo ha destruido», pensé. Era ridículo. ¿Por qué había de destruirlo? Presté oído. En la cocina, Myriam manejaba unas tazas. Muy de prisa, busqué entre los lienzos amontonados por todas partes. Recordaba la forma del cuadro; si hubiese estado en la habitación, lo habría localizado al instante. La cantera rojiza, las vagonetas oxidadas, me parecía ver cada detalle con una precisión extraordinaria, e insistí en silencio, como si hubiese sido capital para mí el encontrar aquella pintura. En cierto sentido, era capital. Porque las sospechas extrañas, vagas, que durante cierto tiempo me habían acometido, estaban recobrando vida, y tenía que estar seguro.

—¿Lo quieres cargado? —me gritó Myriam.

Contesté con voz cortés:

—Naturalmente.

Lo absurdo de aquella búsqueda me llenaba de una especie de vergüenza, pero era incapaz de contener mis manos. Me movía como un ladrón. Nada en las mesas. Torpemente, hice caer un montón de dibujos, que se esparcieron arrastrando consigo lápices y libretas de apuntes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Myriam.

—Trato de encontrar una silla libre.

Agrupé los dibujos, recogí las libretas. De la última cayeron dos fotografías. Las recogí y me quedé medio inclinado, como desprovisto de vida. La primera era de Eliane. Mi mujer, con unas podaderas en la mano, se inclinaba sobre un rosal. Había sido cogida de perfil, desde varios metros, probablemente desde la verja. Llevaba su vestido de lana gris. La segunda… La segunda «foto» reproducía un ángulo de la casa y el pozo.

—Discúlpame, querido —gritó Myriam—. Te hago esperar. No sé dónde está Ronga.

Metí las fotografías en la libreta y traté de llenar mi pipa. Me temblaban los dedos de tal modo que tuve que renunciar a hacerlo. Me situé ante el caballete. He olvidado por completo qué tela había en él. Oí las tazas que se entrechocaban en la bandeja y el repiqueteo de las zapatillas de Myriam.

—¿Te gusta? —dijo Myriam.

—Sí, mucho.

—Creo que tiene movimiento.

Le daba la espalda y para acercarme a la bandeja tuve que hacer un esfuerzo tremendo. Myriam servía el café con un gracioso ademán. Sus cabellos teñidos de blanco le daban un aire de marquesa. El guepardo se había tendido a sus pies y una mosca volaba junto a los visillos. Yo dormía. Seguramente dormía. Me despertaría en mi casa y la verdadera vida proseguiría.

—¿Dos terrones?

El azúcar cayó en la taza.

—En cuanto a *Nyété* —prosiguió Myriam—, te aseguro que no olvido nada. Pero hay momentos en que me inquieta. Sin embargo, no puedo sacarla. Sería capaz de matar a un gato o a un perro. ¡Imagina qué problemas tendría!

Escuchaba su voz; contemplaba su rostro. Era, en efecto,

Myriam, la mujer que conocía, que amaba.

—Tal vez tenga necesidad de un macho —dijo.

Y de repente, esta observación me causó horror. Dejé mi taza.

—Es tarde. Tengo el tiempo justo…

Si me hubiese atrevido, habría huido; sin embargo, sabía que volvería, que la interrogaría, que intentaría llegar hasta el final. Me rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la cabeza en mi pecho.

—François… No puedo vivir sin ti, François. Tal vez porque no puedo retenerte. Ahora voy a esperar… esperar… ¡Tengo vocación de viuda! La besé en el cabello y fingí que me marchaba como un hombre abrumado por el pesar, pero me sentí dichoso al refugiarme en el «2 CV». Tenía prisa por estar solo, por reflexionar. Las «fotos» se me aparecían en el parabrisas como en una pantalla. La rosa… el brazo alargado… las podaderas… el pozo… Eliane… El pozo… Afortunadamente, el camino estaba poco concurrido. Conducía como un autómata, sin ver nada. Ante los ojos de mi memoria sólo había aquellas dos fotografías, tan claras que percibí la sombra de Eliane, muy negra, en el suelo del jardín. Probablemente, la «foto» había sido tomada a primeras horas de una tarde. ¿Por quién? Por Myriam, seguro que no. Era demasiado indolente. Y sobre todo, no hubiese corrido el riesgo de encontrarse conmigo. Sabía de sobra que yo hubiera roto en seco nuestras relaciones. Entonces, ¿por Ronga? Tenía que ser así. ¡Myriam deseaba tanto estar informada! Había dibujado mi casa… Recordé el boceto que yo había rectificado… Ella envió a Ronga, que fotografió a Eliane a través de la verja. Pero ¿y el pozo? ¿Por qué el pozo? ¿Y por qué había desaparecido el cuadro de la cantera?

Llegué al Gois. El agua empezaba a cubrir el camino. Me había retrasado mucho. Aquella nueva contrariedad me abatió por completo. Me sentía agotado. Bajé a pie hasta el borde de la pendiente. La corriente se estiraba ya entre las balizas, trazando largas franjas más claras en las cuales espumeaba el mar. La otra orilla era inaccesible. Calculé rápidamente. Me sería imposible pasar antes de las nueve de la noche, e incluso de las nueve y media. Pensé en telefonear. En otras ocasiones mi trabajo me había retenido lejos de mi casa durante días enteros. Pero era antes de conocer a Myriam. Antes del accidente… En aquella época ni siquiera se me hubiese ocurrido disculparme. Entre Eliane y yo no

había surgido aún aquella nueva ternura motivada por los hechos de los días precedentes. Ahora, el teléfono me daba miedo. Eliane me notaría lleno de reticencias y se inquietaría. Solo en la arena, contemplé la orilla opuesta que se hundía hacia Bourgneuf, se perdía en una vibración del aire. Allí estaba, impotente, y entretanto Eliane se veía expuesta a… No hubiese podido precisar a qué. Sin embargo, tenía la impresión de que ella corría cierto peligro vago. Hundí una mano en el agua y, estúpidamente, observé cómo se secaba. Me produjo una intensa sensación de frescor que comprimía un poco la piel. Regresé a paso lento hasta el coche. Lo mismo me hubiese dado dejarme caer entre los pequeños cardos de las dunas. Estaba ebrio de vacío. No ara cuestión de regresar al bosque de la Chaise. No sentía ningún deseo de ver a Myriam. Tenía que aclarar demasiadas cosas. ¿Cruzar en barca? La corriente me hubiese arrastrado hasta el centro del golfo. ¿Buscar un marinero en Barbâtre? ¿Y explicarle qué? También mis pensamientos estaban enfermos. Me puse al volante. Lo más sencillo era retroceder y detenerme en algún sitio, al otro lado de la isla, frente al mar. Ya encontraría un hueco en la arena donde dormir hasta la noche.

Atravesé, pues, Barbâtre y me detuve un poco antes de llegar a la playa de la Guériniére. Por aquel lado el océano subía al asalto de las dunas en grandes oleadas que se derrumbaban hasta donde alcanzaba la vista, en una polvareda de salpicaduras y de sol. Hurgué en la bolsa del coche, en busca de mis gafas negras, y acabé por encontrarlas en el asiento de atrás, entre cajas de medicinas. El libro estaba allí: *El África insólita*. Vacilé, y después lo metí bajo el brazo y bajé hacia la playa. Durante mucho rato permanecí al límite de las olas; sentía bajo mis pies el temblor de las aguas cuando rompían impetuosamente. Su rumor me llenaba la cabeza. El viento me empujaba por detrás. Ante mí, detrás mío, no había nadie, y, sin embargo, tenía miedo. No era el miedo físico; era algo más sutil y casi inconfesable, como si el sol hubiese sido falso y el espacio, un decorado. Finalmente, me dejé caer en la arena, con la cabeza entre los brazos… El pozo… La cantera… ¿Qué relación tenían? No podía haberla. No transigiría respecto a aquel punto. Era en cierto modo mi honor el que estaba en juego y nunca prestaría crédito a locas fantasías. Sin embargo, tenía que examinar los hechos. Heller se había matado en circunstancias misteriosas cuando Myriam acababa

de pintar la cantera. Otros antes que yo habían observado esta coincidencia. Según Vial, el mejor testigo, Myriam tuvo que marcharse porque la consideraban responsable. Éstos eran los primeros hechos. Estaban los segundos: Eliane había caído en el pozo, aquel pozo al que nunca se acercaba, del que incluso parecía desconfiar como si un presentimiento misterioso la apartara siempre de él, precisamente acababa de tener la prueba, Myriam poseía la imagen de ese pozo… ¿Entonces? ¿Qué conclusión sacar de todo esto? No, no podía, no me atrevía, no quería… Sin embargo, sabía que Myriam había deseado la muerte de su marido; ella me lo había dicho, era probable que también hubiese deseado la de Eliane. Y Heller estaba muerto… Y Eliane había estado a punto de morir ¿Casualidad? Me habían enseñado a desconfiar de la casualidad. Me habían enseñado a observar, a descubrir en todas partes el juego de las causas y los efectos… El propio Vial, Vial el escéptico, se había mostrado reticente. Recordé todas sus palabras y en especial esta frase: «Hay que haber vivido en África». El calor zumbaba en mi cabeza y tenía la impresión de haberme convertido en un acusado que tratara inútilmente de descubrir una salida. Me dormí, sin perder del todo la conciencia de mi cuerpo, de los granos de arena que resbalaban sobre mi rostro como unos dedos, y de los estampidos de la resaca. Vagué mucho tiempo en aquel sueño que me protegía sin darme la tranquilidad. Desperté a causa de un ruido extraño. Oía un roce de papel, y recordé el libro. Alguien lo hojeaba… Entreabrí los ojos; estaba solo. Era el viento que pasaba las páginas.

Eran las cinco y la marea bajaba. Perezosamente, me puse en pie. Estaba harto de pensar. Recogí el libro y busqué en las dunas un refugio confortable. Mi pipa. Las cerillas. Ante todo leí el índice… Los curanderos… los fetichistas… los ritos… los oráculos… los brujos… Todo aquello era para mí letra muerta, pero de aquellas palabras se desprendía no sé qué atractivo y poderoso… Se hubiese dicho que contestaban a mis preguntas. Acomodado en la arena caliente, me absorbí en la lectura. Y el tiempo transcurrió como un sueño. La luz disminuyó. La arena se ensanchó; el sol se volvió rojizo. Yo seguía leyendo, señalando con una uña los párrafos que más me habían interesado. ¿Aquello era África? ¿Aquel conjunto de leyendas, de creencias, de supersticiones, de fenómenos absurdos?

No había ni un solo capítulo que provocase en mí un sobresalto de incredulidad, un movimiento de cólera, una protesta apasionada. Era inútil que el autor multiplicase los testimonios, apoyase sus observaciones con otras observaciones obtenidas en las mejores fuentes; yo lo negaba, lo negaba con todas mis fuerzas. Myriam no podía estar mezclada con aquellas historias estúpidas de embrujamiento, de posesión, de poder a distancia… ¡El poder a distancia! Evidentemente, aquello lo explicaba todo. Pero yo, habituado a las disciplinas de la medicina, nunca tomaría en serio una explicación tan falta de base. Cerré el libro con un ademán seco. Estaba furioso contra mí mismo. Eran cerca de las ocho. Me sacudí, me desperecé. Miré otra vez el mar, que adquiría su color azul de noche. Volví a ser Rauchelle. Regresaba a mi casa. Mi mujer me esperaba y sólo esto era real en el mundo.

Dejé el libro en una bolsa del coche y arranqué. El Gois seguía cubierto por el agua, pero tres autos habían llegado ya. Me puse en fila y empecé a meditar. El autor del libro era un universitario con numerosos títulos y no tenía nada de bromista. Él también había querido aclarar la cosa. Fue allá lleno de prevenciones. Sus prevenciones habían caído una tras otra. Y así decía: «No explico. ¡Compruebo!» En cierto modo, como Vial. Pero, ¿había en realidad comprobado algo? Si yo hubiese estado en África con Myriam, ¿es que por amor a ella, no lo hubiese aceptado todo? Se puede ser un hombre distinguido y dejarse arrastrar por su imaginación. No. Aquel testimonio no valía nada. En tanto que no tuviese ante mis ojos un estudio profundo, efectuado científicamente, no me daría por vencido.

¡Desde luego! Los sacrificios sangrientos, los asesinatos rituales existían. Lo sabía. Los diarios publicaban continuamente esos hechos incomprensibles y yo mismo había visto documentales sobre África que me habían trastornado. Y a diario debía luchar en la marisma contra las supersticiones de los campesinos. También ellos creían en los presagios y en los maleficios, pero yo estaba bien situado para ver, para tocar con la mano, que se equivocaban.

La fila se puso en movimiento. Por el lado de la isla, el mar era llano, lechoso. Se tenía la impresión de rodar sobre el agua. Ya no me sentía inquieto después de que en mi interior se había iniciado aquella discusión. Y como había barrido los argumentos del libro,

Myriam parecía haber perdido su seducción más sutil. Una vez más, al regresar a tierra, me sentía firme, seguro de mí mismo. Adelanté a los otros tres automóviles.

Me detuve ante el garaje. Había luz en la cocina. Empujé la pesada puerta corredera y entré acelerando el motor, para causar sensación de apresuramiento. Eliane abrió la puertecita del fondo del garaje. Estaba tranquila, como de costumbre.

—¡Estoy derrengado! —exclamé—. ¡Qué oficio! ¡Doce horas seguidas trabajando!

Cerré de golpe la portezuela, con expresión exasperada. No hay que juzgarme con demasiada severidad. Estaba verdaderamente exasperado. No desempeñaba un papel. No mentía. Me quejaba de buena fe. Eliane me besó, pero *Tom* retrocedió ante mí, con el pelo erizado.

—Apesto a toro —expliqué riendo—. ¿Cómo te encuentras?

—Psé…

—Aprisa, a comer. Voy a quitarme la porquería y en seguida bajo.

Los hechos demostraban que me había equivocado. Para Eliane, el día había sido semejante a los otros. Mientras cenábamos me contó lo que había hecho; las mil naderías que la ocupaban hasta la noche.

—¿No te has cansado en exceso?

—No.

Mientras quitaba la mesa, encendí mi pipa. Había olvidado Noirmoutier. No pensaba más que en mis visitas del día siguiente. Sin embargo, antes de reunirme con Eliane en el dormitorio fui a buscar el libro que contenía una abundante bibliografía, y remití a mi librero de Nantes un extenso pedido. Frazer, Casalis, Burnier, Arbousset, Ségy, Christine Garnier, Dieterlen, Laydevant, Soustelle, el Padre Trille, creo que pedí —usted seguramente opinará lo mismo— todo lo que hay de cierta importancia. Me pareció que había cumplido un deber urgente. Me acosté, casi satisfecho de mí mismo.

—¿No te has aburrido? —pregunté a Eliane—. Lamento mucho permanecer tanto tiempo fuera, pero esta epidemia me causa muchas preocupaciones. ¡Y todavía no ha terminado!

—¿Tampoco vendrás a comer mañana?

El tono de Eliane era el de una buena ama de casa que prepara ya el menú. Apenas si me detuve a reflexionar. Puesto que estaba decidido a regresar allí para efectuar una especie de investigación, mis viajes a Noirmoutier se encontraban moralmente justificados. En cierto modo, me sentía menos obligado a disimular.

—No lo creo —dije—. Tengo que ir bastante lejos, pero procuraré regresar menos tarde. Buenas noches, querida.

Al día siguiente me levanté temprano y, mientras se calentaba el café, di una vuelta por el jardín. Por la mañana me gustaba sondear el tiempo, respirar los primeros aromas, adivinar las intenciones del tiempo, olfatear su humor. La *madre Capitana* levantada ya, se disponía a llevar su cabra al campo. Charlamos. Desde el accidente, la vieja nos había tomado bajo su protección. Aquello me exasperaba a menudo, pero esta solicitud tal vez acabara siéndome útil. Empecé, pues, a interrogarle con aparente indiferencia. Le expliqué primero que las vacaciones de Pascua me traerían clientes de la ciudad. Seguramente pronto tendría perros y gatos que cuidar. ¿Habría visto ella alguna persona extraña rondando alrededor de la casa? No, no había visto a nadie. Y, sin embargo, apenas se ausentaba. A su edad, etc., etc… En resumen, casi todo el día estaba en su cocina, desde donde divisaba el camino y mi casa. Le rogué que me advirtiera si alguien parecía buscarme. Mi mujer estaba aún cansada y debía reposar todo lo posible. Por ello no quería molestarla con mis preocupaciones. La *madre Capitana*, encantada, me prometió que podía contar con ella. Trabajé hasta las once y después me encaminé hacia el Gois. El tránsito era más intenso que el día anterior; la mayoría de los coches llegaban de París. Me sentí protegido. Ya no estaba preocupado, pero me sentía algo incómodo mientras buscaba las preguntas que tendría que hacerle a Myriam. Ella desconfiaría en seguida. Y si le parecía que la acusaba, sería la pelea, la ruptura, con lo que nada se resolvería, puesto que ella podría seguir actuando… desde lejos. En seguida me reproché por este pensamiento estúpido. ¿No sería mejor decirle toda la verdad y vaciar el absceso de un solo golpe? Pero me siento incapaz de expresar en unas palabras lo que me atormenta. No es cobardía. Sencillamente tengo miedo de no emplear las palabras justas, de exagerar, de falsear… Cuando se resume, se traiciona, porque uno se mantiene apartado de su propio corazón. Cuando entré en la

villa, no había resuelto nada. Encontré a Myriam pintando.

—Espera —me dijo—. Dame un beso, pero déjame terminar.

Y como soy muy susceptible en seguida lamenté haber venido. Con las manos a la espalda me paseé por la salita como un aficionado en una galería de arte.

—¡Caramba! —dije—. Ya no veo tu cuadro… Ya sabes… el de la cantera.

—Lo he vendido —contestó distraídamente.

Me detuve en seco.

—¿Lo has vendido?

Ella dejó la paleta en un taburete y vino hacia mí mientras se secaba los dedos en su bata.

—¿Qué tiene de sorprendente? Sí, lo he vendido a una galería parisiense, con un lote de lienzos. Tengo que vivir. ¿Has pensado alguna vez en ello, François?

De modo que era así de sencillo, y yo que había imaginado…

Me rodeó el cuello con un brazo.

—Podrías saludarme… ¿Nunca te han dicho que eres muy adusto…? ¿Sabes? He hecho un buen negocio. El director de la Galería Fürstenberg me ha escrito. Me propone organizar una exposición en París el mes próximo. Seremos ricos…

—¿Seremos ricos? —repetí.

—Bueno, esta mañana tienes las entendederas embotadas, François. ¿Qué te sucede?

Estaba secretamente excitada. La alegría del éxito coloreaba sus mejillas pálidas. Su pintura tenía sin duda más importancia que mi amor.

—He hecho números —prosiguió—. Trabajando bien, puedo ganar alrededor de tres millones al año, para empezar. ¿Cuánto te proporciona a ti tu profesión?

—Unos cinco millones —dije.

Palmoteo.

—¿Lo ves…? Iremos a Dakar. Compraremos una gran propiedad. Allí, una gran propiedad es muy distinta que en Francia. Imagínate todo el bosque de la Chaise alrededor de la casa. Tú tendrás un potente vehículo, apto para todo terreno, para tus desplazamientos. Yo iré contigo. Nos llevaremos a *Nyété*… Antes de estar segura de que podía vender mis cuadros, no me atrevía a hacer demasiados

proyectos. Pero ahora…

Me besó impulsivamente.

—¡Ronga…! —gritó—. ¡Ronga! Ahora se está volviendo sorda… François, tengo ganas de beber champaña contigo.

Salió con paso alegre, haciendo chasquear los dedos como unas castañuelas. Ya no tendría valor para hablarle. Por primera vez la odiaba. Detestaba todos aquellos planes que había forjado sin mí, como si yo no tuviese más remedio que obedecerla, como si ya no existiese ningún obstáculo entre ella y yo. Entonces recordé la libreta de apuntes. Seguía allí, donde la dejé la víspera, pero las fotografías habían desaparecido.

6

Dos días más tarde fui golpeado cerca de Challans por la camioneta de un pescadero de Sables. El choque fue bastante violento. El «2 CV», en muy mal estado, tuvo que ser remolcado hasta el garaje más próximo y yo, con un fuerte golpe en la cabeza, fui llevado a casa. El doctor Mallet me colocó tres grapas. En total, fue más el ruido que las nueces, pero durante una semana permanecí en casa. Cosa curiosa, este pequeño accidente más bien me satisfizo. Era tan evidentemente fortuito; quiero decir, que se explicaba de una manera tan sencilla que, por carambola, quitaba al de Eliane toda característica ambigua. Ahora sabía cómo, en un abrir y cerrar de ojos, se roza la muerte. Un minuto antes era dueño de mí mismo, no iba distraído, ni siquiera pensaba en Myriam. Un minuto después estaba desvanecido y cubierto de sangre. El pescadero no tenía disculpa, y toda la responsabilidad era de él. Si hubiese ocurrido al revés, me habría sentido preocupado. El choque hubiese formado parte de un conjunto de hechos extraños y, en cierta medida, anormales. Pero, por el contrario, pertenecía a una serie de hechos independientes; se situaba en cierto modo fuera del círculo, y yo me sentía liberado de un peso, de una duda, de no sé qué tensión que no podía dominar. Myriam no había querido el accidente. Aquello era seguro. Pero sobre todo Myriam no había sabido evitarlo, su amor no me había protegido. Así formulados, me doy cuenta de que estos razonamientos pueden parecer absurdos, pero, precisamente, no eran razonamientos. En el silencio de mi habitación, con la cabeza vendada, con los miembros aún doloridos, era incapaz de reflexionar en el sentido estricto de la palabra. Pero era sensible al poder de ciertas imágenes: Myriam, Eliane y yo éramos como unos astros en el espacio, y nuestras evoluciones

obedecían a leyes eternas y no a un tipo de gravitación, a una forma de atracción desconocida. Esta nueva certidumbre estaba en mi carne más que en mi espíritu y mantenía en mi interior un buen humor, un optimismo que sorprendía al doctor. Eliane me cuidaba con toda su ternura vigilante. ¡Cuánto la amaba! Lo que no me impedía pensar con alegría impulsiva: Myriam es inocente. A veces fingía dormir, para demostrarme mejor, con los ojos cerrados, que mis inquietudes habían sido vanas. Porque las fotografías, las famosas fotografías que había considerado como la prueba más decisiva, en el fondo no significaban nada. Más bien hubieran debido tranquilizarme, demostrándome que Myriam me amaba hasta el punto de buscar un consuelo en aquellas pobres imágenes. A veces también me decía: «¿Y ahora?» Era inútil que tratara de rechazar esta pregunta; zumbaba a mi alrededor como una avispa. Había considerado peligrosa a Myriam, y mi amor se había teñido de reproches; un poco más y tal vez hubiera dejado de amarla. Ahora, mi pasión recuperaba fuerzas a medida que iniciaba la convalescencia. Muy pronto sería preciso escoger… y a veces intentaba escoger… para ver… Eliane venía, se inclinaba sobre mí con la mirada llena de dulzura… No estar más con ella, nunca. ¡Ah!, sería demasiado atroz. Pero cuando evocaba a Myriam, cuando oía su voz, cuando sentía su cuerpo contra el mío, la simple idea de renunciar a ella me retorcía las entrañas.

Los primeros libros que había encargado llegaron, y causaron en mí un efecto que no había previsto. Había empezado a levantarme y por la tarde leía en mi despacho, donde Eliane había instalado una hamaca. Algunos contenían fotografías de África: paisajes, poblados indígenas, máscaras de brujo. El texto me interesaba, pero pronto me cansé de aquellos estudios eruditos, de su terminología bárbara, en tanto que mi imaginación se complacía en correr entre las cabañas, en bailar con los fetichistas o en flotar en los ríos caudalosos, junto a los cocodrilos. África surgía de aquellas páginas tal como Myriam me la había descrito tal como la había visto en sus cuadros, cruda, intensa, con olor de savia y de sangre. Las promesas de Myriam volvían a mi memoria: «Iremos allí… Tendrás un vehículo apto para todo terreno…» Cerraba los ojos y viajaba en un «Land-Rover»… Era infantil, absurdo. Pero, en el fondo, no me engañaba. Todo lo que servía para alentar mi necesidad de volver a

ver a Myriam me parecía bueno. Así como *El África insólita* me había apartado de ella, del mismo modo las obras que ahora hojeaba me decían que ella estaba allí, muy cerca… y acababa levantándome para ir hasta la ventana. El Gois refulgía bajo la luz de abril. Allí, como un navío anclado, la isla me esperaba. Apoyaba la frente en el frío cristal y después volvía a tenderme, suspirando. Me enteraba de cosas sorprendentes. Los viajeros afirmaban que ciertos grupos son capaces de adquirir durante la noche la forma de sus animales-tótem. En 1911, una decena de hombres pantera fueron detenidos en el Gabon. Habían matado y devorado a una mujer joven. En 1930, doscientos diez indígenas se vieron complicados en el Senegal en un asunto de crimen de brujería… En otros sitios, fue un misionero quien vio a negros capaces de desdoblarse y de estar presentes en dos sitios distintos… O bien descubría que los brujos, según una creencia generalmente aceptada, utilizaban a los muertos para aterrorizar a los vivos… El poder a distancia era una de las prácticas más conocidas. El N'nem es aquél, o aquélla, que está poseído por el Evur. El Evur es una fuerza interior independiente de la voluntad del N'nem. Dirige sus acciones y le da el poder de ejecutar actos en apariencia extraordinarios… Pasaba las páginas, furioso, casi divertido… Víctor Ellenberger cuenta que, entre los cafres tembus, las mujeres se ven a menudo afectadas por una especie de posesión, análoga a un delirio, el Mothékéthéké, que puede durar meses enteros, y que a menudo las impulsa a cometer actos criminales. En los períodos de crisis, pueden permanecer desvanecidas mucho tiempo, pierden la memoria y experimentan unos terribles dolores en la cabeza…

Seguía reservándome mi juicio. Los testimonios eran impresionantes. Los había firmados por nombres ilustres como el de Albert Schweitzer. Pero precisamente había demasiados. Murmuraba para mis adentros: ¿La prueba? ¿La prueba? Cuando cerraba los libros, hastiado de citas, de referencias, de descripciones, me sorprendía al encontrarme en mi despacho. Me sorprendía y me sentía feliz. Aquí estaba protegido. Veía en mi biblioteca mis manuales de estudiante, mis trabajos de Física y de Química. Y decía no a aquella África de pesadilla. No era la buena, la de Myriam. Eliane me traía a las cinco una bandeja. Ella tomaba té. Yo prefería una taza de café negro, muy caliente.

—Cierra los libros, cariño —me decía ella—. Descansa.

Jamás trató de averiguar lo que leía. El formato, el grosor de las obras le repelía anticipadamente. Nunca ha sido curiosa. Los escasos libros que he visto en casa eran siempre pequeñas novelitas sentimentales, que ella leía sin convicción. Después de la cena, anotaba en fichas los párrafos más característicos y los clasificaba por rúbricas: embrujamiento, videncia, ubicuidad, etc… Me parecía que, procediendo así, acababa de destruir mis antiguas sospechas. Cuando llegó el momento de reanudar mis ocupaciones, había absuelto a Myriam y me sentía ansioso de volver a Noirmoutier. Seguía siendo culpable ante Eliane, pero aún lo era más ante Myriam. El automóvil había sido reparado. La marea baja se situaba hacia última hora de la tarde. Era el momento más propicio. Emprendí el camino, bien decidido a interrogarle sobre sus relaciones con los indígenas. Seguramente Vial había exagerado.

Encontré a Myriam preocupada y distraída. *Nyété* rehusaba toda comida. Estaba acostada en la antigua lavandería, contigua al almacén de leñas. Allí Myriam le había dispuesto un refugio en el que la bestia comía y dormía. Myriam apenas se interesó por mi salud. En seguida me puso en guardia: desde la víspera, *Nyété* no dejaba que se le acercaran. Ronga lloraba, sentada sobre sus talones. El guepardo gruñó cuando apoyé una rodilla en el suelo, y comprendí que debía ser prudente. Empecé por hablarle, buscando el tono más apaciguador, y después le toqué la nuca con decisión. *Nyété* aceptó el contacto.

—¿Bebe?

—Mucho.

Ni pensar en examinarla a fondo. El animal estaba demasiado nervioso. En mi opinión, padecía del hígado porque Myriam se obstinaba en alimentarla como a una persona, y, con el pretexto de que a ella le gustaban las golosinas, la atiborraba de azúcar y chocolate.

—Me da miedo que se vuelva mala —dijo Myriam.

Me incorporé, bastante perplejo. Sentía afecto por *Nyété*, pero hubiera preferido verla en un zoológico. Myriam era demasiado descuidada para atender adecuadamente a un animal, sobre todo a una fiera. Pero esta opinión debía guardarla para mí.

—Dieta —dije—. Ni leche, ni azúcar; sólo unos huesos que roer.

Más adelante, ya veremos.

Por la mirada que me dirigió, adiviné que Ronga estaba de acuerdo conmigo. Pero Myriam no parecía convencida. Me la llevé fuera.

—Esta bestia está cautiva —añadí—. Todo el mal procede de ahí… ¿No lo crees? Un día me hablaste de hierbas, de remedios africanos. ¿Quieres que escriba a un colega de allí?

—Él no sabría.

—¿Y tú sí sabes?

—Sí.

—¿Qué sabes exactamente?

—No lo comprenderías. Sería preciso que estuvieses allí, que vieses… Oh, François, por favor… ¡Ocurrirá lo que tenga que ocurrir!

Subimos al primer piso y Myriam se instaló en el balcón. Hacía calor, el aire olía a resina.

—Los perfumes de aquí no me gustan —dijo—. Me dan jaqueca.

—¿Trataste mucho a los negros?

—Sí, mucho. Cuando yo era pequeña teníamos una sirvienta… N'Duala… Era una mujer extraordinaria. Siempre iba con ella. Mi padre no estaba nunca. Mi madre salía mucho. De modo que N'Duala me trataba como a una hija.

—¿En qué aspecto era extraordinaria?

—Lo sabía todo… Toda clase de secretos… Por ejemplo, para hacer crecer las flores o para detener la lluvia.

—¿Hablas en serio?

Myriam cruzó las manos tras la nuca y miró al cielo, al través de los pinos. Después empezó a tararear una canción extraña, que se parecía a una melopea árabe.

Ya nge ntjia shénya, shénya,
Ni shénya mushénya nungu
Ni shényela malundu
Ya nge ntjia shénya, shénya…

—Esto —dijo—, es para ahuyentar los espíritus de la noche. N'Duala cantaba esta canción junto a mi cama. Había otra, para

retener a un amante caprichoso.

Mundia, mul'a Katema
Silumé si kwata ku angula
Mundia, mul'a Katema…

—Ésta la canto todos los días, pero empiezo a creer que no es eficaz.

Sus ojos se humedecieron. Le cogí una mano.

—Deja —murmuró—. No importa. Me marcharé sola.

—Myriam.

—No, cariño. Te lo aseguro. Esto ya no tiene importancia… Estás harto de mí. Muy bien. No hablemos más de ello.

—Estás enfadada porque no he venido… Pero he guardado cama… ¡Has visto mi cicatriz, qué diablos!

—Buena excusa.

—Está bien. Choqué adrede con el camión.

—En fin, François, ¿qué te retiene junto a esa mujer, puesto que me has dicho que no la amabas? Me lo has dicho… ¿Sí o no?

—Sí.

—¿Y es cierto?

Apenas vacilé.

—Sí.

Ella no insistió. Esperaba, y el silencio se hacía insostenible. Me correspondía a mí hablar, adoptar alguna iniciativa. Cuanto más tiempo dejaba transcurrir, más demostraba mi cobardía.

—Ahora consultarás tu reloj —dijo ella por fin—. Suspirarás, te levantarás como si sintieses mucho marcharte… Y te irás lo más aprisa posible, como si temieras coger alguna enfermedad vergonzosa. Y cuando estés en tu casa, me culparás… de todo. Todos sois iguales… Vete, François. Ya me arreglaré con *Nyété*.

Me despedía. De repente sentí deseos de insultarla, de golpearla, pero sobre todo estaba harto de mí mismo, de aquella especie de pasividad, de aquella parálisis del espíritu que debía darme un aspecto cazurro y solapado. Me veía y me daba asco. Decidí parecer desenvuelto. Me levanté, estuve a punto de suspirar como ella había predicho; al cruzar el balcón le oprimí amistosamente un hombro.

—Mañana irá todo mejor —dije.

Mi voz era estúpida. Yo era un estúpido. Un campesino apenas bueno para cuidar las vacas. Ronga me detuvo en el umbral.

—¿Qué hacemos con *Nyété*?

—¡Pregúntaselo a ella! —exclamé—. Ya encontrará alguna canción para curarla.

Cerré de golpe la verja y emprendí el camino hacia el Gois, incapaz de dominar el temblor de mis manos. Esta vez había terminado para siempre. Estaba enfermo de rencor. A la noche, después de horas de trabajo, regresé a casa. No calmado aún. Por primera vez, ahuyenté a *Tom* de una patada porque gruñía al olfatearme. Eché encima de la librería los libros que había sobre mi mesa. ¡Estaba hasta la coronilla de todo aquello! Incluso por un instante pensé en abandonar la región, en irme a establecer a otro sitio, al otro extremo de Francia. El ruido del mar me exasperaba. Me tragué dos comprimidos y dormí como un bruto. Al día siguiente mi cólera se había disipado, dejando sitio a una niebla que ablandaba mis pensamientos. Estaba allí y no lo estaba, inseguro y blando como alguien que ha llorado durante mucho rato. Recibí a varios clientes, fui de visita a casa de otros, siempre en aquel estado ausente. Había olvidado a Myriam, pero la canción que había cantado volvía a mí fragmentariamente… *Mundia mula Katema…* Aquellas palabras incomprensibles entonaban bien con mi tristeza, se convertían en un estribillo doloroso y experimentaba como una angustia cuando la frágil música se atenuaba, desaparecía… Tenía miedo de perderla… Pero no… Volvía por sí sola… *Mundia mula Katema…* Nunca la marisma había sido tan verde, tan inmensa, tan vibrante de luz. Estaba plantado en ella con todas mis raíces.

No he contado los días que transcurrieron después de mi rompimiento con Myriam. Tal vez cuatro o cinco. ¡Poco importa! Había terminado mi gira bajo la lluvia. Serían las seis cuando me detuve en el garaje. Empujé la pesada puerta corredera y, antes de volver a entrar en el «2 CV», encendí la luz mediante el conmutador situado junto a la entrada. Explico todos los detalles porque están grabados en mi memoria con una precisión dramática. Franqueé el umbral y me detuve casi inmediatamente, sorprendido, al descubrir en el otro extremo del garaje un gran agujero negro abierto en el suelo: la trampa de la bodega estaba abierta. Ahora bien, esa

trampa estaba siempre cerrada. Yo era el único que bajaba a la bodega, y muy raramente.

En aquel momento, el miedo me aplastó literalmente el corazón… ¡Eliane! No me atrevía a bajar del auto, a acercarme a la abertura… La trampa había funcionado como tal. Eliane había salido para hacer varias compras en Beauvoir. Al regresar, y después de cruzar el jardín, como de costumbre, había abierto la puertecita que quedaba frente a mí (veía la escena y mi corazón latía con fuerza) y había atravesado el garaje oblicuamente, en la penumbra, para dejar la bicicleta junto a la entrada de la cocina. La fosa se había abierto a sus pies… ¡Eliane! Llamé un poco más fuerte:

¡Eliane!

Dios mío, ¿qué iba a descubrir?

Empujé la puerta y avancé varios pasos. Los escalones se hundían en la oscuridad, de la que salía un olor insípido.

¡Eliane!

Bajé y sólo distinguí las siluetas de los viejos toneles. Había llegado a tiempo. Al subir tuve una especie de desfallecimiento… El miedo, el cansancio… Apenas pude retener la trampa, que se cerró ruidosamente, levantando junto al suelo una nube de polvo. Inmóvil, con los brazos colgantes en el centro del garaje, trataba de recuperar el aliento. No iba a desvanecerme porque aquella trampa… Sí, pero Eliane nunca la abría… La bodega no se utilizaba desde hacía tiempo…

Acababa de apagar la luz cuando oí el ruido de la bicicleta en el jardín. La portezuela se abrió. Era como una película proyectada por segunda vez: Eliane entraba, sosteniendo la bicicleta por la silla. La empujaba en dirección a la cocina. Sus pasos resonaron sobre la trampa…

En aquel momento me descubrió.

¡Caramba! ¿Qué estás haciendo?

Me froté las manos.

—He estado trasteando un poco —dije.

—Entonces, enciende la luz… Cuando volvía he tenido un pinchazo… Arregla el neumático de atrás mientras yo preparo la cena…

Desató los paquetes sujetos al portaequipajes y penetró en la

cocina. Si no hubiese sido por aquel pinchazo que la retrasó… Desmonté el neumático, repitiendo sin cesar: «Si no hubiese sido por aquel pinchazo…» Y después… empecé a reflexionar intentando coordinar mis ideas. Sin duda era Eliane la que había bajado a la bodega. Me había asustado a causa del accidente del pozo… De momento había establecido una especie de relación entre el pozo y la bodega. Una sencilla relación de imágenes, perfectamente arbitrarias. Con franqueza, si Eliane no hubiese estado ya a punto de matarse en otra ocasión, ¿hubiera tenido yo aquella reacción de miedo al encontrar abierta la trampa? Terminé la reparación, bastante perplejo aún. Mi razón iba por un lado y mi instinto por otro. Fui a lavarme y, cuando me acerqué a la mesa, había recuperado en apariencia toda mi calma. Besé a Eliane.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Oh, nada! —contestó ella.

—¿Estás en forma?

—Sí. Ahora estoy como antes. He lavado, he planchado… Ni rastro de fatiga. He tenido que ir a Beauvoir; ya no me quedaba cera para el suelo.

—Esto me hace recordar que aún no he instalado otro conmutador en el garaje —dije con indiferencia—. Cuando regresas con tu bicicleta no ves nada.

—Estoy acostumbrada, ¿sabes? Y, además, como durante el día el garaje está siempre vacío, no corro el riesgo de tropezar con nada.

Por el tono de su respuesta estuve seguro de que no había ido a la bodega. Pero no tenía la prueba. Desdichadamente, no tenía derecho a hacerle la pregunta. Si no era ella la que había abierto la trampa, no dejaría de inquietarse. Seguía hablando. Yo apenas la escuchaba. Había encontrado al notario, *Monsieur* Guérin… Buscaba la mejor manera de interrogarla, porque al fin y al cabo no había la posibilidad de varias hipótesis.

—¿Escuchas lo que te digo? Mi pobre François, estás siempre en la luna.

—¿Qué?

—Mientras yo no estaba ha venido alguien.

—¿Quién?

—No sé. Una señora. La *madre Capitana* me lo ha dicho al entrar.

—¿Una señora?

—Sin duda una cliente.

—¿Ha dejado algún recado?

—No.

—Es curioso —dije—. ¿A qué hora ha sido?

—No se lo he preguntado. Probablemente, hacia las cinco. Yo he salido a las cuatro y media. Ya volverá, no te preocupes.

—¡Oh, no me preocupo!

Pero, precisamente, sí me inquietaba. ¡Una señora! En seguida pensé en Myriam. La idea era absurda. Y, sin embargo, se imponía en mi espíritu con una evidencia morbosa. Era Myriam. Por otra parte… calculé… Sí…, el Gois era practicable a partir de las cinco.

—Coge más fresas —dijo Eliane—. Están deliciosas.

Descubrí la mesa, las fresas, y a Eliane, que sonreía.

—En efecto —dije—. Están muy ricas.

Les encontré gusto de hiel. Así que Eliane se levantó para quitar la mesa, me dirigí hacia el jardín. ¡Saber, saber! ¡Lo más pronto posible! Corría casi, y *Tom*, creyendo que quería jugar, empezó a dar saltos a mi alrededor. Tuve que darle una palmada muy seca en el hocico para obligarle a quedarse quieto.

La *madre Capitana* lavaba la vajilla cuando yo entré.

—Continúe —dije—, no se preocupe por mí. Sólo pasaba por aquí… ¿He tenido una visita?

—Sí. No mucho después de haberse marchado *Madame* Rauchelle… Acababa de limpiar los cristales cuando ha llegado esa señora. Ni siquiera he tenido tiempo para gritarle que no había nadie. Ha entrado directamente.

—¿Sin más ni más? ¿Sin vacilar?

—Sí. Es precisamente lo que más me ha sorprendido.

—¿Cómo era ella?

—No la he visto bien. Llevaba puesto el capuchón de su impermeable… Era alta, delgada.

—No se me ocurre quién puede ser.

—Llevaba un impermeable azul.

—¿Está segura?

—Sobre esto sí… Se ha dirigido hacia la casa. Entonces ha salido su perro, ha empezado a ladrarle, incluso he creído que se le echaría encima. Daba vueltas alrededor de sus piernas, ya sabe

cómo hace. Si llega a morder a la pobre señora, hubiese sido una desgracia. Ella estaba ya herida.

—¿Herida?

—Llevaba una venda en la pierna, o más bien en el tobillo. Un vendaje grande. He creído que venía a buscarle a causa de esto. Cuando un animal le hace daño a uno, nunca se sabe si está sano.

—¿Y después?

—Ha debido de llamar. La esquina de la casa me la ha ocultado. Todavía he oído al perro, pero no por mucho rato. Y, además, tenía que prepararme la cena. A mi edad está pronto terminada, pero de todos modos…

—¿No ha vuelto a verla?

—No. Si regresa y vuelve a no haber nadie, ¿qué tengo que decirle?

—Supongo que me telefoneará. Gracias de todos modos.

Llené lentamente mi pipa mientras atravesaba el camino. ¡El impermeable azul! Desde luego, Myriam tenía uno. Pero millares y millares de mujeres llevaban impermeables azules. Sin embargo, me sentía profundamente turbado. *Tom* salió a mi encuentro, juguetón. Me senté en el pretil del pozo y acaricié al perro. Él apoyó la cabeza en mis rodillas. Él sí había visto a la visitante, pero esa imagen, hundida allí, entre sus ojos llenos de cariño, estaba perdida para mí… Estoy hecho de una manera que las emociones me obligan a repetir las mismas palabras, a dar vueltas y más vueltas a las mismas ideas fijas durante horas enteras. Aquella noche supe que nunca terminaría con Myriam. Parecía evidente que la mujer misteriosa era una persona que habitaba en la región, sin duda en Beauvoir, y que había venido a pedirme consejo a causa de aquel mordisco en el tobillo. Debí contentarme con casi aquella certidumbre. Pero estaba la trampa. Alguien había abierto la trampa… No recordaba muy bien todos los detalles que había dado a Myriam en el curso de nuestras conversaciones sobre las costumbres de Eliane. He transcrito, reduciendo a lo esencial, algunas de nuestras charlas. Había habido multitud de otras. Estaba seguro de que Myriam conocía hasta los menores detalles de la casa… Era ya negra noche. Eliane debía de dormir. Subí a mi despacho, con el espíritu siempre vacilante. Me vería, pues, obligado a regresar a Noirmoutier. Pero no, no estaba obligado.

Myriam no llevaba ningún vendaje en el tobillo. No era ella. ¡Cuidado! Muy bien hubiese podido fingir una herida para tener un pretexto, en el caso de que Eliane hubiese estado. Sea. Pero el día del pozo Eliane no había visto a nadie. Era un argumento decisivo. Así, pues, no iría allí. Sin embargo, comprobé en el calendario la hora de la marea baja. ¿No sería yo, en realidad, un ser débil, incapaz de acabar con todo aquello? ¡Vamos! Nadie estaba más dispuesto que yo a adoptar una decisión cuando se trataba de la vida de una bestia. «Es que quieres más a los animales que a las personas», me contestaba. Pero esto no era cierto. Estaba dispuesto a romper con Myriam para salvar a Eliane. Sin vacilación. Sólo que para salvar a Eliane, antes tenía que comprobar que Myriam era culpable. Por lo tanto, había que regresar a Noirmoutier. Hubiese llorado de rabia. A fuerza de examinar el problema desde todos los puntos de vista, acabé por hundirme en un sopor parecido al sueño. Conservé los ojos abiertos. Veía los faros cuya luz rozaba el techo… *Mundie mul'a Katema… Silumé si kwata ku angula…* ¡La canción del amante caprichoso! El fichero estaba allí, entre mi agenda y mi libro de contabilidad, con sus apartados: embrujamiento, videncia, ubicuidad… Me sumergía en la repugnancia. Experimentaba una espantosa sensación de ignominia como si me hubiese convertido en algo peor que un ladrón, en una especie de médico falso…

Cuando me desperté, tenía la cabeza entre las manos y la nuca rígida. Eran las cinco de la mañana. Me desvestí sin ruido. Eliane no se movió cuando me metí en la cama. Una vez más, pasé revista a las pruebas favorables, a las pruebas contrarias… Honestamente, no tenía derecho a acusar a Myriam.

El mismo día, a las cuatro y media de la tarde, esperaba ya en la pendiente que conducía al Gois. Sentía la misma impaciencia que tiempo atrás. Ese tiempo atrás representaba apenas unas semanas. En unas semanas el más grande amor de mi vida se había convertido en aquella cosa mustia. ¿Tal vez ni siquiera amaba ya a Myriam? ¿Cómo se sabe si se ama? Como todo el mundo, había leído historias de amor. Ninguna se parecía a la mía. ¿Myriam? ¿Eliane? ¿Qué representaban ellas para mí? Lamentaciones, remordimientos, dudas, sentimientos negativos. Y, sin embargo, cuando el agua hubo permitido utilizar el vado, aceleré el motor de la misma manera que se fustiga a un caballo. Tenía prisa por llegar

allí y hubiese querido estar ya de regreso.

7

Como siempre, la villa parecía dormida. No quería sorprender a Myriam y tampoco podía olvidar que me había despedido, de modo que ya no era ni un extraño ni un visitante grato al que se espera, y no sabía cómo señalar mi presencia. Por lo general, *Nyété* salía a mi encuentro. En aquella ocasión, todo era silencio. Ascendí las escaleras; la puerta no estaba cerrada. En la planta baja no había nadie. Carraspeé. Nada. Avancé hacia la escalera. Sorpresa desagradable: del perchero colgaba un impermeable, el impermeable azul de Myriam. Sin embargo, era natural que estuviese allí, era su sitio. ¿Qué hubiera pensado de no haberlo visto? ¡Que Myriam lo había escondido, como las fotografías! No obstante, aquella silueta sombría, al pie de la escalera, me impresionaba desagradablemente y, mientras ascendía, me volví varias veces. La puerta de la habitación estaba entornada: arriesgué una mirada al interior; ¡Myriam dormía! ¡A las cinco de la tarde! Después permanecería levantada gran parte de la noche. ¡Absurdo! Entré y, en seguida, percibí un olor de farmacia. ¿Estaría enferma Myriam? Los postigos no estaban cerrados, lo cual me permitía ver con claridad su rostro. Tal vez estuviese un poco pálido, algo demacrado, pero más parecía afectado por un tormento secreto que por un cansancio auténtico. La tristeza que tan a menudo había percibido en sus facciones se mostraba al desnudo, de una manera tan conmovedora que me sentí lleno de piedad. ¿Era yo el culpable de que sufriera de aquella manera durante el sueño? Había querido proteger a Eliane, pero, ¿medí bien las pruebas que, a veces, parecían acusar a Myriam? ¿No sería ella la víctima? ¿No habría soñado yo esa historia increíble del pozo y de la trampa para tener un pretexto para renegar de su amor? Porque ese amor, tanto más

fuerte, más doloroso, más vehemente que el mío, me molestaba, me disminuía, en cierto modo me ponía en la picota. Me había convertido en el hombre que no sabe decir que sí… ¡Myriam! ¡Myriam querida! Myriam, que me trastornaba aún tan profundamente, sobre todo en aquel momento en que me pertenecía tan por entero, en la derrota del sueño. Me gustan los seres indefensos. Tal vez haya más orgullo que bondad en tal sentimiento, pero es un sentimiento sincero. Me arrodillé junto a la cama. Myriam se había acostado sin desnudarse. Se había limitado a echarse una manta por encima. La prueba de su inocencia podía obtenerla en seguida, sin ofenderla. Me bastaba con levantar la manta. Vacilé. Lo innoble del ademán me paralizaba. ¿No hubiese sido más sencillo, más honesto, más franco, despertar a Myriam, decirle: «Júrame que no has intentado nada contra mi mujer», y aceptar su palabra con confianza? ¿Por qué tener el puntillo de comprobar, de tocar con la mano, de juzgar por mí mismo, como si fuese tribunal, testigo, juez y fiscal a la vez? Esta furia de saber me poseía hasta el vértigo. Levanté la manta. Myriam llevaba un grueso vendaje en el tobillo izquierdo.

Durante un largo rato permanecí como aniquilado. ¡Era, pues, verdad! Todo lo que había temido, todo lo que me reprochaba tan duramente de haber pensado, era cierto. Myriam quiso matar a Eliane. Era imposible expresar las cosas de otra manera. La mujer de azul era ella. *Tom* le había ladrado como me ladraba a mí cuando regresaba de Noirmoutier. Ella había abierto la trampa, arriesgándolo todo y creyendo, sin duda, que yo me conformaría, que aceptaría el hecho consumado. En realidad, la había impulsado a obrar de aquella manera al negarme a tomar una decisión. Ahora éramos cómplices. Eliane había estado a punto de ser la víctima. ¡Eliane! ¡Mi pequeña Eliane!

Dejé caer la cabeza sobre la sábana. No tenía fuerza para levantarme. Ahora comprendía por qué Myriam había sido expulsada de África, pero no la censuraba. Todo había ocurrido por culpa mía. Me creí más fuerte que Vial, quise medirme con Myriam y había perdido. Debía pagar… Ese pensamiento, aún muy vago, me procuró un poco de calma. No necesitaba escuchar las explicaciones de Myriam. Ahora sabía a qué atenerme. No me quedaba más que salir de puntillas. Haciendo un gran esfuerzo me puse en pie. Me

flaqueaban las rodillas. Iba a salir cuando Myriam se despertó.

—François… Eres muy amable al haber venido, François.

Se incorporó y lanzó un gemido.

—¡Apenas puedo moverme…! Ven a sentarte…

—Acabo de llegar —dije—. ¿Qué sucede?

Me mostró su tobillo.

—Mira… *Nyété* me mordió anteayer. Estaba jugando con ella y, de pronto, me lanzó una dentellada. Es bastante profunda.

—¿Por qué no me avisaste?

—¿Avisarte? ¿Cómo? Si Ronga hubiese llamado por teléfono y hubiese contestado tu mujer, ¿qué podía decirle? No, François. No volvamos a las andadas. ¡Preferiría morir antes que ir a buscarte a tu casa!

—Pero, vamos a ver, ¿puedes andar?

—El doctor me lo ha prohibido. Le hice llamar en seguida… Es el doctor Mourgues…

—Le conozco.

—Es muy simpático, muy amable… Me vendó la herida… He de permanecer tendida cuatro o cinco días… ¡Ven a darme un beso, François! No pareces muy contento.

La besé superficialmente.

—Me preocupa el verte así —dije—. ¿De verdad no puedes andar?

—Voy a la pata coja por la habitación. No resulta nada divertido.

—¿No tienes fiebre?

—No. Pero me siento abatida. ¡Sin duda es el miedo!

—¿Dónde está?

—*¿Nyété?* En el lavadero. Ronga la tiene encerrada. ¿Sabes, François? Me veré obligada a deshacerme de ella.

—Puedes ponerte en relación con alguien de París…

—No… ¡No se trata de regalarla!

—¿Cómo? ¿No querrás decir que…?

—Sí… ¡Es preciso!

Myriam no estaba enfadada. Era peor. Me miraba con fijeza; estaba calibrándome, y no sólo al hombre que había en mí, sino al médico de los animales.

—He sido buena con *Nyété* —prosiguió—. He tratado de hacerla

feliz, pero ella no me quiere.

¡Vamos, vamos!

—Te digo que sí. Sé quién me ama. Tengo un instinto especial para eso. *Nyété* y yo hemos terminado. Pero como no quiero que sea infeliz… ¿Serías tú capaz de regalar tu perro?

¡No lo sé!

—Si te mordiese, ¿lo guardarías?

—Ya me ha mordido…

—¡Pero contesta! —gritó ella—. No trates siempre de salirte por la tangente.

Sus ojos grises me atravesaron. Apoyándose en un codo, con la cabeza inclinada hacia delante, los labios reducidos a una línea, desprendía una voluntad tan intensa que confieso que me sentía dominado.

—¿Querrías que se mostrara agradecida? —dije.

¡No admito que me muerda, eso es todo!

—¿Y cuentas conmigo?

—Puedo llamar a otra persona… Esa bestia me pertenece. Considero que está enferma y es peligrosa.

—¿Y decides suprimirla, así, porque te da la gana? El otro día dejabas que comiera en tu plato. Ahora la condenas a muerte. ¡Eres de miedo!

—Está bien, llamaré al veterinario de Pornic.

—¡Un momento! ¡No he dicho que rehusara! ¿Permites que antes examine a *Nyété*? Después decidiré.

¡Ya está todo decidido!

Preferí salir en seguida. Iba a estallar, a echarle en cara toda la verdad. Porque ahora ya no dudaba. Acababa de ver su rostro de criminal, aquella especie de demencia lúcida que convertía su rostro en una máscara de odio. Y estaba seguro de que me había mentido en cuanto a su pie. ¡Podía andar! Había encontrado algún medio de locomoción para ir a Beauvoir, automóvil o bicicleta. Había ejecutado fríamente su plan, del mismo modo que fríamente había condenado a *Nyété*. Busqué a Ronga para pedirle algunas aclaraciones, pero no pude encontrarla. Además, ¿para qué? Sin duda era cómplice de Myriam. Entonces pensé en el doctor

Mourgues. Él sí me informaría. Subí al «2 CV» y regresé al pueblo; mi exasperación y angustia no habían disminuido. Jamás mataría a aquella bestia. ¡Jamás! En primer lugar, Myriam se equivocaba por completo si pensaba que puede darse una inyección a un guepardo lo mismo que se le da a un gato. ¡Había que tomar grandes precauciones! Antes había que anestesiarlo. En casa tenía utensilios adecuados. En aquel lavadero era mucho más difícil operar con seguridad. Y, además, la cuestión ni siquiera se planteaba. ¡Si Myriam no hubiese exasperado a *Nyété*…! Era curioso cómo aquella mujer sabía hacerse odiosa. Al principio cautivaba. Después había que defenderse contra su influencia. No es que fuese tiránica o absorbente, propiamente dicho. ¡Era algo más sutil! Poseía un extraordinario dominio. No sabía definir la palabra. Pero, ¿no lo había hecho ella misma al decir que creía en la telepatía porque creía en el amor? Ciertamente, la telepatía no significa gran cosa. Pero esa presencia sorda de Myriam que me atormentaba cuando estaba lejos de ella, como una fiebre, aquella ascendencia que tenía sobre mí pese a mis rebeldías, aquello era bien real. Heller debió de experimentar aquella especie de embrujamiento que, sin duda, le condujo a la muerte. Vial lo había notado. Sus palabras volvían a mi memoria. «¡Tiene una personalidad fascinadora!» Ronga, la dócil Ronga, obedecía contra su voluntad, lo había adivinado en varías ocasiones. Pues bien, estaba harto de ella, y gracias a Mourgues iba a sorprenderla en flagrante delito de mentira.

Mourgues estaba en casa. El mes de abril era para él de mucha calma, y mi visita le resultó agradable. Charlamos unos momentos mientras bebíamos un vaso de vino. Después le hablé de Myriam.

—Tiene una profunda herida —me dijo—. No es grave. Dentro de ocho días andará como antes, pero ha tenido suerte. Si la bestia llega a apretar un poco más, habría podido romperle el tobillo.

—*Nyété* no es mala —exclamé—, pero no conoce su fuerza.

—Sin embargo, la dentellada fue dada con cierta violencia. Si viese la equimosis que le ha producido… ¿Va usted por allí a menudo, según creo?

El tono era amable, con, quizás, un deje de ironía.

—Cuido a *Nyété* —dije—. El animal es sano, pero le cuesta aclimatarse.

—¡Extraña idea la de tener en casa un guepardo! Esa *Madame*

Heller me ha parecido un poco… peculiar. Es la primera vez que la veía. Pero ya había oído contar muchas cosas respecto a ella…

—¿Qué, por ejemplo?

—¡Oh! En esas poblaciones pequeñas… las lenguas van muy de prisa. Una mujer que vive con un guepardo y una negra… ¡Y que, por si fuera poco, pinta!

Rió y volvió a llenarme el vaso.

—¿Cuándo le llamó a usted? —pregunté con aire indiferente.

—Anteayer, durante la mañana. Regresé ayer para cambiarle el vendaje.

—Pero ella, ¿puede andar?

—¿Andar? ¡Nada de eso! Aunque quisiera, no le sería posible. ¡Vamos, Rauchelle! Usted tiene más experiencia que yo sobre las mordeduras. No, tiene toda la pierna hinchada y entumecida. Incluso he tenido que darle un calmante. En un caso así, cuanto más se duerme, mejor.

—¿Su diagnóstico es categórico?

—¿A qué se refiere?

—¿*Madame* Heller no puede abandonar su habitación?

—Oiga —dijo Mourgues, con cierta impaciencia—, pídale que le enseñe el tobillo. Usted mismo lo comprobará. A mí no me cabe la menor duda. *Madame* Heller caería antes de dar tres pasos si cometiera la locura de tratar de andar.

Le debía una explicación, si no quería pasar por un mal educado.

—Discúlpeme —dije—. Una vecina me dijo ayer que una mujer había venido a mi casa, y yo pensé que…

—¡Sin duda se trata de un error!

Vacié el vaso mientras observaba a Mourgues. Éste tenía una reputación excelente, y si afirmaba que Myriam no había podido moverse, no me quedaba más que inclinarme. Por mi parte, sabía por experiencia que las mordeduras de perro paralizan un miembro durante dos o tres días. ¡Por lo tanto, con mayor razón tratándose de la dentellada de un guepardo!

Todo aquello era la evidencia misma. Y era precisamente esa evidencia la que me enfermaba de angustia.

—¿Va usted a casa de *Madame* Heller?

—Sí —dije—. He de tomar una decisión respecto a esa bestia.

—En mi opinión, mejor sería eliminarla. ¡Imagínese que un día

se escapa! ¡Qué responsabilidad para usted!

¡Es una bestia muy mansa!

—Pero, sin embargo, muerde. En África, la gente está acostumbrada a las fieras. He leído que domestican a los leones y que los tienen en los hogares como si fuesen gatos. Pero en Noirmoutier…

Le alargué la mano para interrumpir sus consejos. Me acompañó hasta el coche y volvió a insistir:

—¡Haga que le enseñe el tobillo! ¡Ya se dará usted cuenta!

Había ofendido al pobre hombre, pero él me había abrumado. Consulté la hora, indeciso acerca de lo que debía hacer. Apenas si pensaba en *Nyété*. Myriam no había abandonado su habitación, pero había sido vista en mi casa por la *madre Capitana*. ¿Entonces? ¿Sería, pues, cierto todo lo que había leído? Automáticamente, llegaba a una conclusión: Eliane estaría en peligro de muerte en tanto que Myriam pensara en destruirla. ¡No me sería posible protegerla! Observé que me enfrentaba con un asunto que me era completamente desconocido. Un hombre que, como usted, ha consagrado tanto tiempo y talento al estudio de esos fenómenos misteriosos, debe comprender lo que yo experimentaba. ¡Me sentía verdaderamente fuera de mí mismo! Mis costumbres mentales, mis convicciones intelectuales, en resumen, todo mi ser quedaba en posición falsa. Sufría físicamente, en la cabeza, en los nervios. La menor reflexión me llevaba a un callejón sin salida. Por ejemplo, me prometía montar guardia junto a Eliane, pero en seguida comprendía que sería impotente contra ese algo que dimanaba de Myriam, apariencia u otra cosa. Eliane no vio lo que la había empujado al pozo. Porque había sido empujada; esto, cuando menos, estaba claro. Fue inútil que *Tom* ladrara. No impidió a la forma azul, al doble de Myriam, que pasara… ¿Me estaría volviendo loco? Sí, la agitación que experimenté durante más de media hora, creo que puede llamarse así. Conduciendo el automóvil al azar, me había perdido en el bosque. Debí detenerme para orientarme, y resolví regresar a la villa. En aquella decisión brusca vi una muestra adicional del poder de Myriam. Había sonreído cuando ella me dijo que le bastaría el pensar en mí para atraerme hacia ella. Pero en aquel momento sentía la realidad y la fuerza de aquel lazo invisible. Necesitaba ver otra vez a Myriam. Me parecía que sería capaz,

ahora que mis ojos estaban finalmente abiertos, de sorprender en ella, en el movimiento de su cabeza, en sus ademanes, la presencia de ese fluido secreto que ella utilizaba para sus maleficios. Ya hubiese debido percibirlo con mis manos tan hábiles para descubrir el mal más oculto. Una vez más, quería tocar. Todavía no estaba completamente persuadido…

Empujé la verja. La villa seguía silenciosa, y le encontré un aspecto poco atractivo, que hasta entonces no había observado. Di la vuelta al edificio. La puerta del lavadero estaba entreabierta. ¿Se habría escapado el guepardo? Corrí, asustado, comprendiendo toda la razón que había tenido Mourgues al ponerme en guardia. Me detuve en el umbral. Ronga estaba allí, acurrucada junto a la bestia, a la que acariciaba murmurando una especie de melopea monótona. No se movió al verme; sólo impidió que *Nyété* se levantase. Yo era el enemigo.

—Déjela… —dije.

—Le prohíbo que la mate.

¡Pero si no quiero hacerle ningún daño!

Ella me observaba, desconfiada, ansiosa.

También la bestia me observaba. Le mostré mis manos vacías.

¡Ya lo ve!

—Le obedecerá a usted —dijo Ronga—. Siempre le obedece.

Me agaché a mi vez al otro lado del guepardo y, con suavidad, le palpé los flancos.

—Mi profesión no es matar, y no tengo por qué recibir órdenes de *Madame* Heller.

Ronga no parecía convencida. Me encogí de hombros y proseguí el examen de *Nyété*. Cuando le tocaba el vientre, se ponía rígida y sus pupilas se agrandaban. Yo conocía este síntoma y retiraba la mano. Trastornos digestivos, hinchazón, vientre dolorido. Síntomas clásicos.

—¿Bebe mucho?

—Sí —dijo Ronga.

—¿Ha sido mala con usted?

—Nunca.

Con la punta de los dedos rocé el hocico del guepardo: nariz caliente, fiebre. Ronga seguía todos mis movimientos con tanta atención como *Nyété*. Parecía tranquilizarse, pero la inquietud

reaparecía en seguida en sus ojos acechantes.

—Bastaría con ponerla a régimen de una vez por todas —dije—. Es un animal frágil y habría que cuidarlo como a un galgo.

—¡Explíqueselo a ella!

Con la barbilla me indicaba la casa.

—A mí —prosiguió—, así que abro la boca, me hace callar… ¡Es una mala mujer!

Me miró con desafío, pero yo me hice el sordo. Entonces Ronga me cogió por las muñecas, me atrajo hacia sí por encima del cuerpo del guepardo. Lloraba, suplicaba, su ancho rostro se contraía de pesar.

—Sálvela, *Monsieur* Rauchelle… Que no la maten… *Nyété* forma parte de mi vida…

—Le prometo que haré todo lo posible —dije—. Pero cuando *Madame* Heller se enfada…

—Lo sé. Desde hace dos días no hay manera de acercársele.

Ronga buscó su pañuelo para secarse los ojos, y sonrió a *Nyété* al través de las lágrimas.

—Duerme, duerme… —murmuró—. ¡Nada te ocurrirá, preciosa!

Se levantó y fue a cerrar la puerta después de haber escuchado. La había juzgado mal. Era buena y sensible, y la dureza de Myriam la trastornaba. Veía que experimentaba una alegría extraña cuando me oía decir Myriam en lugar de *Madame* Heller. Sin duda, mi conducta la había asqueado, pero ahora estaba dispuesta a confiar en mí. Cosquilleé el cuello de *Nyété*, bajo las fuertes mandíbulas. Yo también quería a aquella bestia, pero no se me ocurría ninguna solución. Myriam era dueña de llamar a mi colega de Pornic, dueña de explicarle la situación a su manera. Si perseveraba en su obstinación, el guepardo estaba condenado.

—Afortunadamente —murmuré—, no puede moverse.

—No —dijo Ronga a media voz—. El doctor le ha prohibido que se levante.

—Guarde usted la llave del lavadero; alimente a *Nyété* de la manera que le indicaré. Acepto toda la responsabilidad. ¿Quiere obedecerme a mí y no a ella?

—Sí… *Monsieur* Rauchelle, discúlpeme por mis palabras de antes. Cuando le he visto venir, he creído que había cedido… ¡Ella es tan sumamente obstinada…!

Estaba muy sorprendido de oír a Ronga expresarse con aquella soltura. La había considerado como una sirvienta, un poco como una esclava, sólo buena para arreglar la casa, hacer recados, lavar los platos. Myriam le hablaba siempre con una especie de brusquedad irritante. Y he aquí que en su rostro sin gracia descubría inteligencia, dignidad. Estuve a punto de alargarle la mano para sellar nuestro acuerdo, pero temí parecer débil y sentimental. Para disimular mi incomodidad, escribí en una página del cuaderno varias anotaciones y di la hoja a Ronga.

—Así, pues, ¿queda bien entendido? ¡Nosotros no nos hemos visto! Ni una palabra a *Madame* Heller. A propósito, ¿estaba usted presente cuando le mordió *Nyété*?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno, ella quería enseñar a *Nyété* a sostenerse sobre las patas traseras, y como *Nyété* no lo entendía, ella se enfureció y le pegó. Entonces *Nyété* la cogió por un tobillo y apretó suavemente, como advertencia.

—¿Qué quiere decir?

—*Nyété* es orgullosa. No le gusta que la traten de esa manera.

Aquello me explicaba el extraño rencor de Myriam.

—Pero, ¿por qué *Madame* Heller ha hecho una cosa tan peligrosa? Sin embargo, conoce bien las reacciones de las fieras.

—¡Se aburría! Y cuando se aburre, es capaz de cualquier cosa.

—¿Y después? ¿Permaneció en la cama?

—Sí. También ayer, todo el día.

—¿No se separó de ella ni un momento?

—No. Me llamaba sin cesar. Necesitaba desahogar su nerviosismo con alguien.

—Pero, aparte de ese nerviosismo, ¿cómo la encontró?

—Hasta las cuatro de la tarde, como de costumbre…

—¿Y después de las cuatro?

—Se durmió. Bueno…

—Bueno, ¿qué? ¡Vamos, Ronga! ¡Todos estos detalles me interesan! ¡Quiero decir desde un punto de vista médico!

—Ella dormía, por así decirlo. Pero no con su sueño normal.

—¿Había tomado algún calmante?

—No. Al contrario, me pidió café muy fuerte y se bebió varias

tazas. Después se amodorró. Estaba muy pálida, muy rígida, y hablaba mientras dormía.

—¿Qué decía?

—No lo sé. Hablaba en dialecto A-Luyi. Es un dialecto que yo no entiendo.

—Pero, ¿pronunciaba palabras inconexas, como alguien que sueña? ¿O bien formaba frases?

—Formaba frases… No puedo explicárselo bien.

—¿La tocó usted?

Ronga pareció asustada.

—No… ¡No se puede! Cuando el espíritu viaja, no hay que tocar el cuerpo. ¡No está permitido!

Apreté los puños con rabia. Tal vez Ronga fuese una mujer culta, pero seguía creyendo en toda clase de tonterías. Y después me di cuenta de que si la interrogaba con tanto afán era evidentemente porque yo también empezaba a creer en esas mismas historias. ¡Dios mío! ¡Hasta dónde había llegado!

—Y ese… sueño, ¿duró mucho rato?

—Tal vez una hora. Se despertó a las cinco y cuarto. Al principio no sabía dónde estaba. Después me dijo que quería quedarse sola. Cuando volví a subir a la hora de la cena, vi que había llorado.

—¿Le ocurre a menudo el dormir de esa manera?

—No. No lo creo. Yo sólo la he visto una vez en ese estado.

—¿Hace mucho?

—¡Oh, sí…! Era…

Ronga vaciló de repente, como si le costara confesar aquello.

—Soy su amigo, Ronga —dije. Sabe muy bien que no le repetiré nuestra conversación. ¿Cuándo fue?

—Bueno, fue el día en que *Monsieur* Heller se cayó en la cantera.

Apenas oí estas palabras, que cuchicheó mientras agachaba la cabeza. En verdad, esperaba una respuesta por el estilo. Sin embargo, me trastornó de pies a cabeza. Durante un buen rato permanecí inmóvil, con los dientes apretados y jugueteando con las llaves que llevaba en un bolsillo. ¡Ahora tenía la prueba! En pensamiento estaba allí, en el garaje, ante la trampa abierta. Cuando volví en mí, vi casi con sorpresa al guepardo echado a mis pies y a la negra en pie junto a la puerta. ¿Dónde estaba? ¿En África? Me sobresalté al comprender que acababa de recorrer el

mismo trayecto que Myriam dormida. Me pasé las manos por los ojos y, finalmente, abrí la puerta. El sol acabó de librarme de mis sueños.

—¿Ha dicho a *Madame* Heller que la había visto dormida?

—No.

—Sobre todo, ni una palabra. Ni a ella, ni al doctor. Pero siga observándola.

—¿Por qué? —preguntó Ronga—. ¿Qué teme usted?

—Nada… Por ahora, nada. Sólo que no querría que *Madame* Heller cayese enferma a causa de esa mordedura. ¿Ha manifestado en su presencia su intención de regresar a África?

—Sí, alguna vez.

—¿Qué dice entonces?

De nuevo Ronga inclinó la cabeza. Traté de ayudarla.

—Dice que me llevará con ella, ¿verdad? Que llegará un día en que yo estaré libre.

—Sí, señor.

—Está bien, voy a hablarle.

Salí, bien decidido a aclarar el asunto. Pero me detuve en el vestíbulo. ¿Por dónde empezar la explicación? ¿Qué reproche coherente podía formular yo? Se me reiría en la cara. Me diría: «¿Tú, François, tú me acusas de haber querido matar a tu mujer, mientras dormía?» Sería grotesco. Lo era ya. Ronga, en su sencillez, había quedado impresionada por el sueño agitado y extraño de Myriam. Pero a todos nos ocurre hablar en sueños, reír, llorar. Yo mismo, cuántas veces había soñado que me perseguían y corría como un loco, gimiendo. O bien caía en un agujero sin fondo, y, cuando me despertaba, lleno de sudor, Eliane me acariciaba una mejilla: «¡Me has dado miedo, querido!»

Con un pie en el primer peldaño de la escalera, pasaba revista a todos los motivos que tenía para guardar silencio. El principal lo callaba, pero no me dejaba engañar: tenía miedo de Myriam.

8

—¿Qué hay? —dijo Myriam.

—Pues que estoy de acuerdo. El animal está enfermo, pero sería fácil curarlo.

—¿Quién?

—¡Tú, desde luego! ¡Si la alimentaras a una hora fija, si le dieses la comida que le conviene, si hicieses lo que te he explicado veinte veces…!

¡Tengo mi trabajo!

¡Sí, tu trabajo!

—¡Efectivamente! ¡Desprecias todo lo que no conoces! ¡Y te molesta que pinte! Te molesta y te humilla. Claro que sí… Hace mucho que lo he notado.

—Admitámoslo —dije yo, nervioso—. Pero no se trata de mí. ¡Se trata de *Nyété*!

—Está bien, si tanto la quieres, te la regalo.

No había previsto esta finta y, en seguida, vi que Myriam me pondría una vez más en posición falsa.

¡Esa bestia en mi casa! —exclamé—. Te estás volviendo loca.

—En absoluto. Tienes una mujer obediente, devota. No te será preciso explicarle veinte veces lo que debe hacer.

—Te ruego que dejes a Eliane al margen de todo esto.

—Está bien, no te enfades, François. ¿No quieres a *Nyété*? Pues la haré matar.

Y fui lo bastante débil, lo bastante cándido, para llegar a pensar en la posibilidad de hallar un lugar donde recoger al guepardo. ¡Pero no! Myriam trataba únicamente de herirme, de demostrarme que rehuía las responsabilidades, que yo era el más egoísta de los dos. El animal no era más que un pretexto.

—Te advierto que yo no me encargaré de la operación —dije.

—¡Oh, ya lo sé! —dijo ella con tono insultante—. Pero ya encontraré alguien más valiente. ¡Y en seguida!

Apartó la manta y apoyó los pies en el suelo. En el acto lanzó un grito de dolor y cayó jadeante en la cama.

—¡Maldita estúpida! —grité—. ¿No hay manera de que te quedes quieta? Enséñame ese tobillo.

Le dolía demasiado para defenderse. Con movimientos autoritarios, quité el vendaje. Había visto muchas mordeduras, pero aquélla era especialmente fea. El tobillo estaba hinchado, negruzco, sanguinolento. Los colmillos del guepardo habían perforado la piel y herido profundamente la carne. Si *Tom* me hubiese mordido de aquella manera, no habría vacilado en matarlo. Ahora comprendía mejor la reacción de Myriam. ¡Pero yo no habría provocado la ira de *Tom*! Mi resentimiento hacia Myriam era tal que casi aprobaba la acción de *Nyété*. Rehíce el vendaje, dejando un poco más sueltas las vendas, porque Mourgues las había apretado demasiado. Había visto lo que quería ver. Myriam era verdaderamente incapaz de andar.

—Conozco a esos animales mejor que tú —dijo Myriam—. Ahora *Nyété* ya no me obedecerá. A la primera ocasión, volverá a las andadas. Ya no estaré segura junto a ella.

Este argumento me hizo vacilar.

—Nada de eso —dije con brusquedad intencionada—. No tienes más que tratarla como a una bestia, y no como a una persona.

—Las fieras son personas —murmuró Myriam—, y yo he perdido mi autoridad sobre ella.

Jamás me había dicho Myriam algo tan revelador. Tuve la impresión de que todas mis sospechas se convertían de repente en certidumbre. *Nyété* le había mordido: ¡suprimiría a *Nyété*! Eliane la había ofendido sólo por el hecho de existir, por interponerse entre los dos: ¡Tenía, pues, que desaparecer! Y yo debía ser un instrumento dócil, de lo contrario, algún día correría la misma suerte que el infeliz Heller. ¿Por qué no?

Myriam me observaba. Ella, que tenía el poder de entrar como una sombra en mi casa, era muy capaz de penetrar también en mi cerebro, en mis pensamientos, de adivinar que para mí no era ya más que una extraña. Porque fue en aquel momento cuando lo

comprendí: ¡Myriam ya no representaba nada para mí! Incluso el recuerdo de nuestra intimidad me parecía haber perdido todo su significado. Quisiera que sintiese exactamente lo que yo experimentaba, tan importante es para los acontecimientos venideros, pero no es fácil. Si usted quiere, había empezado ya a apartarme de Myriam, porque sus celos, su orgullo, aquella manera que tenía de disponer de mi libertad, hacía imposible que entre nosotros existiese un verdadero cariño; pero seguía siendo una mujer deseable. Por el contrario, desde el momento que tuve que reconocer que podía poner en marcha fuerzas misteriosas y repugnantes, para mí perdió hasta su carácter humano. Se volvió otra cosa. Entre ella y yo dejó de haber nada en común. Exactamente como no hay nada en común entre un hombre y un reptil, por ejemplo. Y si no hubiese estado en juego la vida de Eliane, hubiese huido —lo digo tal y como lo pienso—, no hubiese vuelto a poner los pies en la isla como si se hubiera transformado en un lugar maldito. Una vez más me expreso mal, me doy cuenta. Pero, ¿cómo hacerlo? Debe usted conocer todos mis sentimientos, incluso si le parecen insólitos o excesivos, por no decir anormales. En mi miedo había no sé qué de «religioso», algo parecido al horror sacro, lo que se experimenta sin duda ante un milagro, lo que sentían los antiguos cuando los viajeros les hablaban de cíclopes y de monstruos. ¡Exagero un poco, desde luego! Pero creo que la naturaleza de mi turbación queda bastante bien definida. Myriam, tal como la veía, tendida en la cama, con el rostro demacrado por el sufrimiento, me parecía temible.

—Esperemos otro poco —propuse—. *Nyété* está encerrada en el lavadero. No puede causar daño a nadie.

—¡Esperar! —dijo Myriam—. ¡Esperar! El tiempo no resuelve nada, ¿sabes? ¡Al contrario!

¡Siempre aquellas frases de doble sentido! Hablaba del guepardo y estoy seguro de que también hablaba de Eliane. *Nyété* y Eliane, en su espíritu como en el mío, eran la misma cosa, el mismo caso, el mismo problema.

—Ya decidiremos cuando vuelva —dije—. Ahora es demasiado tarde. Hay peligro de que el mar haya invadido ya el Gois.

No tuve valor para besarla. Me costó un esfuerzo estrecharle la mano. No recuperé la sangre fría hasta encontrarme en el «2 CV».

Una vez instalado en él y después de cerrar la portezuela, me sentí protegido en mi caparazón de metal. ¿Protegido de qué? Protegido. Nada más. El mundo a mi alrededor era un mundo benévolo y casi afectuoso. Atravesé el Gois en el último momento; el mar lo cubrió detrás de mí. ¡Aquello era tentar a la suerte! Un día me atraparía. Me prometí ser más prudente porque había decidido defender a Eliane. Aquella idea no me abandonó en toda la tarde. Había pensado ya en marcharme, en establecerme en algún lugar de Auvernia, pero me costaría encontrar un poblado donde hiciera falta un veterinario. ¡Era un proyecto quimérico! Por lo pronto no se me ocurría ningún medio de parar los golpes. Durante la cena, sugerí a Eliane la conveniencia de que tuviese todos los días a la *madre Capitana*. Eliane repuso que se sentía muy bien, que no debíamos tirar inútilmente el dinero por la ventana, y que la *madre Capitana* era desordenada y sucia. No me atreví a insistir. No tenía motivos para hacerlo. Hasta entonces no había cometido ningún error en presencia de Eliane; no era caso de exponerme a despertar sus sospechas por un motivo fútil. Dentro de dos meses, cuando la temporada veraniega me proporcionase una numerosa clientela de paso, tendría un buen pretexto para quedarme en casa todas las mañanas. Pero era ahora cuando debía imaginar un medio de proteger a Eliane, y me sentía impotente y desdichado. Después de la cena, me retiré a mi despacho, encendí la pipa y, metódicamente, hojeé los libros que me había prometido no volver a abrir. Ya no me resistía; ya no me sentía escandalizado; estaba dispuesto a aceptar las revelaciones más extrañas. Lo que los viajeros habían visto, ¿no lo había comprobado yo en persona? Cuando describían el aspecto del hombre dormido cuyo espíritu vaga a lo lejos, repetían casi textualmente lo que Ronga me había dicho. Entonces, ¿por qué me habría negado a creerlos cuando estudiaban otras prácticas y, por ejemplo, cuando explicaban cómo puede el iniciado utilizar a distancia las propiedades venenosas de ciertas plantas o de ciertos productos farmacéuticos? ¿Quién era yo, ignorante y lleno de prejuicios, racionalista, al lado de aquellos etnólogos, de aquellos médicos, de aquellos profesores? También ellos se habían resistido a lo evidente. Como yo, a la primera impresión, se habían negado a creer en los hechos. Pero, ¿de qué sirve negar lo que la experiencia afirma? La acción a distancia es posible en ciertos casos. Reviste

muchas formas. A veces es invisible, sin materialización del agente. Mis testigos señalaban varios ejemplos. Yo hubiese podido citar el del pozo. A menudo, la forma del agente aparece. Ejemplo: la trampa. Pero aún con mayor frecuencia, los efectos de esta acción a distancia son sutiles, casi imperceptibles. La víctima escogida acusa un desmejoramiento inexplicable, y es imposible salvarla en tanto no se ha reducido a la impotencia al autor del maleficio. A este respecto encontré un proverbio suto que dice: «Se clava la piel de un muerto sobre otra piel». Y el narrador explicaba que se debe descubrir y castigar al hechicero, «clavar su piel» como él ha hecho con el otro. En verdad, todo aquello no me servía de gran cosa, pero confirmaba singularmente mis temores. Afortunadamente, Myriam no poseía ninguna de aquellas hierbas, de aquellas plantas cuyas propiedades temibles explicaban los autores. ¡Pero podía obtenerlas por mediación de Vial! Estuve a punto de escribir al doctor. De vez en cuando, me acometía la tentación de confiarme a él. ¿No me había dicho: «Intento una experiencia»? Este hombre algo misterioso hubiese comprendido mi problema. Pero, ¿cómo confesarle que me había convertido en amante de Myriam? Imaginaba su sonrisa. No, Vial no podía serme de ninguna ayuda…

Era tarde. Sentía la cabeza pesada. Las páginas de los libros bailaban ante mis ojos. Bajé al jardín. La noche era oscura, tibia. De vez en cuando, una gota de lluvia me caía en la nariz, en una mejilla. ¿Encontraría tal vez junto al pozo o frente al garaje la forma irreal de Myriam? Di la vuelta a la casa. Era inútil que me dijese: «Estoy tomando el fresco, necesito desintoxicarme un poco»; de sobra sabía que estaba efectuando una ronda. En lo sucesivo, Eliane y yo estaríamos como sitiados. Decidí dejar a *Tom* fuera. Había ladrado en torno al impermeable azul. Por lo tanto, en lo futuro ladraría también, y yo lo oiría. Estaría sobre aviso. La idea me resultó desagradable. Entré y comprobé el cierre de todas las puertas; era ridículo, pero no hubiese podido dormir de no adoptar esta precaución.

Sin embargo, dormí mal. ¿Qué estaría tramando ella en la isla? Si yo no volvía a verla, ¿no trataría de vengarse mañana, pasado mañana? ¿No sería buena táctica hacer las paces con ella, por lo menos en apariencia? No pude llegar a una decisión. Estaba demasiado cansado. No oí el despertador y Eliane me sacudió. Mis

angustias me esperaban, llenas de vida. La noche las había alimentado con mi sustancia.

—No tienes buen aspecto —dijo Eliane.

—Ya pasará.

Pero aquello no podía pasar. ¿Cómo hacer las paces con Myriam sin consentir al mismo tiempo en ejecutar a *Nyété*? Y si aceptaba matar a la bestia, ¿hasta dónde llegaría mi cobardía y sumisión? Aquellos pensamientos me torturaron toda la mañana. Ya no experimentaba, como antes, la «falta» de Myriam. Por el contrario, lo que me humedecía las manos de sudor era el miedo a obedecer a Myriam e ir, a mi pesar, a la isla. Durante dos días, resistí. Le aseguro que dos días se hacen largos. ¡La vida del guepardo a cambio de mi paz! Había matado a docenas de animales. No soy excesivamente sensible, y además, todas las bestias se parecen. Un perro muere y otro le sustituye. Es siempre el mismo perro que se perpetúa, en cierto modo. Por lo menos es lo que me repito cuando debo matar a un animal que padece. En aquel momento creo que la muerte que doy es un acto amistoso. ¡Pero *Nyété*! Para mí era un ser aparte. Sentía por ella un poco de la pasión que me había empujado hacia Myriam. *Nyété* representaba el éxtasis de antes, aquella felicidad loca del pasado. Había renunciado al amor, pero no podía renunciar a lo que había sido su poesía, su esplendor bárbaro y magnífico. Pero contemplaba a Eliane ante mí, a la mesa, su franco y confiado rostro, y un fuerte pesar me oprimía la garganta como si se viese afectada por una enfermedad incurable. Mentir no era nada mientras se trataba de ocultarle mi aventura. Pero mentir cuando su vida estaba en juego… ¡Tanto peor para *Nyété*! Así moría la bestia, un poco más con cada minuto, mientras yo percibía los efluvios que emanaban de nosotros, que circulaban del uno al otro, de Myriam a Eliane, de Eliane a mí, de mí a *Nyété*, de *Nyété* a Myriam… Aquellas corrientes vivas pasaban por nosotros como una sangre tan pronto roja como negra, transportando la ira y el odio. Pertreché mi maletín: narcótico y veneno. Anestesiaría a *Nyété* en el momento en que viniese en busca de mis caricias… ¿Después? ¡No quería saber lo que haría después!

Salí con la marea baja de la mañana, bajo la lluvia. El Gois tenía un aspecto siniestro, azotado por el agua. Me costaba distinguir las balizas, mientras el estrépito de las olas, a derecha e izquierda,

ahogaba el ruido del motor. Tuve la impresión de viajar mucho tiempo, por un país inexistente en el que me sentía extrañamente a gusto. Casi me decepcionó el descubrir la costa, el camino y las casas. Pero me esperaba otra sorpresa: Myriam me recibió de manera encantadora. Llegaba angustiado, vencido; ella parecía haber olvidado lo que venía a hacer. Ni una pelea. Pese a la hora temprana, estaba peinada y vestida. Sentada en un sillón de la salita, con la pierna extendida sobre una silla, pintaba un río de su país.

—No tienes buen aspecto —dijo.

Lo mismo que Eliane. La entonación era casi la misma. Aquellas coincidencias eran frecuentes y provocaban siempre en mí el mismo malestar. Tenía la impresión de vivir dos existencias defasadas, en la que la una era la parodia de la otra.

—¡Tengo mucho trabajo!

También aquello lo había dicho veinte veces.

—Ven a descansar aquí, a mi lado.

Inclinó una silla para echar al suelo todo lo que había en ella. ¿Adivinaba mi incomodidad? ¿Le divertía? Más bien creo que sentía deseos de parecer amable, del mismo modo que en otros momentos tenía ganas de beber café negro o champaña. Mostraba una dulzura peligrosa. No escribo esto con malignidad. Sólo quiero hacer constar hasta qué punto yo había cambiado. La observaba como la primera vez observé el guepardo; estaba atento a sus ademanes, a su voz, acechando a la verdadera Myriam tras el fingimiento. Me habló de su pintura. En mayo iría a París, para la inauguración de su exposición. Parecía feliz, segura de sí misma, de su talento, de su éxito, y con amabilidad compartía conmigo sus esperanzas. Ninguna falsa nota. Ninguna hipocresía. Era totalmente sincera. Y, sin embargo, nos habíamos separado enfadados y *Nyété* seguía esperando en el lavadero.

—¿Sabes lo que tendrías que hacer? —dijo Myriam—. Deberías llevarme a dar un paseo en tu automóvil. Hace más de una semana que no me muevo.

—Está lloviendo.

—Mejor. Nadie nos verá. No te verás comprometido…

Obedecí encantado. Puesto que Myriam, tácitamente, me ofrecía una tregua, no iba a reanimar nuestras disputas con absurdas

objeciones. Conduje, pues, el «2 CV» ante la casa.

Bajo pretexto de ayudarme a abrir la verja, Ronga había salido y rápidamente cambiamos unas palabras en el jardín. Me enteré de que Myriam había permitido que Ronga se cuidase de *Nyété*, y que se portó como si desconociera la existencia del animal.

—Pero, ¿ha estado triste o preocupada?

—No —dijo Ronga.

—¿Ha vuelto a caer en ese sueño extraño… recuerda?

—No. Al contrario, ha estado muy activa. Ha escrito cartas…, ha pintado…

—¿Cree que se olvidará… de lo de *Nyété*?

—Me sorprendería —dijo Ronga.

Regresé a la salita. Myriam me rodeó el cuello con un brazo. Yo la cogí por la cintura y, cojeando, caminó hasta el automóvil.

—Vamos a la Herbaudière —propuso ella—. Quisiera comprar una langosta. Me parece que si comiera langosta me sentiría mucho mejor. El camino avanzaba al encuentro de las ráfagas del viento del Norte, que nos sacudían como una embarcación. Myriam reía. Volvía a mostrar su rostro de muchacha. Incluso llegué a olvidar casi mis temores. Avanzaba de prisa, a causa del Gois, desde luego (apenas si disponía de una hora), pero también por juego. Era la primera vez que Myriam iba conmigo en mi auto de soltero y, pese a todo lo que sabía de ella, me dejaba llevar por una felicidad vergonzante. El parabrisas, ahogado por la lluvia, sólo mostraba imágenes confusas; el vaho que cubría los cristales nos ocultaba a la vista de los escasos transeúntes. De vez en cuando le estrechaba la muñeca y ella apoyaba una mano sobre la mía. ¡Emociones de colegial! Y, sin embargo, el amor no me había dado nada mejor… Los muelles de la Herbaudière estaban desiertos. Todos los mástiles oscilaban a un tiempo. En la punta del malecón, las explosiones de espuma se abrían en abanico; las gaviotas, reunidas en el puerto, flotaban como patos. Me detuve ante una pescadería.

—Quédate aquí —dije…

—Escógela grande —me recomendó Myriam.

Compré la langosta, que se agitaba furiosamente, y sostuve una larga discusión con Myriam, que quería pagarla. Para terminar, me metió el dinero en un bolsillo en el momento en que volví a empuñar el volante.

—Más adelante, cuando hagas la compra, ya pagarás —dijo—. ¡Será tu trabajo!

Aquella frase estropeó mi placer. Para Myriam, la ocasión no contaba. Estaba siempre pensando en sus planes, en sus proyectos, en sus maniobras. La devolví a Noirmoutier y nos separamos fríamente. Lamenté aquel viaje inútil y me pregunté de nuevo si sería oportuno regresar. Estaba harto de dar vueltas indefinidamente sobre el mismo círculo. Después de todo, que hiciera matar el guepardo si le parecía bien. Atravesé el Gois, entre las rociadas del mar. Tenía aún tiempo de visitar a los clientes. En casa del primero, una sencilla formalidad: dos vacas que examinar, un vasito de vino blanco tomado con el propietario. Al buscar dinero para devolver el cambio, me di cuenta de que Myriam me había dado seiscientos veinte francos de más. ¿Por qué seiscientos veinte? ¿Cuál había sido su intención? ¡Porque no era mujer que se equivocase! ¿Sería una argucia para obligarme a devolvérselos? Después fui a la granja de l'Epoids… La yegua estaba enferma… Rutina de los ademanes, siempre los mismos… Dejé que mis manos trabajasen… Seiscientos veinte francos. ¿Por qué? Sobre todo, ¿por qué aquellos veinte francos? ¡Bueno! La yegua saldría de aquello. Abrí el maletín… Faltaba un frasco.

De momento no establecí la conexión. Debí de olvidarlo en algún sitio. Sin embargo, no soy muy atolondrado. Incluso me tengo por bastante minucioso. Terminé de cuidar al animal y regresé a la casa, pero aquel frasco perdido me preocupaba cada vez más. Contenía un producto bastante peligroso, a base de arsénico. Fue su precio el que me orientó. Seiscientos veinte francos. Me parecía ver la etiqueta y, por lo demás, compraba demasiado a menudo productos farmacéuticos para no saber de memoria el precio de todos ellos. Así, pues, Myriam me había sustraído el frasco. Escrupulosamente, lo había pagado. ¿La langosta? Un pretexto. Lo había combinado todo con su habilidad acostumbrada. Yo había bajado. Ella tuvo tiempo sobrado para abrir el maletín, escoger lo que mejor le convenía, y ahora estaría disponiéndose a envenenar a *Nyété*. Yo no podía impedirlo. El mar azotaba la playa y su rugido llenaba el horizonte. Me sentía enfermo de asco, de cansancio, de desesperanza. Y había que fingir, seguir fingiendo, a causa de Eliane. Precisamente me había preparado una *choucroute* exquisita.

La comí y la felicité. Me esforcé en hablar mucho para olvidar la escena atroz que se preparaba allá. Pero, por la tarde, a causa de mi dolor de cabeza, tuve que renunciar a salir. Me atonté a fuerza de comprimidos, sin conseguir descansar ni un momento. Consultaba la hora sin cesar. Me decía: Ahora ya está. ¡Debe de haber muerto! Imaginaba a *Nyété*, con las patas rígidas, los ojos sin vida, y andaba por mi despacho, incapaz de detenerme, de reflexionar con calma, de dominar aquel pánico que me atenazaba. La determinación cautelosa de Myriam, la manera casi irónica con que me había engañado, su crueldad, todo lo que había hecho, dicho, pensado, me daba asco. ¡Aquellos seiscientos veinte francos! ¡Era peor que una bofetada! ¡Me tomaba por un muñeco! «Más adelante, cuando hagas la compra…» Aquellas palabras volvían a mi memoria. ¡Estaba, pues, segura de que algún día viviría con ella! Mientras yo hacía proyectos para no volver a verla, para romper de una vez por todas, ella disponía nuestra vida común, metódicamente, con calma. ¡Incluso tenía en cuenta mi debilidad! Para desembarazarse de *Nyété*, conseguía veneno gracias a mí, pero a pesar mío. ¡Me convertía en su cómplice involuntario! Y para desembarazarse de Eliane… ¡No! ¡Jamás toleraría aquello! Pero, ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

No pude cenar. La solicitud de Eliane me sacaba de quicio. Estaba dispuesto a defenderla, pero sobre todo deseaba que me dejara en paz. Venía a hablarme de cocina y de infusiones cuando yo buscaba con desesperación el medio de salvarnos.

—¡Qué mal carácter tienes! —dijo ella.

—¿Yo?

¡Sí, tú! Mi pobre François, desde hace un tiempo, no pareces el mismo. Ya lo sé; trabajas mucho. Pero no sólo el dinero cuenta.

¡Querida tontuela que nunca comprendería nada! Preferí ir a acostarme. Tenía prisa porque llegara el día siguiente…

Myriam, en la salita, clasificaba cuadros. Se desplazaba de un lado a otro apoyando la rodilla izquierda en una silla, que le servía de muleta.

—¿Ves? Estoy preparando mi exposición.

Saqué los seiscientos veinte francos y los dejé en su silla.

—Este dinero es tuyo —dije—. ¿Dónde lo has enterrado?

No me contestó en seguida. ¿Tal vez no esperaba aquel ataque directo? ¿Quizás estaba sorprendida por la cólera que yo no conseguía disimular?

—En el fondo del jardín… ¡No ha sufrido!

—Esto soy yo quien ha de decirlo, y me permitirás que lo dude.

—¡Te ruego que no me hables en ese tono!

—Devuélveme el frasco.

—Lo he tirado… François, siéntate y cálmate. He hecho lo que debiste hacer tú. No, no quiero discutir contigo. Este tema me resulta penoso. Si fueses… como yo quisiera, hablaríamos de otra cosa.

¡Por ejemplo, de pintura!

Me miró largamente.

—Pobre hombre —dijo—. ¡Necesitas detalles! ¡Está bien! Mezclé el veneno con su carne.

—¿Lo sabía Ronga?

—No tengo por qué darle explicaciones. Después, ella ha acabado la cosa… Yo también me siento apenada. Pero esa bestia no era feliz aquí, y tarde o temprano los vecinos me hubiesen obligado a deshacerme de ella… ¡Estás ofendido por lo del frasco! ¡No podía escoger! Y te aseguro que no había premeditado nada. En cuanto al dinero, perdóname… ¡He hecho mal!

Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

¡François! ¿Adónde vas?

—Al jardín —dije.

—¡No! —exclamó—. ¡No! Quieres marcharte. Quédate. Tengo aún que decirte algo…

Deslizó su silla hasta situarla junto a mí.

—François… ¡Trata de comprender! Apreciabas a esa bestia. Yo también… Pero ella nos ataba aquí, nos impedía movernos. ¿Qué papel hubiéramos hecho presentándonos en el hotel con *Nyété*, o subiendo al barco?

¡Ronga sabía cuidarla!

¡Pero no tengo intención de arrastrar a Ronga conmigo toda la vida! Quiero tener libertad de movimientos, François… ¡Por ti! Si conservaba a Ronga era a causa de *Nyété*. Ahora ya no la necesito. Además, no nos llevamos muy bien. Anoche tuvimos una disputa.

De todos modos, se marchará a final de mes…

Estaba aterrado. ¡Así, pues, Myriam había decidido desde hacía tiempo suprimir a *Nyété*! Cuando jugaba con ella, cuando la mimaba, sabía que el animal sobraba y que debía desaparecer.

—Vas a sentirte muy sola —objeté.

¡No, si estoy contigo! —me contestó—. En estos últimos tiempos he recibido muchas cartas de África, desde luego, pero también desde Madagascar. Tal vez allí es donde estaríamos mejor. Para ti sería ideal; podrías seguir ejerciendo tu profesión. Y a mí el cambio me convendría mucho. El clima de la meseta es agradable; los paisajes son maravillosos…

Abrió un mueble pequeño cerrado con llave y sacó unas cartas.

¡Me veo obligada a cerrarlo todo! Ronga mete la nariz en todas partes. El otro día la sorprendí leyendo mi correo, y no me gusta que esté al corriente de nuestros proyectos…

Hice acopio de fuerzas:

—No… —dije—. ¡No! No quiero marcharme.

—Pero no nos iríamos en seguida. Ahora allí es el invierno, y, además, tengo aún que arreglar muchos asuntos. Y por tu parte, queda el problema de tu mujer.

Sin una palabra, le volví la espalda y salí. Creo que si hubiese tratado de retenerme, la habría golpeado. Era monstruosa. Me repetía: monstruosa, monstruosa. Y yo también era monstruoso porque aún estaba allí, y en lugar de marcharme en seguida con el ánimo de no volver, me detuve en el jardín, junto a aquel pedazo de tierra recién removida. ¡Perdón, *Nyété*! Abrí la puerta del lavadero, percibí aún su olor, todo lo que quedaba de su pequeña alma fiel. Después busqué a Ronga, pero no estaba en la casa. Cuando puse el motor en marcha estaba seguro de que nunca más volvería, de que no volvería a ver a Myriam, de que todo habría terminado. Ella no se atrevería a atacar a Eliane, puesto que me había perdido y lo sabía. Y si, a pesar de todo, no abandonaba sus propósitos, entonces la mataría.

9

Habrá usted, sin duda, observado ya esa violencia de los débiles. Se está solo. Se sueña. Se actúa con autoridad. Se quiebra toda resistencia. Y después, uno se tropieza con la realidad. Apenas en casa, fui de nuevo un hombre abrumado. Sabía que nada podía contra Myriam. Ni siquiera podía olvidarla. Por lo menos estaba seguro de mi resolución; la muerte de *Nyété* me había liberado. Al mismo tiempo me sentía libre del Gois, de aquellos viajes furtivos, de aquellos regresos llenos de aprensión. Me sentía devuelto a mis costumbres; a mi existencia ordenada. En el fondo de mi tristeza volvía a encontrar la tranquilidad de antes. Nunca la región me había parecido más amistosa. Durante tres o cuatro días fui como un convaleciente que no se atreve a salir, pero que siente que le vuelven las fuerzas. El mes de mayo consigue poetizar nuestras praderas y nuestras marismas saladas. Constituía para mí un nuevo placer el ir de una granja a otra, entre los prados brillantes como un césped inglés. ¡África! ¡Madagascar! ¡Hermosos nombres! ¡Pero nada más que nombres! Aquí, pese a mi «2 CV» cochambroso, a mis botas y a mi canadiense, era un señor. Este país era el mío. ¿Cómo decirlo? Era la prolongación de mi piel y yo era el latido de su corazón. Si amaba a Eliane era porque, aún ignorándolo, se parecía a las campesinas de aquí; era sencilla como ellas, intuitiva y seria. Y si, al otro lado del Gois, me convertía en un hombre miedoso y cobarde, amando y detestando a Myriam, era porque el lazo estaba roto. Ahora comprendía mejor hasta qué punto Myriam, al atacar a Eliane, me había atacado a mí, al propio manantial de mi vitalidad y de mi equilibrio. Marcharme me resultaba físicamente imposible. Y tal vez Myriam, al quedarse, tenía la sensación de que se destruía. Hubiese querido explicarle con dulzura nuestro error; sólo

podíamos amarnos devorándonos; fatalmente, uno de nosotros debía ser la víctima del otro. Entonces, ¿por qué no separarse como buenos amigos? ¿Por qué el rencor, la venganza? Me entregaba a estos pensamientos para tranquilizarme y también para desarmarla a distancia, como si mi voluntad de apaciguamiento hubiese sido capaz de crear alrededor de la casa una especie de fortificación invisible. Pero diferenciaba con facilidad todo lo que había de vulgarmente sentimental en tales pensamientos, y sabía que mi barrera mágica sería vulnerable a los intentos de Myriam. Pese a mis temores, consideraba hasta cierto punto un juego especular con la idea de fortificaciones y de barreras. Aún no consigo aclarar este punto; estaba profundamente convencido de que Myriam tenía el poder de causarle daño a Eliane, y, sin embargo, tenía la impresión de que esta convicción no procedía de la mejor parte de mí mismo, sino del otro Rauchelle, de aquella especie de adolescente fracasado que había sido subyugado por Myriam y la admiraba pese a cuanto ella hiciera. Temblaba, pero sentía curiosidad. Por lo tanto, tomé precauciones, no sin cierto escepticismo. Había dicho a la *madre Capitana* que la visitante del impermeable azul tal vez regresara. Era poco improbable, pero no imposible.

—¿Qué tengo que hacer?

—Avíseme inmediatamente.

Había clavado la trampa y cegado el pozo, pero sin precipitación, como si se tratase del simple deseo de entretenerme. No quería tener nada de que reprocharme y al mismo tiempo sentía un intenso regocijo. ¡Tenía que ser muy lista si conseguía provocar un nuevo accidente! Por la noche soltaba a *Tom* en el jardín bajo pretexto de que, desde que había vuelto el buen tiempo, su sitio no estaba en la cocina. Cerraba las puertas, esforzándome en pensar en otra cosa. Fingía una cierta alegría que a veces debía de sorprender a Eliane porque en varias ocasiones me preguntó:

—¿Tan bien van los asuntos?

Desde hacía tiempo, se había metido en su cabeza la idea de que mi único objetivo en la vida era ganar mucho dinero. A Myriam hubiera podido decirle quién era yo. A Eliane sabía anticipadamente que era inútil. Mis explicaciones le hubiesen aburrido e incluso mal impresionado. Por lo tanto, me contentaba con responder con un ademán despreocupado. También me

esforzaba, para agradarle, en regresar a una hora fija. Le interrogaba minuciosamente. ¿Quién había venido? ¿Qué había hecho? ¿Estaba cansada? A veces se encogía de hombros.

—¡De qué cosas te preocupas! Todo va como de costumbre.

Pero una noche la encontré en cama, con el rostro demacrado, los ojos turbios y brillantes, y de repente me puse en guardia. La cogí por la muñeca. Estaba febril.

—No es nada —dijo—. Creo que el conejo no me ha sentado bien. La salsa era un poco pesada. ¿Tú no has notado nada?

—No. ¿Qué has hecho?

—He tomado un poco de uroformina.

—¿Quieres que llame a Mallet?

¡De ningún modo! Ya se me pasará…

Me lavé y me cambié, preocupado. Parecía evidente que se trataba de unas sencillas molestias digestivas. En más de una ocasión, la cocina demasiado condimentada de Eliane me había causado algún malestar. Nada tenía de extraño que ella, a su vez, tuviese una mala digestión. Pero no me sentía tranquilo. Regresé junto a la cama.

—¿Qué temperatura tienes?

—Algo más de treinta y ocho grados.

Hacía mal en inquietarme. Me preparé una cena frugal, que comí en compañía de *Tom* y, después de haber lavado los platos, puse al fuego una sopa de verduras. Después me acosté. Eliane parecía estar algo mejor, pero seguía abatida. Aceptó un somnífero y, al día siguiente, dormía profundamente cuando yo me marché. Apresuré un poco las visitas. Hubiese querido estar en casa. Al regresar aceleré la marcha. Mi pobre automóvil necesitaba una profunda revisión, que el agua del Gois había hecho más apremiante. Eliane estaba levantada, pero había conservado puesta su bata.

—No me encuentro demasiado bien —confesó.

Sin embargo, tuvo el puntillo de almorzar conmigo, limitándose a beber un poco de caldo, por el que me felicitó. Yo terminé el conejo, que estaba delicioso.

—Vete a acostar —dije—. Yo ya me las arreglaré con la *madre Capitana*.

Ayudé a Eliane a regresar a la habitación y fui a charlar cinco

minutos con la vecina, siempre dispuesta a ayudarnos. No había vuelto a ver a la visitante del impermeable azul. Nadie había venido a llamar a la verja. Cogí unas flores en el jardín y en el mismo instante de entrar en la cocina oí gemir a Eliane. Tiré las flores sobre la mesa y ascendí los escalones de cuatro en cuatro. Eliane vomitaba en el lavabo.

—Eliane… ¿Qué tienes? ¡Eliane!

Apenas tuve tiempo de cogerla y de llevarla a la cama. Casi había perdido el conocimiento. Un sudor viscoso le humedecía la frente y las sienes. Los hipos la sacudían.

—Déjame —dijo—. Déjame… Ve a hacer tus visitas…

Di vueltas por la habitación, indeciso, torpe, preguntándome lo que convendría hacer para aliviarla.

—¡Dime dónde te duele!

Pero ella se limitaba a mover la cabeza sobre la almohada. Le palpé las piernas. Estaban frías y, después de reflexionar, puse agua a calentar. Limpié la botella de gres que no ha mucho había servido, cuando Eliane tuvo el accidente. ¿Sería una nueva intentona de Myriam? Durante unos minutos me sentí presa de un terror espantoso, hasta el punto de tener que sentarme. Allí permanecí, sin aliento, tan enfermo como Eliane, y sólo me sacó de aquel estupor el agua al desbordarse. Por instinto sabía que era Myriam… Estaba seguro. La indigestión no era más que una apariencia, un síntoma desorientador, que engañaría al médico, pero no a mí, después de todo lo que había descubierto. Sin embargo, telefoneé a Mallet, que se presentó inmediatamente. Eliane dormitaba, visiblemente exhausta. En menos de una hora había adelgazado. Sus ojos parecían mayores y más hundidos y miraban en el espacio cosas que yo no veía. Expliqué a Mallet lo ocurrido. Él acercó una silla a la cama.

—Veamos.

Empezó la auscultación. Eliane se sobresaltó cuando Mallet le palpó el vientre. El médico trató de situar exactamente el foco del dolor, pero el menor contacto de sus dedos arrancaba quejidos a Eliane. Él se obstinaba, escuchando la entonación de cada gemido, apreciando, comparando, y cerró los ojos para que su juicio fuese más efectivo. Finalmente, alzó una mano en signo de perplejidad.

—La pondremos en observación —dijo—. En mi opinión, es algo

de apéndice. ¿Nunca ha tenido ataques?

—No.

Se inclinó de nuevo sobre el vientre de Eliane y matizó su diagnóstico.

—Desde luego, parece ser una crisis de apendicitis.

—¿Cree que hay que operar?

¡Tenemos tiempo! Ante todo calmaremos esos dolores que dificultan el examen. Volveré más tarde. Dieta absoluta. Es lo mejor… Si tiene mucha sed que beba, pero con moderación.

Sacó su recetario y la estilográfica. Yo me sentía indeciblemente aliviado. Un ataque de apendicitis es algo concreto. Se conocen sus causas. Se está bien armado contra este género de enfermedad. Me parecía muy bien que Eliane tuviese apendicitis. Casi lo deseaba. Y cuando Mallet se hubo marchado, procuré tranquilizarla. La llevaría a Nantes, a la clínica del doctor Touze. Estaría instalada como una reina. Sería cuestión de quince días.

—¡Cualquiera diría que estás contento! —murmuró ella.

—No, mujer… ¿Cómo quieres que esté contento? Sólo que…

Sólo que no podía explicarle lo que experimentaba. No podía decirle que aquella crisis de apendicitis demostraba la impotencia de Myriam. Por otra parte, Myriam, para matar a *Nyété*, se había visto obligada a recurrir a los medios clásicos. Vamos, mis temores habían sido vanos. Volvía a encontrarle sabor a la vida. La *madre Capitana* se encargó de la compra y me prometió vigilar a Eliane. Una taza de caldo a las cuatro, o un poco de agua de Vichy. Yo volvería mucho antes de la hora de la cena. Para mí bastaría un poco de sopa y dos huevos.

Estuve ausente apenas tres horas. Justo el tiempo de ir a la feria de Challans, adonde me habían citado varios clientes de importancia. Al regreso encontré a Eliane muy postrada. La *madre Capitana* estaba asustada. Hablaba y lloraba a la vez. Eliane había tenido unos vómitos violentos poco después de mi marcha, pero había prohibido a la vieja que fuese a buscar al médico, y la pobre mujer se consumía esperando. La despedí lo más amablemente posible y traté de interrogar a Eliane.

—Bueno, cariño, ¿qué sientes?

—Tengo sed, tengo sed…

Le di de beber. Sus manos ardían y temblaban.

—¿Dónde te duele?

No contestó. Telefoneé a Mallet para preguntarle si no convendría avisar urgentemente a la clínica. Él acudió y pareció sorprendido ante los progresos de la enfermedad. Reanudó su examen.

—Abra la boca… Saque la lengua…

Eliane ya no tenía fuerzas ni para gemir. Respiraba muy de prisa y en sus ojos había lágrimas. Mallet le levantó los párpados.

—¿Dónde ha vomitado? —preguntó.

—Supongo que en el lavabo.

Fue al cuarto de baño. El lavabo había sido limpiado. Mallet lo observó pensativamente y después cerró la puerta y bajó el tono de su voz:

—¿Qué comió ayer?

—Conejo. Yo también lo comí y, como ve, lo he digerido perfectamente… Un ataque de apendicitis…

Me interrumpió.

—No es apendicitis… Escuche, amigo mío, tengo la costumbre de ser franco. Juraría que su mujer ha sido envenenada… Ya ha visto usted su lengua, su saliva… Esta noche han aparecido todos los demás síntomas: el pulso, el epigastrio dolorido, los indicios de conjuntivitis…

—¡No es posible!

Traté de protestar con vehemencia. Pero pensaba en el frasco que había desaparecido de mi maletín. El frasco de arsénico.

—No es posible, de acuerdo —contestó Mallet—, pero yo estoy obligado a interpretar los síntomas y pondría la mano en el fuego de que se trata de arsénico.

—Pero… ¿No se da cuenta de que…?

Regresó junto a la cabecera de Eliane, le olfateó los labios, le palpó el estómago.

—Evidentemente —cuchicheó—, no hay un cien por cien de seguridad… Y, de todos modos, el caso es relativamente benigno. Vamos a hacerle un lavado interno, es lo único adecuado. Pero para mí que ha debido de comer alguna porquería… Dejemos que descanse.

Le llevé a mi despacho y, después de meter la mano en mi bote de tabaco, llenó su pipa mientras contemplaba la habitación.

—¿Está seguro de que no hay peligro?

¡Por completo! Ha utilizado un producto peligroso, ignoro cuál. Busque usted. Pero no es más que un inicio de envenenamiento. Robusta como es, necesitaría una dosis condenadamente fuerte. Oiga, está usted muy bien instalado. El campo… el mar… Se ve Noirmoutier como si estuviese aquí mismo.

Se sentó a mi mesa y escribió una breve receta.

—Su esposa no tiene suerte desde hace un tiempo —observó—. Es la ley de las series. Espero que no haya un tercer accidente… Tome. Le he indicado hidrato de magnesia, más dos o tres cosidas para reforzarle el corazón… Ya veremos. ¡Ah! Naturalmente, debe de tener algo de albúmina… De modo que hágale un análisis, ¿eh? Volveré mañana.

Observó mi turbación y abatimiento, y me apoyó una mano en el hombro:

—¡No ponga esa cara, Rauchelle! Si supiese lo frecuentes que son esa clase de accidentes… El año pasado vi un caso parecido aquí en Beauvoir. Una vieja que había estado manoseando un producto para matar caracoles. Ahora está mejor que nosotros.

Le acompañé, fingiendo que me tranquilizaba, pero seguía experimentando el mismo terror, sentía el mismo temblor y, cuando volví a entrar en casa, tuve la intuición aguda, desgarradora, de que estaba vencido. Había perdido la partida. Myriam era demasiado fuerte para mí. Mi primer impulso fue tirar el caldo. Mi segundo pensamiento, llevarlo a casa del farmacéutico. Pero conocía a Landry. ¡Hablaría! Y además, ¿por qué tenía que sospechar de aquel caldo que yo mismo había preparado? ¿Eliane era la única que lo había bebido? De acuerdo. Pues yo también lo bebería… La olla estaba sobre el fogón de gas. La *madre Capitana* olvidó guardarlo en la nevera. Olfateé el caldo. Metí un dedo dentro y lo lamí. ¿No me estaría volviendo cada vez más estúpido? ¿Cómo hubiese podido Myriam…? Decidí que aquel caldo era inofensivo, pero fue algo más fuerte que yo: vertí un poco en una taza y lo bebí de un trago, como una purga, cerrando los ojos. Después busqué por todos los rincones de la casa y en el garaje. Sabía de antemano que no encontraría nada, que Eliane nunca había comprado un producto contra los caracoles u otras bestezuelas. Y en verdad, no buscaba con la esperanza de encontrar. Buscaba, como se dice, para tranquilizar mi

conciencia. Era como un hombre que ha cerrado el contador del agua, que se ve realizando el ademán, que está moralmente seguro de haberlo hecho y que, sin embargo, vuelve a abrir la puerta y a comprobarlo una vez más. Si no hubiese buscado por todas partes, pese a estar persuadido de que era inútil, no hubiera podido superar mi pánico. Había hecho mal en creer la palabra de Myriam cuando me afirmó que había tirado el frasco. Debí exigir que me lo devolviera, pero, aun suponiendo que lo hiciera, le hubiese sido fácil comprar en cualquier droguería un producto a base de arsénico. ¿Sí? ¿Y qué? ¿Y después? ¿Necesitaba utilizar un elemento material, como por ejemplo aquel caldo? En la marisma, cuando los campesinos pretendían que alguien había «secado» la leche de sus vacas, ¿había algún agente material? ¿Por qué seguía creyendo que un contacto era necesario, por mediación de un objeto cualquiera, entre Myriam y Eliane? ¡Mi costumbre de razonar los hechos acababa siempre por imponerse! ¿Por qué Myriam no podía haber envenenado directamente a Eliane? Bien existen en las colonias, y tal vez en África, árboles bajo los cuales no es posible detenerse sin morir.

Desesperado, fui al pueblo y traje los remedios prescritos por Mallet. No experimentaba ningún malestar. El caldo que había bebido no me había provocado ni acidez ni náuseas. Comí una cena frugal y me ocupé de Eliane. Estaba un poco mejor y se tomó la magnesia sin rechistar. Le ayudé a que se lavara el rostro y las manos.

—Recuerda —dije—. Cuando esta mañana te has levantado, ¿qué has hecho?

—¿Qué importancia tiene? —dijo Eliane.

—Sí, es muy importante. Primero te has lavado. ¿Y después?

—He tomado un poco de café.

Había olvidado el café.

—¿Tenía un sabor normal?

—Como de costumbre.

—¿No era más amargo? ¿No tenía un sabor extraño?

—Pues… No…

—¿Y después?

—He vuelto a acostarme, porque sentía vértigo. Y luego has llegado tú… Eso es todo.

—Esta tarde, mientras yo estaba en Challans, ¿qué has bebido?

—Un vaso de agua de Vichy.

La botella estaba aún en la mesa. La examiné; la olfateé. Probé el agua en el vaso que había utilizado Eliane.

—¿La ha abierto la *madre Capitana*?

—Sí.

Era natural. Hacía preguntas ridículas. La vieja había cogido la primera botella que encontró en la despensa. Y aquella botella era buena, con toda evidencia. Bajé a la cocina. La cafetera estaba aún llena hasta la mitad… Me obligué a beber media taza de café, frío y sin azúcar. Creo que me habría sentido feliz, sí, feliz, si hubiese notado que mi estómago se contraía y la cocina daba vueltas a mi alrededor. ¡Pero también el café era inofensivo! Después de todo, ¿no se trataría de un error de Mallet? Pasé revista a todos los motivos que tenía para dudar de su diagnóstico. Incluso fui a consultar en mi despacho un tratado de toxicología. ¿Por qué negarlo? Eliane presentaba los síntomas de envenenamiento por arsénico. Era indiscutible.

Ya no podía escoger: debía montar guardia junto a ella, noche y día, y verificar todo lo que se llevara a la boca. Si no podía impedirlo, entonces iría a ver a Myriam, aceptaría sus condiciones, le suplicaría, pero salvaría a Eliane. El día siguiente sería domingo. El lunes pondría un anuncio en el diario avisando a mi clientela que estaría indisponible durante algún tiempo. Me acosté junto a Eliane, que se había dormido, y durante horas di vueltas a los mismos pensamientos. ¿Ablandar a Myriam? ¿Cómo? En seguida adivinaría que no tenía intención de marcharme con ella. ¿Y si fingía ceder a sus deseos? ¿Si le dijese que había reflexionado? ¿Si incluso le hablaba de mis preparativos? ¡También en aquello me engañaba! Tendía a creer que, cuando estuviese lejos, ya no podría nada contra Eliane. Pero si resultaba temible a quince kilómetros, ¿por qué había de serlo menos a mil quinientos, a tres mil? En unas revistas leí que un célebre corredor ciclista había muerto en Europa a consecuencia de una enfermedad misteriosa que le infligieron en África unos negros a los que había ofendido. ¿No se trataba del mismo caso? Sí, pero tal vez la Prensa había exagerado un poco. ¿Conseguiría apartar, alguna vez, aquella pesadilla? Ya no sabía si dormía o estaba despierto. Perdí la conciencia. Al amanecer volví

en mí. Otro día para vivir en medio de la angustia. Y habría más días, más noches, otros despertares tan amargos como aquél. Maldije a Myriam con todas mis fuerzas. *Tom* rascó en la puerta. Fui a abrirle. Empezaba el domingo.

¡Resultó extraordinariamente tranquilo! Eliane mejoraba. Los dolores de estómago habían desaparecido. Le quedaba un cansancio muy grande, una especie de anulación de la voluntad, como si hubiese renunciado a curarse. Era inútil que le hablara, que fingiera ese optimismo de que se hace alarde junto a la cabecera de los enfermos. Eliane no reaccionaba, ni siquiera tenía valor para sonreír. No obstante, sus ojos me seguían, vigilaban todos mis movimientos. Sentía que era el miedo. Le había asustado con mis preguntas; de modo que, cuando Mallet volvió, le expliqué mis temores y le rogué que tranquilizase a Eliane, lo que él hizo con mucha tranquilidad y buen humor, asegurándole que estaría en pie al cabo de dos días. Le recomendó que siguiera un régimen durante varias semanas porque una intoxicación alimenticia puede traer consecuencias desagradables. Eliane pareció satisfecha de conocer la causa de su enfermedad, y en presencia de Mallet se bebió una taza de té y comió una tostada. El té lo preparé yo mismo y la tostada procedía de un paquete que abrí en la habitación.

—Ya no hay razón para inquietarse —me dijo Mallet, mientras bajábamos—. La encuentro muy bien. Tal vez le falte algo de ánimo. Esto lo había observado ya. Se afecta con bastante facilidad, ¿no es cierto?

—No es ésta mi impresión. Está muy bien equilibrada.

—Después de todo, usted está mejor situado que yo para saberlo.

No me preguntó si había encontrado el producto envenenado y yo me abstuve de abordar este tema. Charlamos aún un momento, junto al camino. Mallet me prometió que al día siguiente él mismo iría a la farmacia, y me telefonearía el resultado del análisis.

—Si es negativo —terminó—, será señal de que me he equivocado. Esto nos ocurre a todos, incluso a usted, supongo. En tal caso, me gustaría que le hiciesen una radiografía. No descarto la posibilidad de la existencia de una úlcera.

¡El bueno de Mallet! Aquella historia del arsénico le preocupaba más de lo que quería confesar. Incluso la palabra arsénico es siniestra y evoca imágenes fúnebres. Demasiado bien sabía yo

cuáles eran, y no me disgustaba que Mallet se orientara hacia la hipótesis de una úlcera. Porque al fin y al cabo yo absorbía los mismos alimentos, líquidos o sólidos que Eliane, y nada me ocurría. Si se presentaban nuevos ataques, ¿a qué conclusiones llegaría Matlet? Y entonces percibí en toda su amplitud y malicia la maniobra de Myriam. No sólo se vengaba de su rival, sino que me colocaba en una situación imposible. ¡Ganaba en todos los tableros! Y si Eliane llegaba a caer gravemente enferma, por no decir otra cosa, yo me enfrentaría con las peores dificultades. ¡Era un hombre acabado! ¡No era sólo por Eliane que debía luchar! ¡Era por mí!

Cuanto más meditaba esta idea, más inevitable me parecía la catástrofe. En el fondo, Eliane no era más que un medio. ¿Cuál era el objetivo principal? ¡Yo! ¡Sólo yo! ¿A quién se quería hacer sufrir? ¡A mí! ¿A quién se trataba de comprometer? ¡A mí! ¡Siempre a mí! ¡Era una maniobra horrible! ¡Y no había escapatoria! ¡Ninguna solución! ¡A Myriam sólo le quedaba ya dictarme sus condiciones!

Estaba tan alterado que permanecí un buen rato en el jardín, para tranquilizarme, para normalizar mi rostro. Había decidido resistir y, en consecuencia, evitar aquel misterioso envenenamiento de Eliane. Ignoraba cómo lo conseguía Myriam, qué fuerzas utilizaba, pero había comprobado que, desde la víspera, su ataque había perdido eficacia. ¿Tal vez había encontrado dificultades al quedarme junto a Eliane, al vigilar su alimento y su bebida? Redoblaría mis cuidados. Regresé al dormitorio. Yo mismo arreglé a Eliane. Pasé el aspirador. Después me ocupé de mi comida. Por precaución, abrí una lata de sardinas y otra de *cassoulet*. Hubiera querido transformar la casa en hospital, hubiera querido desinfectar las paredes, los suelos, los muebles, el aire. Sonreirá usted, y con razón. Pero no era culpa mía si me imaginaba la presencia oculta y malhechora de Myriam como una especie de microbio que sólo una asepsia total era capaz de destruir. Si hubiese podido inventar un sistema para purificarme, para arrancar de mí el germen de ese amor que nos mataba poco a poco, ¡con qué alegría lo hubiese utilizado! Gracias a la noción de atmósfera estéril que se derivaba de mi pasado de estudiante y que parecía adaptarse a la situación, tenía la impresión de estar mejor pertrechado intelectualmente para defender a Eliane contra Myriam. Preferí tirar el caldo de verduras, propicio a fermentar. Era más prudente ofrecer a Eliane un huevo

pasado por agua. Lo escogí con cuidado, lo limpié y lo hice cocer. Abrí otra botella de agua de Vichy, un nuevo paquete de tostadas. Las sobras me las comería yo. Eliane comió con bastante apetito. Lavé los platos con agua hervida y después me instalé en el dormitorio con un libro. Había sintonizado muy bajo el receptor de radio, de modo que Eliane oyese sin cansancio una música alegre. La tarde discurrió en medio de una calma monótona y melancólica. Eliane durmió. Yo dormité hasta las cinco. Otra vez té y tostaditas para Eliane. Acepté beber té para darle satisfacción. Ella había recuperado fuerzas y color.

—¡Cuánto te molestas! —murmuró.

¡En absoluto! ¡Me gusta cuidarte!

—Cuando estoy enferma…

—E incluso cuando estás buena. Sólo que resulta menos fácil. Voy a empezar la construcción de una perrera. Hace mucho que pienso en ello. En estos momentos el trabajo me deja más horas libre, y estaré más a menudo contigo.

Ella sonrió de labios para fuera, pero sus ojos permanecieron serios.

¡Gracias, François! Necesito sentirte aquí, muy cerca. No estoy nada bien, ¿sabes?

¡Qué cosas se te ocurren!

—¡Me pregunto si podré levantarme otra vez…!

La reñí suavemente y la besé en los ojos para impedirle que llorase. Se durmió otra vez y yo preparé nuestra cena. Como no tenía mucho apetito, compartí su comida: tallarines y confitura. Caía la noche. Di una vuelta por el jardín, fumando en pipa. Myriam debía prepararse para salir: ¡era su hora! ¿O, quizá, tendida en la cama, trataba de hundirse en aquel sueño que, suprimiendo las distancias, le daba el privilegio de llegar hasta nosotros sin abandonar su villa? *Tom* salió de la cocina y corrió a mi alrededor. Iba y venía tratando de atrapar a los insectos. No experimentaba ninguna inquietud. Le deseé buenas noches y entré en la casa. Entonces oí toser a Eliane. El ruido de sus pies descalzos sonó en el techo. Corría hacia el cuarto de baño para vomitar.

10

Había pasado con la marea baja de la tarde; no había podido hacerlo con la de la mañana porque Mallet había venido demasiado tarde. Estaba completamente desorientado. El análisis había sido negativo, o por lo menos no había revelado la dosis importante de albúmina que él esperaba encontrar. De modo que reclamaba con urgencia una radiografía. Yo le había solicitado una consulta con un colega de Nantes, sin ninguna esperanza. Había agotado todos los medios de defensa. Estaba sin recursos, al borde de la crisis nerviosa. Myriam era la persona sobre quien había que actuar, era en Noirmoutier donde debía ganar la partida. Había dejado a Eliane en mal estado y, mientras franqueaba el Gois, no tenía idea de lo que iba a hacer o decir. Estaba espantosamente cansado y si mi muerte, lo repito, hubiese podido ser útil, me habría detenido, lo juro, y esperado la marea ascendente. Pero debía proseguir el combate. ¡El combate! ¡Hay palabras que le fustigan a uno! ¿Es que había combatido? ¿Acaso no había retrocedido siempre ante Myriam? Lo que, con candidez o cobardía llamaba combate, era mi voluntad de no abandonar a Eliane. Cuando, a fuerza de retroceder, me encontrase entre la espada y la pared, entonces amenazaría a Myriam. ¡Y después ya veríamos! Me bastaba conducir el coche para tener la sensación de que actuaba. En cuanto a lo que estaba por venir, trataría de afrontarlo de la mejor manera posible, según las circunstancias. Sabía que mi propósito era irrisorio, pero, en mi descargo, he de decir que, moralmente, estaba deshecho. No trato de justificarme, sino de echar algo de luz sobre la sucesión de acontecimientos, porque, evidentemente, mi fatiga y mi miedo han jugado un papel en su evolución.

Ronga regresaba del pueblo con un pan bajo el brazo cuando yo

me detuve ante la villa. Me alcanzó y yo le estreché la mano para recordarle que éramos aliados, pese a la muerte de *Nyété*. Además, me disculpé.

—Todo se hizo a espaldas mías, Ronga, le doy mi palabra. *Madame* Heller me quitó el veneno del automóvil.

—Lo sé.

Su pesar era tan vivo que, en un momento, su ancho rostro se cubrió de lágrimas.

—¡Vamos, Ronga! ¡Comprendo lo que siente usted! Yo también la quería mucho.

—Hubiese querido llevármela cuando me marchara —dijo—. Para mí era una amiga, no un animal… Es imposible, desde luego, pero cuando pienso que se quedará aquí, que nadie cuidará nunca su tumba…

Se secó los ojos con delicadeza, utilizando un pañuelo fino. Una vez más, me sorprendió su dignidad.

—¿No se marcha en seguida? —pregunté.

—Dentro de ocho días. ¿No lo sabe? *Madame* Heller me ha despedido. Mientras ella está en París haré una limpieza a fondo y me marcharé…

—¿Ella se va a París?

—Es verdad que hace varios días que no venía usted —dijo Ronga—. Sí, se marcha mañana… Ya le explicará.

Bruscamente, la esperanza me iluminaba, me reanimaba, no sé cómo expresarlo. Era fuerte y dulce como la vida. Era lo que experimentaba cuando antes acudía junto a Myriam. Ahora era su marcha la que me colmaba de alegría. Me contuve para no lanzarme inmediatamente hacia la casa.

—Y usted, Ronga, ¿adónde irá? ¿Volverá a África?

—No. Buscaré un empleo en Francia. Tengo algo en perspectiva. De todos modos, seré más feliz que aquí.

—¿Tan mal van las cosas con ella? —murmuré.

—¡Ya no me habla! ¡Ya no existo para ella! Nunca he existido. Era un objeto que pintar…

Abrió la verja. En el mismo momento, Myriam apareció por la esquina de la casa, con su impermeable azul y el tobillo vendado. Fue algo tan inesperado, aquella silueta se ajustaba tanto a la descripción de la *madre Capitana*, que la emoción me inmovilizó.

Pero en aquella ocasión no se trataba de una sombra. Myriam se me acercó cojeando. Cruzóse con Ronga sin mirarla.

—¡François, cariño! ¡Qué sorpresa! Estaba segura de que vendrías, pero te esperaba mañana.

—¿Sales?

—No. Iba a ver lo que hacía Ronga. Ha salido hace más de una hora. Estoy harta de esa mujer, ¿sabes? ¿Entras un momento?

Pasó un brazo alrededor del mío y me arrastró hacia la casa. Sentía que mis nervios se contraían y hubiese querido evitar su contacto, pero se apoyaba adrede en mí, como si temiera perderme.

—Fíjate —dijo—. Vuelvo a andar. Me duele aún un poco, pero la herida está casi cicatrizada.

Me condujo a la salita y allí, sin cerrar la puerta, cogió mi rostro entre sus manos, apoyó sus labios en los míos, hasta perder el aliento. Estuvimos a punto de caer.

—François, cariño… ¿Ya no estás enfadado? ¿Todo está olvidado?

Me besó de nuevo, y en aquel beso había algo tan sincero, tan espontáneo, que me conmoví. Apoyándose en mí, avanzó cojeando hasta su sillón y se sentó.

—François… ¡Deja que te mire…! ¡No, no te he perdido! ¿Me amas? Tienes que amarme, François… Sobre todo ahora, porque he trabajado mucho por nosotros dos.

—Quítate ese impermeable —dije.

Pareció sorprendida. No había comprendido que sentía vergüenza de haber estrechado entre mis brazos a la mujer de azul, a la que había entrado en mi casa como una criminal.

—Estás extraño, cariño.

Se quitó el impermeable. Era en verdad la antigua Myriam, a la que tanto había amado. Sus ojos grises brillaban de ternura.

—Me marcho mañana —prosiguió—. Voy a París a firmar el contrato. El director de la galería de que ya te hablé… ¿Lo has olvidado? No importa… El director está de acuerdo. Si estos últimos tiempos estaba de mal humor, François, es porque he debido luchar duramente. Pero ha terminado por aceptar mis condiciones. El sábado recibí su carta. De modo que permaneceré en París cinco o seis días, tiempo necesario para asegurar la buena marcha de mi exposición, y después regresaré para ver si todo está en orden y

para cerrar la casa. Y será la marcha definitiva. Esto te da tiempo suficiente…

Habían quitado de la sala todo lo que la llenaba. La mayoría de los cuadros habían desaparecido. Maletas con etiquetas multicolores se alineaban a lo largo de las paredes.

—¡Siéntate, François! ¡Parece como si estuvieses de visita!

Con la punta del pie acerqué una silla. Esperaba la continuación con la curiosidad y el miedo del cazador que se dispone a ver salir de la maleza la fiera cuyas huellas seguía.

—Me he visto obligada a improvisar un poco —dijo—. A ti esto no te gusta, pero no podía hacer otra cosa. Ya verás, todo se arreglará muy bien. Por fin, he escogido Madagascar.

Esbozó una sonrisa, tal vez para disimular la impudicia de sus palabras, y me cogió una mano, según su detestable costumbre.

—Para ti no tiene importancia. Nunca has salido de Francia. De modo que… Pero yo sé que allí triunfaremos. Tengo pendiente un desquite. Primero iremos a Tananarive, pues allí conozco a alguien que me ha prometido colocarte. Es un país ganadero. Entre las vacas de Madagascar y las de Francia… Sólo que en vez de cuidar cien o doscientos animales, cuidarás quince o veinte mil. ¡Vale la pena! ¿Estás contento?

No contesté. Me daba cuenta de que, por fin, iba a revelarme sus pensamientos más recónditos.

—Tomaremos el avión en Orly —prosiguió—. Casi tardaremos menos en llegar a Tananarive que el que tú empleas para venir aquí cuando te ves obligado a esperar a que baje la marea. En el fondo, Madagascar es mucho menos inaccesible que Noirmoutier. Haz trasladar todo tu dinero a un Banco de París. Después te será más fácil disponer de él… Será menos molesto para ti. ¿No? ¿No estás de acuerdo?

—¡Sabes bien que Eliane está enferma!

—¿Qué diferencia representa?

—¿Cómo…?

—De todos modos, el divorcio será fallado contra ti, puesto que abandonas el domicilio conyugal. Aunque decidas esperar a que tu mujer se haya curado, ello no te reportará ninguna ventaja.

Callé para dejar que prosiguiera, e hice mal, pues ella creyó que mi objeción quedaba descartada y que definitivamente aceptaba sus

puntos de vista.

—Lo mejor será que no te lleves casi nada. Empezaremos a cero, como verdaderos emigrantes. ¿Te gustará ser un emigrante a mi lado? Hasta ahora la vida no se ha portado muy bien contigo. Creo que puedes marcharte sin remordimientos.

—¡El asunto no es éste! —exclamé con impaciencia.

—Espera. He pensado en todo. Si tienes baúles o maletas, hazlos llevar a Nantes. Los recogeremos de paso. Porque tengo la intención de comprar un auto… ¡Oh!, de ocasión… Sólo para que me traiga aquí y para que después nos conduzca a París. De haber podido, me habría pasado sin él. Pero aún he de transportar muchos cuadros y quisiera no estropearlos.

A mi pesar, la escuchaba con atención, con el deseo salvaje de gritarle en pleno rostro:

«¡Todo esto es absurdo! ¡Deliras!» Me encogí de hombros.

—Tu individuo… —dije—, ése de la galería… Hubiese podido venir a recogerlo.

—No. Prefiero que no vea los cuadros de mis principios.

—Entonces, alquila un automóvil.

—Sí, tal vez tengas razón. De todas maneras, dispondremos de un vehículo. He calculado la hora de las mareas. El domingo próximo el mar está bajo a las nueve de la noche. Será el mejor momento. Nos iremos a escondidas, lo que no es propio de mí, pero comprendo que tú preferirás atravesar Beauvoir de noche, ¿verdad?

—Te esperaré delante de mi casa —dije con amargura—, junto a mi equipaje, como un verdadero autoestopista.

—¡Nada de eso! Creo que serás lo bastante galante como para venir a ayudarme a cargar el automóvil. Estaré sola. Y, además, será mejor que salgamos juntos de aquí. ¡Sería un buen augurio! ¡Ya sabes lo supersticiosa que soy!

Cada frase de Myriam estrechaba un poco más la red a mi alrededor. Hubiese debido debatirme, desgarrar aquella tela impalpable que me inmovilizaba. ¡Pero no! ¡Vacilaba! Perdía el tiempo. Buscaba argumentos, como si la lógica tuviese sitio en aquel duelo. Y me veía obligado a reconocer que el plan de Myriam era consistente. Mi única objeción perentoria, la que precisamente no quería anticipar, era Eliane. Una vez más, Myriam adivinó mis pensamientos:

—¿Qué tiene exactamente tu mujer?

¡No! —dije, poniéndome en pie—. ¡No! ¡Te estás propasando!

—¡François, por favor! Escúchame bien… ¡Ya es demasiado tarde para retroceder! Si fueses médico admitiría que quisieses quedarte junto a ella. ¡Pero no eres tú quien la cuidas! ¡Tu presencia no la curará! Ella no está sola. Tenéis una asistenta. Y dispone de dinero. ¿Entonces…? Cuando estés lejos, créeme, todo se arreglará. Incluso estoy segura de que se pondrá buena en seguida.

—¿Qué quieres decir?

—Me has comprendido perfectamente. También ella será libre. Volverá a Alsacia. Rehará su vida según su gusto.

—¿Me lo prometes?

Myriam sonrió dulcemente y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Cariño, nunca dejas de sorprenderme. ¿Es que no has vivido? Te lo prometo, sí…, porque conozco a las mujeres…

Inició un movimiento hacia la escalera, hacia la habitación. Me resistí.

—¿No? —murmuró—. ¿De verdad que no? ¿Te vas ya? Bueno, pues bésame, François, cariño.

Sus labios se pegaron a los míos. Sus brazos me rodearon. Estaba cogido en la trampa. Su aliento ardiente me penetraba. Pensé en esas flores que absorben los insectos. Me ahogaba. La rechacé con un movimiento brusco. Myriam seguía sonriendo.

—¿Vendrás el domingo? Te esperaré desde las ocho y media… Hasta pronto, François querido. Y no te preocupes demasiado por tu mujer… Todo se arreglará.

Apretó el nudo de mi corbata y luego, dando un suave beso en la punta de su índice, me aplicó el dedo contra los labios.

—Vete de prisa… No quisiera que te ahogaras…

Salí sin volverme. Notaba su mirada fija en mí; estaba segura de que rodearía la casa para verme marchar. Arranqué con violencia. ¡Tanto peor para Ronga! Me hubiese gustado decirle adiós, desearle buena suerte. ¿Y ahora? ¿Acudiría a la cita de Myriam? Había venido para sondear sus intenciones. Pues bien, ya sabía a qué atenerme. El trato era el que yo había previsto: mi marcha a cambio de la vida de Eliane. Y ese trato había sido sellado tácitamente. Myriam me esperaría. Sin duda tendría en el bolsillo los billetes de avión… Desde este momento, cada minuto me empujaría hacia la

catástrofe. ¡Porque yo no quería irme! La vida de Eliane era preciosa, desde luego, pero, ¿es que yo no contaba para nada?

Atravesé el Gois con los faros encendidos. El mar, a ambos lados, parecía negro. Las balizas iban pasando, silueteadas apenas, mientras que las blancas alas de un albatros planeaban de vez en cuando en el borde de la noche. ¿Dónde estaban las auroras gloriosas de mi naciente amor? Me deslizaba de una casa a la otra en medio de las tinieblas. Me había convertido en un ser furtivo, de pensamientos ambiguos y enfermizos. Para no hacer ruido, dejé el coche en el camino y entré por la puerta de atrás. Crucé el jardín y abrí la puertecita del garaje. Seguía el mismo trayecto que Eliane cuando regresaba del pueblo en bicicleta. *Tom* acudió silenciosamente y metió su hocico húmedo en la palma de mi mano. ¡Ya no temía a *Nyété*! Saqué el encendedor y lo sostuve encima de mi cabeza. La trampa seguía cerrada. Despedí a *Tom* y, de puntillas, subí al piso. Eliane dormía. No tuve valor para despertarla; preferí pasar la noche en mi despacho. Allí me planteé la pregunta con toda crudeza: ¿Podría, tendría fuerzas para marcharme? Si me iba, Eliane nunca me lo perdonaría. Era demasiado sencilla, demasiado honesta. Con ella, o todo o nada. Sería inútil que más tarde rompiese con Myriam; en el momento en que franqueara el umbral de esta casa, para Eliane me convertiría en un extraño. Podía salvar su vida, pero estaba seguro de perder su amor. En cuanto a explicarle los sortilegios de Myriam, sabía anticipadamente que era inútil. Pero, por otra parte, ¿cómo era Myriam tan cándida para no suponer que, obligándome, me apartaría aún más de ella? ¿Cómo no se daba cuenta de que secretamente me había convertido en su enemigo? En resumen: ¿Quedarse? ¡Imposible! ¿Marcharme? ¡Imposible!

En su beneficio omito todas las soluciones novelescas y fantásticas que consideré, más por juego que por método, para asegurarme de que había examinado todos los aspectos del problema. La conclusión se imponía por sí misma: había cometido una falta respecto a Eliane y debía pagarla. Le dejaría una carta en la que me acusaría de todas mis debilidades y me iría con Myriam. Al cabo de unas semanas o de unos meses, abandonaría a Myriam y me encontraría solo después de haberlo perdido todo. En el fondo, sólo me quedaba resignarme en mi desdicha. ¡Pero esto es lo que

me revelaba! ¡Me resistía a ser desdichado! E incluso, apurando más la verdad, he de confesar que tenía miedo del cambio, como esas bestias a las que se empuja a trallazos hacia el vagón del exilio y que, con la cabeza gacha y los ojos inyectados en sangre, se plantan sobre sus patas temblorosas y se niegan a avanzar. Pero a primera hora de la mañana había aceptado ese cambio. Y cuando, con las piernas pesadas, fui a abrir la ventana, paseé por los extensos prados una mirada indiferente; ya no estaba aquí. Me sentía agotado, pero tenía la impresión de ser aún un hombre.

Eliane estaba despierta. Volvió hacia mí su rostro de frente demasiado bombeada, de nariz fina.

—¡Te has levantado muy pronto! —murmuró suavemente.

Le toqué las manos. Estaban muy calientes.

—¿Te encuentras mal?

—No. Ya ha pasado todo.

Me incliné sobre ella y la besé con todo mi corazón, no me avergüenza decirlo. Sé que abuso de su paciencia al descubrir así mis sentimientos, el estado de mi conciencia, mis arrepentimientos. ¡Puede creer que a mí tampoco me gusta! Pero me produce un intenso placer este gesto de verdadera, de profunda ternura. En eso Eliane ha tenido lo que nunca di a Myriam. Durante toda la mañana, me dediqué a las tareas domésticas con la alegría fresca y humilde de un fraile. Envié un anuncio a los diarios para comunicar mi ausencia, y empecé a pensar en la carta de confesión que dejaría a Eliane. De dicha carta ha salido el informe que está usted leyendo. Mientras iba y venía por la casa no dejaba de vigilar el camino. El autocar pasó por fin. Su marcha lenta, a causa de los virajes, que hacen difícil la salida del Gois, me permitió reconocer la silueta de Myriam detrás del chófer. Se iba a París. Todo era real, su viaje, el avión, Madagascar… Sabía bien que era real, y, sin embargo, debía repetírmelo sin cesar. A medianoche, Mallet vino a hacer su visita. Después de diez minutos de examen, movió la cabeza:

—¡No está mal, no está mal! Es usted una enferma muy extraña, *Madame* Rauchelle. Continuemos así… Alimentación muy ligera… Descanso…

Después vino a fumar una pipa a mi despacho, como había tomado por costumbre.

—¡Amigo mío, navego! ¡Y creo que cualquier colega navegaría

lo mismo que yo! Ese dolor de estómago puede significar cualquier cosa. En tanto que no tengamos las radiografías, será imposible diagnosticar. ¿Cuándo va a Nantes?

—Dentro de tres días… En su opinión, ¿está mejor?

—Muchísimo mejor.

Eso no me sorprendía. Incluso hubiese podido asegurar a Mallet que cada vez estaría mejor y que las radiografías nada nos descubrirían. Procuré mostrarme tranquilo. Naturalmente, dejé de prestar atención a lo que Eliane comía o bebía. Tales precauciones eran ya inútiles. Al otro día, Eliane no tenía fiebre y empezó a levantarse. Yo empecé a escribir. A medida que recobraba la vida, yo arreglaba todos los detalles de mi marcha. Fue un período extraño y patético. Nunca habíamos estado tan unidos. Por primera vez, me quedaba casi todo el día en casa. Estaba de vacaciones. En apariencia, holgazaneaba, iba a Beauvoir de compras; hablaba con el uno y con el otro. Daba noticias de Eliane. Pero, en mi interior, decía adiós a los árboles, a los campos, al sol de aquel país, a sus nubes. Los habitantes no me importaban. Pero consagré las tardes a los animales. Recorrí a pie los pastos. Anduve mucho rato a lo largo de los terraplenes. Los caballos se apartaban con un movimiento arisco de cabeza. Las vacas no se molestaban, ni siquiera cuando les palmoteaba los costados. Comían. Sólo se oía el ruido de su aliento y el de la hierba arrancada. El viento pasaba a ráfagas y las praderas se ensombrecían hasta el horizonte. Ya no experimentaba ningún pesar. Me sentía vacío y sonoro como una concha. Había muerto en pie. Y luego, apenas en casa otra vez, cerraba con llave la puerta de mi despacho y seguía escribiendo. A veces resultaba agradable; otras, atroz. Pero perseveraba en mi decisión. No tenía más que mirar a Eliane para comprender que había escogido la única solución digna. Desde que Myriam se había marchado de Noirmoutier, Eliane se había rehecho de una manera casi milagrosa. Comía bien, digería perfectamente y los platos de antes reaparecían en nuestra mesa. He olvidado consignarlo: las radiografías no habían dado ningún resultado. Myriam había renunciado a atormentar a Eliane. Por lo tanto, yo debía respetar nuestro pacto. Hice transferir una pequeña parte de mi dinero a París. Cobré el resto en efectivo. Había un montón respetable de fajos que Eliane encontraría en mi mesa, junto a mi confesión, a mi carta de adiós.

También aparté los objetos que quería llevarme. Durante todo este tiempo, Eliane adornaba con flores las habitaciones, planchaba la ropa, preparaba el té de las cinco. A veces, me quedaba parado a mitad de la escalera, en la puerta del jardín. Decía en voz alta: «¡Esto no es posible!» Ni siquiera reconocía ya mi voz. El viernes discurrió tranquilamente. Aquel día llovió mucho. Escribí extensamente. Deseaba que Eliane sintiese mi afecto y, por qué negarlo, preparaba ya una reconciliación futura. Hacia la noche, Eliane salió, con no sé qué pretexto, y en verdad que esperaba este momento con impaciencia. Rápidamente, transporté mis dos maletas al automóvil y las oculté bajo el viejo impermeable que utilizaba en invierno. Después redacté una breve carta en la que pedía a Eliane que leyese hasta el final las cuartillas que le acompañaba. Lo metí todo en un sobre. Estaba dispuesto. Hubiese querido marcharme aquella misma noche. La impaciencia empezaba a latir en mí como si fuese fiebre. El sábado fingí que trabajaba en la perrera, sólo para quedarme en el jardín y vigilar el camino. Fatalmente, Myriam debía pasar ante la verja. No tenía ninguna probabilidad de verla, puesto que ignoraba el coche que había comprado. Pero ya no era dueño de mi cuerpo. Mientras clavaba piquetes, mientras señalaba con la pala la base de la pequeña edificación, escuchaba. Así que se acercaba un automóvil, alzaba la cabeza. Por desdicha, en aquel fin de semana la carretera estaba muy concurrida. No vi a Myriam. Y llegó el domingo, casi solemne. El último domingo. Por postrera vez, subí a Eliane el desayuno. Todo lo que hacía sabía que era por última vez. Me esforzaba todo lo posible para gozar de aquellos momentos y, en cambio, sólo experimentaba una profunda amargura. Me resisto a vivir en un presente efímero. Necesito duración, repetición, seguridad. Cuando pensaba que, al cabo de tres o cuatro días, me encontraría en el otro extremo del mundo, detestaba a Myriam, y aquel domingo tenía sabor de ceniza. Recuerdo que Eliane había preparado un flan. Recuerdo cada detalle con una precisión mágica. Aún oigo sonar las campanas de Beauvoir, y percibo, intacto y fúnebre, el perfume de las rosas que Eliane colocó sobre la chimenea de nuestra habitación. Recuerdo que escuchó por la radio «El país de la sonrisa». Recuerdo que por la noche comimos pastel de fresas. Recuerdo que fui a fumarme una pipa en el camino. Las ranas se llamaban con voces

temblorosas. Me juré que no olvidaría nada. Tal vez Myriam fuese capaz de empezar una nueva vida. Para mí, la verdadera vida se acababa esta noche. Regresé a casa con la cabeza baja. Había luz en el cuarto de baño. Eliane estaba en pie ante el lavabo. Volvió hacia mí su rostro descolorido.

—Vuelvo a las andadas —dijo.

Entonces supe que Myriam había regresado. Ayudé a Eliane a acostarse. Ni siquiera me sentía inquieto. No podía tratarse más que de un sencillo toque de atención. Desde lejos, Myriam me recordaba que mi promesa seguía en pie. Disolví en un poco de agua de Vichy un comprimido y di el vaso a Eliane. Ésta lo vació de un trago.

—¿Quieres que llame a Mallet? —dije.

—Mañana —murmuró ella, según había previsto.

Conservé su mano entre las mías. De vez en cuando, los espasmos le arrancaban un gemido, y buscaba inútilmente una mejor posición para dormir. Eran ya las nueve, pero mi impaciencia había desaparecido. El soporífero procuraría a Eliane un sueño profundo hasta la mañana siguiente. No criticaba a Myriam, sino al contrario. Hacía más fácil mi marcha. En efecto, Eliane se amodorró. Su respiración se hizo más lenta. Esperé aún media hora para estar seguro de que no me oiría salir. Entonces la besé ligeramente. ¡Adiós, Eliane! Temía a ese momento. Había llegado y apenas me sentía emocionado. El pesar caería sobre mí más tarde, sufriría terriblemente, lo sabía. Ahora tenía prisa por marcharme. Estaba aturdido y como anestesiado. Me detuve en el umbral. Sólo veía sus cabellos en la almohada y la forma apenas insinuada de su cuerpo bajo el cubrecama. Las rosas se deshojaban en el jarro. ¡De modo que yo había provocado esto! ¿Por qué, Dios mío, por qué era capaz de destruir? Cerré la puerta lentamente y después me deslicé por la casa como un ladrón. Del cajón de mi mesa, cerrado con llave, saqué el sobre, los fajos de billetes de Banco. Me puse la canadiense. Bajé en calcetines la escalera y sólo me puse los zapatos cuando estuve en la cocina. Entré en el garaje, y con cautela, desplacé la pesada puerta corrediza; después empujé el «2 CV» hasta el camino. *Tom* se removió en el jardín. Fui a acariciarlo antes de cerrar el garaje. ¡Bueno, todo había terminado! Cuando pasase de nuevo ante la casa, sería al volante de otro automóvil y junto a otra mujer. Sería ya otro hombre. Por un momento vacilé. ¡Aún no

era demasiado tarde para renunciar! Sí, sí lo era. No iba ahora a fingir una cínica vacilación cuando, desde siempre, había permitido que las cosas llegaran a este extremo, sabiendo de antemano lo que me esperaba. Me senté en el coche y puse el motor en marcha.

El Gois se abrió ante mí, desierto y tranquilo. La noche y el mar estaban llenos de estrellas. Era una plácida noche de mayo, tan clara que la isla parecía muy cercana, elevándose en el horizonte como un navío. Avanzaba sin prisas, con las ventanillas abiertas. ¡Me sobraba tiempo! Yo que tantas veces había franqueado este paso, con la mirada fija en el reloj, espoleado por el temor de llegar demasiado tarde a casa de Myriam o a mi casa, de repente me sentía rico hasta el punto de poder perder días y meses. Estaba vacante y compenetrado con aquel paisaje de arena, de charcos, de piedras viscosas. Alcancé la otra orilla. Pasaron los poblados familiares. Noirmoutier dormía bajo la protección de su faro, pero la villa aparecía iluminada, con todas las ventanas abiertas y los pinos con un reflejo de fiesta. La puerta estaba abierta de par en par. Myriam me oyó y salió cojeando a mi encuentro. Se lanzó a mis brazos.

—François, cariño… Tenía miedo, ¿sabes? Estaba segura de que vendrías a la hora, pero de todos modos sentía miedo… Gracias… ¡Gracias por haber venido! Ayúdame a andar. Me duele mucho el tobillo… Me he movido tanto estos últimos días… El doctor me había recomendado que descansara… ¡Si me viese…! He alquilado un «Dauphine»; te he obedecido. ¡Ven a verlo!

Charlaba con alegre animación, con entusiasmo de jovencita para quien la vida es una maravilla inagotable. A su lado yo era un viejo. El «Dauphine» estaba ante la casa, rodeado de paquetes, de maletas, de toda clase de bultos.

—¡No pretenderás llevarte todo esto! —exclamé.

—Es preciso —contestó ella.

Me puse a trabajar. Era un trabajo arduo el colocar todo aquel equipaje, que había que encajar como las piezas de un rompecabezas. Myriam opinaba una cosa, yo otra. Entraba paquetes, los sacaba.

—¡Apártate de aquí! —me gritó, exasperada—. ¡Yo sola hubiese acabado antes!

Consulté mi reloj.

—Ten cuidado —dije—. Disponemos de cuarenta minutos nada más.

11

De repente, mientras Myriam metía precipitadamente en el automóvil los últimos bultos, pensé en mis dos maletas. Fui a buscarlas, pero ya no había sitio.

—En fin, querido, ¿dónde quieres que las meta? —dijo Myriam —. ¡Mira! El cargamento llega casi hasta el techo. Incluso será preciso que durante el camino lo sujetes con el brazo si no queremos que nos caiga todo encima.

—¿Te imaginas que voy a conducir con una mano mientras que con la otra impido que tus paquetes nos caigan encima? —gruñí—. ¡Será muy divertido!

—Conduciré yo —decidió ella—. Es divertido y me gustaría hacerlo. ¡Vamos, François, no pongas esa mala cara! Deja las maletas en tu auto. En París comprarás lo necesario. Tienes que aprender a viajar.

A mi pesar, lancé una mirada rencorosa al «Dauphine» atestado de paquetes, lo que hizo reír a Myriam.

—¡A mí me ocurre lo mismo! —dijo—. Ven, he preparado café.

—Myriam… Sólo nos queda media hora. ¿Te acuerdas?

¡Oh, no empieces otra vez!

Canturreando, subió los peldaños. Yo probé con el pulgar los neumáticos posteriores. Era estúpido sobrecargar de ese modo un automóvil. Hubiese debido aconsejar a Myriam que alquilara un «Peugeot». El destino, que goza obteniendo de pequeñas causas inofensivas unos efectos dramáticos, se había puesto ya a trabajar, pero yo lo ignoraba aún. Me reuní con Myriam en la cocina.

—Perdona, pero hubieses podido cerrar las puertas y las ventanas —dije—. Habríamos ganado tiempo.

Ella me pellizcó la punta de la nariz y me hizo una mueca.

—¡Qué hombre! ¡Nunca está contento…! ¡Muy bien! ¡Ahora va!

—Te agradeceré que permanezcas quieta. —Con tu pata coja, mañana por la mañana aún estaríamos aquí.

Bromeaba, pero sólo de puertas afuera. A pesar de mi angustia íntima, no hubiese sido extraño que experimentara un poco de esa excitación que precede a los grandes viajes. Por el contrario, me sentía mustio, sin ánimos, abatido como una bestia que siente acercarse un cataclismo. Corrí y cerré ventanas y postigos. Hice lo mismo en la planta baja. Me quemé los labios al probar el café.

—Tómatelo con la cucharita —dijo Myriam—. Te aseguro que sabe mejor.

—Pero, Myriam, ¿es que no te das cuenta de que tenemos prisa?

—¡No me vuelvas a dar la lata con tu célebre Gois! Ayer lo atravesé y sé lo que es. De hacerte caso, se creería que ese desdichado Gois es una especie de trampa permanente. ¡Mi pobre François, parece mentira lo que te gusta exagerar!

Me bebí el café sin contestar y no dije nada más mientras ella comprobaba si la llave de paso del gas estaba cerrada, así como la del contador del agua. Se empolvó y, finalmente, apagó la electricidad. El desconectador dio un chasquido. Myriam me buscó en la oscuridad, tropezó conmigo y me besó.

—Estás muy frío —cuchicheó—. ¿Qué te sucede?

La guié hacia el jardín, pero había olvidado que debía cerrar la puerta principal y, a tientas, ella probó varias llaves antes de encontrar la buena. Para demostrarle que no me ponía nervioso, llené la pipa. Desde luego, aún teníamos algo de tiempo. La marea subía ya desde hacía un rato; íbamos retrasados sobre el horario previsto. Sin embargo, el margen de seguridad era aún suficiente. Myriam estaba dispuesta.

—Bueno —dijo—, ¿a qué esperas? Saca los coches para que pueda cerrar la verja.

Aparté el «2 CV» a un lado del camino y coloqué el «Dauphine» en el centro mismo. Probé los faros, escuché el ruido del motor. Funcionaba bien. La noche anterior había llenado el depósito de gasolina. En resumen, todo parecía en orden. Entonces, ¿por qué sentía yo la opresión de un anillo de hierro en torno a mi pecho? Dejé mi sitio a Myriam y, siempre con la pipa en la boca, me instalé a su lado, vuelto a medias para vigilar el equipaje. Myriam arrancó

lentamente, acelerando el motor.

—¡Despertarás a todo el mundo! —dije.

—¡Si supieras lo poco que me importa!

Estábamos en camino. Mi automóvil quedaba allí, bajo los árboles, abandonado. Había probado mi valor al abandonar a Eliane y a la casa. Pero ahora, mi valor se hundía. Dejar así mi «2 CV», como un pecio… ¡Hubiese llorado! De repente, el son de un tam-tam llenó el aire con su ritmo, y una trompeta chilló. Myriam acababa de conectar la radio. Al sonido de los instrumentos de metal, al retumbar sincopado del tambor, pasaba el suave paisaje nocturno, las granjas achatadas, los viejos molinos y los bosquecillos de tamarindos. Myriam conducía, tranquila, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, y los dedos de su mano derecha marcaban el compás sobre el volante. Era feliz. Se llevaba a su prisionero. Rebasamos la Guériniére. Había algo de niebla en el camino de Barbâtre, penachos inmóviles encima de las hondonadas. Myriam no vio la bifurcación, la placa que indicaba el camino del Gois.

—Detente —dije—. Había que tomar por la izquierda.

Los frenos chirriaron. El «Dauphine» no se detuvo hasta al cabo de una cincuentena de metros.

—Los frenos son malos —observé—. Te han alquilado un viejo cacharro.

Regresamos a la encrucijada en marcha atrás, no sin zigzaguear. Myriam no era muy hábil. Al notar que la observaba, se ponía nerviosa, y arrancó demasiado secamente. Una serie de sacudidas desequilibró la carga. Me puse de rodillas en el asiento y empujé lo mejor que pude los paquetes que amenazaban caer sobre nosotros. Una ojeada al reloj. Ya no era posible detenerse para poner en orden el equipaje. Abordamos la calzada que conducía al Cois.

—Pon la segunda —dije—. Es más prudente.

El mar se extendía hasta donde alcanzaba la vista y el terraplén del Gois dibujaba una línea neta que partía las aguas. La noche era tan clara que Myriam puso las luces de cruce. Alcanzamos la primera baliza con su alto refugio de madera y el automóvil empezó a avanzar al nivel del mar. A medida que corríamos, el vacío se agrandaba hasta el infinito a nuestro alrededor. La costa permanecía oculta. La isla se había sumergido en la oscuridad.

Quedaba aquel camino estrecho que corría como una vía férrea atravesando la extensión gris, cuya enorme inmovilidad atenazaba el corazón. A lo lejos, a la izquierda, unos faros intercambiaban rápidos signos luminosos en la línea del horizonte. El auto se bamboleaba en la pista. Al cabo de una docena de minutos estaríamos al otro lado. La calzada bajó aún más, se confundió con el lecho del océano; el agua se infiltraba bajo las hojas caídas de los liquenes y las desenredaba con lentitud. La veía brillar a derecha e izquierda, apenas espumeante, rodeando las rocas de una efervescencia imperceptible. La segunda baliza se silueteó, creció, se alejó por detrás de nosotros. Lo más difícil estaba hecho.

—Como ves —dije—, no teníamos tiempo que…

El auto resbaló bruscamente y el motor se caló. Myriam puso el cambio en punto muerto, accionó el arranque automático, embragó. El coche se deslizó un poco más, desplazóse de costado, como un barco al garete.

—¡Detente! —grité.

Abrí la portezuela y di la vuelta al «Dauphine». La parte posterior del auto se había salido de la pista y estaba hundido en el barro. Myriam se inclinó.

—¿Hemos pinchado?

—No… Te has salido en el viraje.

Nuestras voces llegaban hasta muy lejos en el silencio, y la música de *jazz* daba a la escena un carácter insólito y, sin embargo, tranquilizador. Myriam se apeó.

—No lo entiendo —dijo—. Te aseguro que procuraba avanzar por el centro… ¿Es grave?

—No lo creo. Voy a meter unas piedras bajo los neumáticos. Por desgracia, el auto está muy cargado.

—¿Podemos descargarlo?

Me encogí de hombros y busqué con los ojos la baliza. Se erguía allí, a un centenar de metros, y su presencia parecía conjurar todo peligro. Me metí la pipa en el bolsillo de la americana, que colgué de la portezuela.

—Para el motor —dije a Myriam—. Tengo para un ratito.

Las piedras no faltaban. Las había por todas partes, pero así que metía los dedos por debajo para despegarlas, sentía el agua que se infiltraba en la cavidad. Myriam empezaba a descargar el equipaje,

a amontonarlo de cualquier modo en medio del camino, y el *jazz* proseguía con su ritmo absurdo, en tanto que yo clavaba las piedras a taconazos. Si no concurría una circunstancia imprevista, podría conseguir liberar el auto. En caso contrario, la baliza estaba allí, dispuesta a acogernos. Nuestra vida no estaba en peligro, no podía estarlo. Pero si pasábamos la noche en el Gois, el escándalo estallaría por la mañana. Sería imposible ocultarlo a Eliane… Trabajaba como un forzado. Cuando consideré que el hoyo estaba lo bastante lleno, me puse al volante, aceleré el motor y después, decididamente, embragué. Las ruedas patinaron, hundiendo las piedras en el barro y de nuevo el motor se caló. Bajé y comprendí que el «Dauphine» estaba condenado. Se había hundido más profundamente. Hubiesen hecho falta tres o cuatro hombres vigorosos para empujar el vehículo.

—¿Y con el gato? —prosiguió Myriam.

—¿Y dónde vas a apoyar el gato? —vociferé furioso—. Había que salir a la hora, eso es todo. Pero no… Según parece, yo siempre exagero…

Cogí dos maletas:

¡En marcha!

Myriam me miró sin comprender.

—¿Qué quieres hacer?

¡Refugiarnos en la baliza! Y créeme, hay que darse prisa.

—Estás loco. ¿Y el automóvil?

Solté las maletas para coger a Myriam por una muñeca.

—Ven, ven a ver…

La empujé hasta el borde del terraplén.

—Agáchate… Toca… Aquí…, sí…, a nuestros pies… Es el agua… Es el mar que sube, ¿entiendes? Dentro de tres cuartos de hora ya no habrá Gois. La corriente barrerá el coche, se lo llevará todo…

Myriam era inteligente y enérgica. No discutió sino que escogió en seguida entre sus paquetes lo que consideraba más precioso: unos cuadros envueltos en un gran pedazo de arpillera. Cogí otra vez las maletas y empecé a andar. El Gois me había asustado siempre. Lo que temí, estaba ocurriendo. Ahora sabía cómo sucedían las cosas. No era muy terrible. Había oído explicar cosas dramáticas. La verdad era más vulgar. Sencillamente, era preciso

andar, andar hasta perder el aliento, torciéndose los pies, hasta el refugio. ¡Y estaba lejos ese refugio! Por lo menos a ciento cincuenta metros. ¡Si no hubiese necesidad de salvar todo aquel equipaje!

Alcancé el pie de la baliza, alto y macizo como un pilar de puente. Unos escalones tallados en la piedra permitían alcanzar la enorme pieza de madera que sostenía la plataforma. Teníamos tiempo de sobra para subir hasta allí arriba. Me volví para ayudar a Myriam a subir. Estaba aún a mitad del camino, cojeando, y me acordé de su tobillo. Aquella noche todo estaba contra nosotros. Y, sin embargo, era hermosa aquella noche, con todas sus estrellas que parecían moverse. Me precipité hacia Myriam para ayudarla.

—No —dijo—. Ve a buscar mi caballete y mis cajas de pintura…

Corrí, pero tuve que adoptar una marcha más prudente, porque mis zapatos resbalaban en el terreno, siempre húmedo en aquel lugar. Desde lejos, el auto parecía hundirse por atrás en el mar, como un barco. Sus portezuelas abiertas, sus faros encendidos, la música de la radio y los paquetes esparcidos por todas partes representaban la imagen de un naufragio, y en aquel momento fue cuando la angustia se apoderó de mí. Alcancé el «Dauphine» y me puse la americana, que contenía mi documentación y el talonario de cheques. Después escogí a ciegas dos paquetes, calculando que para recogerlo todo debería efectuar cuatro o cinco viajes. A trescientos metros contando la ida y la vuelta… No, no tendría tiempo de salvarlo todo. Distinguí a Myriam que venía a mi encuentro.

—Quédate allí —le grité…

Myriam se cruzó conmigo como si fuese un extraño, un transeúnte. Sólo pensaba en arrebatarle al mar sus posesiones. Se tambaleaba en sus delicados zapatos de ciudad, pero avanzaba, obstinada, acostumbrada a vencer. Sentí el agua bajo los zapatos cuando llegué a veinte metros de la baliza, y en seguida mis pies quedaron empapados. Sin embargo, las piedras irregulares del camino seguían bien dibujadas. El agua, transparente, era invisible, pero el mar estaba allí, no ya en segundo término, como un rato antes, sino al mismo nivel del camino, y de la noche surgía poco a poco un rumor formado por mil chapoteos; la voz de la corriente que, al encontrar su camino, iniciaba el movimiento. Me icé con mis bultos sobre el zócalo de hormigón y resollé un poco. Veía con claridad la silueta de Myriam. Parecía andar por una extensa

pradera gris. La calzada perdía todo su relieve. Esta vez el pánico se apoderó de mí. Bajé rápidamente los escalones del refugio y al llegar abajo produje una salpicadura. Metí la mano en el agua. Fluyó en torno a mis dedos, tibia, viva. Tenía tres o cuatro centímetros de profundidad.

—¡Myriam! ¡Myriam, vuelve!

Ni siquiera volvió la cabeza. Tuve que esforzarme para distinguir el camino que debía seguir. Las piedras eran visibles, pero, como al través de una niebla, pedacitos de alga, de madera, pasaban cada vez más de prisa de un lado a otro del camino.

—Myriam… Por Dios… ¡Contéstame!

Ella se detuvo, se quitó los zapatos y los tiró lejos. Después reemprendió la marcha. Cuando llegó junto al automóvil, a mí me quedaban aún más de cien metros de camino, y a mi pesar aminoraba el paso a medida que me alejaba de la baliza como si sintiese debilitarse a mi alrededor la zona de seguridad de la que ella constituía el centro. Myriam cargó con todo lo que pudo coger en brazos y, lentamente, con la cabeza torcida hacia un lado, emprendió el regreso. Yo avancé un poco más y, de repente, mis pies se hundieron en un agujero. Estuve a punto de perder el equilibrio y me detuve, desanimado. El mar empezaba a espumear a lo largo de la calzada inundada. Miré hacia atrás. La baliza no estaba lejos. Parecía gigantesca; encima de la llanura movible. Yo no sabía nadar y, si me dejaba arrastrar fuera del vado, estaba perdido. Di unos pasos vacilantes. Myriam, allá lejos, chapoteaba vigorosamente; el agua saltaba a su alrededor. En aquel momento todo mi rencor se reavivó y, por una absurda asociación de ideas, acudieron a mi memoria las estrofas de la canción de Myriam:

Mundia mul'a Katema
Silumé si kwata ku angula
Mundia mul'a Katema…

Bueno, pues ahora estaba bien arreglada. Había querido retenerme, conservarme por todos los medios. Y los dos estábamos cogidos en la trampa. El frío me entumecía las piernas y empezaba a sentir la fuerza de la corriente.

Myriam también debía luchar porque vacilaba un poco. Nos íbamos aproximando.

—¡Suelta todo eso! —le grité.

No sé si era el agua que subía de prisa o el camino que en aquel lugar bajaba. El mar me llegó a la rodilla. Estuve seguro de que nos jugábamos la vida. Oía la respiración ronca de Myriam. Y entonces hubo un ruido como de zambullida; acababa de caerse y se debatía en el centro de un remolino blanco…

Estaba a treinta metros de mí. La corriente me hacía vacilar como un árbol atacado en sus raíces. Myriam consiguió incorporarse sobre una rodilla y recogió los paquetes. Yo seguí avanzando, un metro, dos, íbamos a morir allí, estúpidamente, por su culpa, porque no había querido abandonar sus cuadros, sus colores, sus pinceles. Una ligera brisa terrestre produjo unas olas breves, que en un santiamén destruyeron la calma inhumana del mar. El Gois sumergido se convirtió en un largo camino de espuma, un surco inmóvil y atormentado en cuyo centro nos esforzábamos por reunirnos. Ella se puso en pie, chorreando agua:

¡François!

Inmóvil, con los brazos extendidos, yo pasaba revista a mis fuerzas. Sí, creo que aún podía franquear la distancia que nos separaba y regresar con ella.

¡François!

¡No quería matarla, lo juro! Mi voluntad de salvarla estaba intacta. El viento sopló con un poco más de fuerza. Olía a heno, a tierra.

Hasta mí llegó el sonido ahogado de un ladrido. Fue ese viento apacible y lleno de recuerdos el que decidió en mi lugar. Las lágrimas nublaron mi vista. Retrocedí con precaución, como si hubiese querido borrar las huellas de mi fuga por el mar… Myriam no notó en seguida que me alejaba de ella. Buscando con el pie un apoyo sólido, dio otro paso y su tobillo cedió de nuevo. Cayó en medio de un gran chapoteo y se volvió de espaldas para gritar:

¡François!

Su terror me oprimió las entrañas. Yo mismo no era más que un torbellino de instintos luchando contra la muerte, pero en el centro de mi hecatombe conservaba un punto de lucidez atroz y me repetía el proverbio suto: «Se clava la piel de un muerto sobre otra piel».

Muerta la bruja, yo estaba libre, estaba a salvo junto a Eliane. Seguí retrocediendo, con todos mis músculos en tensión, luchando contra la corriente que me hacía doblar las rodillas. Myriam se incorporó sobre sus brazos. ¡Me daba miedo! Aún era capaz de resistir mucho tiempo.

¡François!

Era el último esfuerzo. Sus brazos se doblaron. Se debatió. La corriente la hizo caer y, de súbito, bajo su pecho, bajo sus muslos ya no hubo nada. La calzada había desaparecido. Myriam había perdido el apoyo del vado. Se iba, impulsada por la marea, sin fuerzas. La vi alejarse, azotado a mi vez por olas cada vez más fuertes. Había terminado. Me encontraba solo con la sola compañía del automóvil, de donde seguía saliendo una música alegre y una intensa luz. Me volví hacia la baliza y me pregunté si tendría energía suficiente para alcanzarla. Me sentía levantado, arrastrado de lado. También yo corría el riesgo de perder pie. Una vida sorda parecía animar el suelo sobre el que trataba de afianzarme, mientras que mis piernas se esforzaban en apartar toda la masa del mar. Luchaba fieramente, sin pensar en nada. El refugio estaba allí, como una especie de plaza fuerte. Casi quedaba sobre mi cabeza. El viento helaba el sudor de mi rostro y la respiración me quemaba la garganta. El agua me llegaba al vientre. Fue cuestión de minutos: cuatro o cinco más y me hubiera ahogado. Ahora que todo ha pasado, no sé si hubiese tenido tiempo de socorrer a Myriam. No creo, nunca cesaré de hacerme esta pregunta… Me aferré a los escalones, caí de bruces en el zócalo de cemento, junto al equipaje… Con una mejilla pegada a la piedra, escuchaba en mi interior el tumulto de la sangre. Después, el miedo volvió a apoderarse de mí. Estaba aún demasiado cerca de las aguas que ascendían y, mediante las barras de hierro clavadas en la columna, llegué, jadeante, a la plataforma. Desde allí descubrí el auto semisumergido. Los faros, completamente cubiertos, no se habían apagado, y el mar, herido por la luz, tenía un color verde irreal, pero la música había cesado. Escudriñé el lugar donde Myriam había desaparecido. Escuché. Sólo oí las olas que chapoteaban al pie de la torre. Traté de ver qué hora era, pero no lo conseguí; sin embargo, me era fácil calcular que no podría escapar del Gois antes de las siete de la mañana.

Empezó la larga, la horrible vigilia. Me desvestí para retorcer el pantalón y vaciar de agua los zapatos. Me friccioné. Anduve alrededor de la plataforma. Estaba aún aturdido. ¡Había ocurrido todo tan de prisa! Mi mente experimentaba un retraso con respecto a los acontecimientos, pensando en las faltas que habíamos cometido, como si hubiese existido algún medio para detener el tiempo, para volver atrás e impedir el drama. ¡Pero Myriam estaba muerta! ¡Yo la había matado! ¡En legítima defensa…! ¡No! Era menos sencillo, mucho más complicado. Estaba cansado de ella y, de repente, había comprendido que se me presentaba una ocasión propicia. Sabía que era a la vez culpable e inocente, pero, ¿en qué medida lo uno, en qué medida lo otro? Por mí mismo, nunca conseguiría desenmarañar este enredo de motivos, de razones, de móviles… ¡Tenía vergüenza y me sentía indescriptiblemente aliviado! Los faros del automóvil se apagaron y mis pensamientos siguieron otro camino. Myriam no había hablado a nadie de nuestra marcha. Si tenía la suerte de no ser descubierto en mi refugio, si podía regresar a casa sin ser visto, si tenía tiempo para destruir mi confesión y ocultar los billetes antes que Eliane despertara, sin duda nadie me molestaría. Nada tenía que temer de Ronga. Estaba seguro de su amistad. Callaría. No revelaría a nadie mis relaciones con Myriam. Encontrarían el «Dauphine», se descubriría la desaparición de Myriam, se pescaría su cuerpo en la bahía y se deduciría que había ocurrido un accidente. ¡Era un accidente! La investigación no conduciría hasta mí. Sería completamente imposible demostrar que yo estaba con ella en el automóvil. Por fortuna, mis maletas estaban aún en el «2 CV». No tendría más que coger el autocar de la noche y regresar en mi coche… Me puse el pantalón. Se secaría más de prisa sobre mi persona. Me calcé los zapatos y bajé al zócalo de la baliza. El mar rompía contra el obstáculo lanzando nubes de espuma que me inundaban. Me sujeté con fuerza a la escalera y con el pie empujé al agua las maletas, los cuadros, los últimos objetos comprometedores. Se alejaron, empujados por la corriente. Era como si acabase de ahogar a Myriam por segunda vez. Volví a mi refugio y, lentamente, lo horrible de mi acción me penetró como un frío mortal. Era inútil que buscara excusas, era un criminal, porque supongo que la intención es lo que hace el crimen… Había suprimido a un monstruo. ¿Se es un asesino cuando se hace

desaparecer a un monstruo? Así, sin un segundo de descanso, hasta el alba, los remordimientos y las dudas me desgarraron. Cuando amaneció, el mar bajaba desde hacía ya un rato. El «Dauphine», manchado de barro, había sido arrastrado a una docena de metros de la calzada. El sol iluminó el mar hasta el horizonte. Estaba vacío. Miré el Gois, hacia la isla. Nadie… Hacia Beauvoir. Nadie. Bajé hasta el nivel del agua. La corriente era débil, pero había que esperar aún. Me castañeteaban los dientes. Los zapatos, endurecidos, me desollaban la piel. Por fin, me arriesgué. Emprendí la marcha con el agua hasta medio muslo. Al principio fue muy difícil. Pero, una vez rebasados los restos del «Dauphine», el camino ascendió un poco y progresé más rápidamente. El sol me calentaba el rostro, el pecho. De vez en cuando recuperaba el aliento apoyándome en los piquetes. La costa se aproximaba. Pronto el mar no me llegó más que a los tobillos. Y después encontré el camino alquitranado, seco, y la salida del Gois. Eran las seis y media. Había hecho bien en no esperar el fin de la marea para abandonar la baliza, porque a lo lejos divisé una camioneta que llegaba. Abandoné la carretera nacional y a campo través llegué a mi casa por la parte de atrás. Eliane dormía aún. Los fajos de billetes y el sobre seguían en la mesa de mi despacho. Los encerré bajo llave, me desvestí y me froté con alcohol para reaccionar. Estaba muerto de fatiga, pero fuera de peligro. Me amodorré un breve rato en un sillón. Cuando Eliane se despertó me encontró junto a ella, en batín, con los ojos abotagados, igual que un hombre que acaba de levantarse, y cándidamente me preguntó:

—¿Has dormido bien? No te he oído…

Sin contestar, le di un beso:

La misma noche empezó la investigación. En toda la comarca no se hablaba más que del accidente del Gois. Al otro día, los diarios publicaron una fotografía de Myriam. Los pescadores exploraron la bahía. Yo me mantuve quieto. Había ido a recuperar el «2 CV» y había vaciado las maletas. Pasaba todo el tiempo a la cabecera de Eliane que, después del último ataque, el más violento, se restablecía lentamente.

—Curarás —le repetía—. Estás ya mucho mejor.

La salud de Eliane era mi única recompensa y, en cierto modo, mi justificación. Necesitaba mucho este consuelo, porque sin cesar

revivía la escena del Gois. ¡Qué digo! Eran todos los acontecimientos de aquella primavera los que examinaba una vez más, uno por uno. Muerta Myriam, desaparecida la preocupación de su presencia malhechora, todo me parecía oscuro. Lo que se me había antojado evidente, lo encontraba dudoso. Por eso he escrito este relato. Lo he escrito de un tirón, no sólo durante las largas tardes en que Eliane descansaba, sino también durante una parte de las noches… Eliane, con el egoísmo de los enfermos, no se fija en mi rostro demacrado. Con todas sus fuerzas trata de curarse. Vuelve a reír, a bromear. Yo, en cambio, me juzgo. ¡Y me condeno! Podría tratar de olvidar.

La investigación ha terminado. El cuerpo de Myriam no ha sido hallado aún. El «Dauphine» ha sido remolcado hasta Beauvoir. Lo he visto pasar, cubierto de limo. Los diarios ya no hablan del accidente. Nadie ha venido a interrogarme. Sí, podría olvidar. Pero este relato, llevado hasta su final, me abruma. Sin embargo, no he olvidado ningún detalle. ¿A qué se debe, pues, que ahora tenga la impresión de haber olvidado algo o de haber interpretado mal ciertos acontecimientos, ciertas circunstancias? ¡Tal vez mi verdadera culpabilidad estribe en eso! Sé que Myriam quiso matar a Eliane. Vi el pozo arañado por las cuerdas de los salvadores. Vi la trampa abierta. Vi el tobillo tumefacto de Myriam. Vi a Eliane casi moribunda. Y después, Myriam se ahogó ante mis ojos. Me llamó cuatro veces y… cómo decir… si todo hubiese sido como yo creía, no me habría llamado con aquella voz, aquella voz que, hasta el final, confió en mí. Usted leerá este relato. Tal vez comprenda lo que yo no he podido aclarar. En cuanto a mí, mi decisión está tomada. Voy a denunciarme. Es preciso. He preparado la maleta. Está en el «2 CV». Me marcharé dentro de un rato, como todos los sábados. Besaré a Eliane. E iré a Nantes a entregarme. Dejé morir a Myriam para proteger a Eliane; ahora, Eliane ya no tiene nada que temer. He de pensar en Myriam. Me parece que, acusándome, disminuiré sus faltas. Echaré una parte de ellas sobre mí. Ya lo sé, nadie me pide nada. Desde el punto de vista de la lógica, hago mal. Y puesto que he querido proteger a Eliane, debería evitarle esta última prueba. Es cierto. Pero amo a Myriam. La amo aún, pese al horror y al asco que a veces me inspiró. Tal vez a causa de ese horror y de ese asco. Es imposible que una mujer sea tan mala.

¿Entonces? ¿Me habré equivocado? Si me he equivocado, que me encierren. De todos modos, no puedo más. Una parte de mí murió en el Gois y estoy cansado de sobrevivir. Me interrogarán, me atormentarán de mil maneras. No contestaré. Me pongo en sus manos. A usted le escucharán; le creerán cuando les diga quién es el verdadero culpable: Myriam o yo.

12

Viernes.

Querido François:

He vacilado mucho tiempo antes de escribirte estas líneas. ¡No sé por dónde empezar! Si fueses otro hombre, podríamos explicarnos. Sé que he cometido errores. Tal vez no he sido la mujer que tú necesitabas. He tratado de hacerte feliz lo mejor que he sabido. Yo tenía de la felicidad una idea muy sencilla: la felicidad consistía en estar contigo. Pero ahora he comprendido que esto no te bastaba. Tú me amabas, sí, creo que me querías. Pero también creo que no era para ti lo bastante original; simplemente una compañera, un ser al que se conoce a fondo. ¡Mi pobre François! Es cierto, no soy como tú. Yo no tengo misterio. Pero si de veras te hubieses fijado en mí, hubieses notado, por lo menos, que era capaz de sufrir. Y por tu causa he sufrido, he sufrido muchísimo. No pretendo darte lástima. Ahora estoy ya decidida y puedo hablarte casi fríamente, porque sólo me quedan dos días de vivir a tu lado. Desde hace una hora sé que piensas marcharte. El domingo por la noche me dejarás para irte con esa mujer. Finalmente, ella ha vencido. ¡Sea! Dentro de algún tiempo te enterarás de que he muerto. Tal vez te sientas apesadumbrado. ¡Incluso es seguro! Llorarás por ti mismo, porque eres muy propenso a cultivar las emociones delicadas… ¡Perdóname! No puedo contener mi rencor. ¡Tú eres el culpable, François! En estos últimos tiempos me has convertido en una mujer mala y desesperada. Pero no has conseguido convertirme en una tonta. ¡Esto es lo que quiero que sepas! Soy una mujer

sencilla, lo reconozco. La otra es, sin duda, más distinguida, más inteligente que yo. A veces, allá lejos, hablaréis de mí. No tendrás derecho a decir: «Eliane, sí… Era muy buena, pero no demasiado lista», porque he conocido todos los detalles de tu aventura, todos, y desde el principio. En seguida supe, por instinto, que amabas a otra mujer. Luché contra esa sospecha. Te quería demasiado, François; confiaba ciegamente en ti. Para mí, el amor era, ante todo, una palabra dada. Había también lo demás, que siempre me ha parecido un poco secundario: las caricias, el placer, la intimidad; pero la palabra dada lo dominaba todo. Por eso, aparté las sospechas. Tú estabas más distraído, más ausente que de costumbre. Ya no me veías. Al principio, lo atribuía a tu trabajo. Pero muy pronto tuve que reconocer que eras feliz. François, no puedes saber lo que esto es. Tú, siempre preocupado, siempre rumiando pensamientos ocultos, te mostrabas adrede lleno de preocupaciones. Fruncías el ceño, te mordías los labios; pero tus ojos brillaban, a tu pesar; andabas más de prisa, había en tu manera de enderezar los hombros, de erguir la cabeza, algo nuevo, algo joven que me desgarraba. El amor estaba en ti como un polen. Percibía su olor. También Tom, que ya no te conocía. Creí que habrías conocido a alguna campesina; imaginaba que sería algo pasajero y resultaba ya horrible. Me esforzaba en encontrarte disculpas. Nunca he entendido muy bien ese impulso que os echa sobre nosotras, la necesidad que tenéis de tocarnos, como si bajo nuestra piel hubiese algo que descubrir, algo que constituyese un secreto y un alimento. Me expreso muy mal porque ni siquiera para mí está claro. Pero, en fin, estaba dispuesta a admitir que habías cedido a un impulso irreflexivo. Me dolía, y, sin embargo, conservaba alguna esperanza. A menudo me lo has dicho: soy una mujercita razonable y me abstengo de pedirle demasiado a la vida.

¡Y después, un buen día, Ronga vino a verme! ¡La buena, la excelente mujer! ¡E incluso excelente amiga! ¡Cuánto tengo que agradecerle! En seguida supe que podía confiar en ella, apoyarme en ella. Su devoción ha sobrepasado mis esperanzas. Pero, ¿qué podíamos Ronga y yo contra vosotros dos? Erais los más fuertes.

Desde el primer momento tuve la intuición de que todo estaba perdido. Ronga había sido enviada por su dueña para tomar

fotografías de la casa. Lealmente, me advirtió. Myriam te amaba, quería saberlo todo de ti, de tu vida. No sé quién es esa Myriam ni me interesa saberlo, pero cuando una mujer es capaz de inspirar tanta animosidad a su criada, es que no vale gran cosa. Tal vez yo no sea más que una burguesa cegada por los prejuicios. Sin embargo, me parece, François, que hubieses debido desconfiar. ¿Es que una verdadera mujer, con la que uno se casa, junto a la que uno envejece, cría un guepardo, pinta, lleva esa vida bohemia? ¿Y ese pasado escandaloso en África? ¡Esos matrimonios destruidos! ¡La muerte extraña de Monsieur Heller! Conocías todos estos detalles. ¿No te repugnaron? La honesta Ronga apenas se atrevía a contármelo. Todavía la veo, diciéndome: «Es preciso que estas cosas no vuelvan a suceder. Monsieur Rauchelle no es malo, pero es débil. Se dejará dominar si usted no hace nada». ¿Qué hacer? Me sentía demasiado desdichada para defenderme. Ronga fotografió la casa, el garaje, el jardín. Yo ya no tenía fuerzas ni para tomar la menor iniciativa. Sólo tenía un deseo: encerrarme en casa para llorar. Ronga hizo todo lo posible para consolarme. Me prometió que volvería. Cuando estuve sola… No, prefiero callar. Sólo te tenía a ti en el mundo, François, y me abandonabas. Ahora comprendía por qué tenías siempre tanta prisa por marcharte, por qué nunca sabías cuándo regresarías. De esta manera, cada día pudiste mentirme… Pero ¿de qué sirve volver a hablar de eso? Estaba lejos de mi casa, en una región abominablemente triste, sin una amiga… No había solución. Resolví terminar. No tenía un arma, y tampoco me sobraba valor. ¿Por qué pensé en el pozo? Lo ignoro. Sin duda creí que era fácil franquear el pretil y dejarse caer. Nadie me vería. Nadie me oiría. Y tenía la impresión de que esa muerte adquiriría un carácter especialmente dramático. Que a la vez tú sufrirías, que me compadecerías, tal vez incluso que renunciarías a la otra. Cuando se llega a lo más hondo de la desdicha, se tienen ideas extrañas, François. Lo que me dio fuerzas para llegar hasta el final fue, precisamente, esta convicción de que iba a separaros. Y no me equivoqué de mucho, puesto que estuviste a punto de romper. Más tarde, a menudo he maldecido a Tom. Sin él, no me habrían salvado y me habría ahorrado muchos sufrimientos. Pero cuando recuperé el sentido,

cuando te vi inclinado sobre mí, ¡qué dicha experimenté! Porque, por lo menos en aquel momento, todavía me amabas; te había encontrado de nuevo. Tus lágrimas, tus lágrimas, François, eran sinceras. ¡Así, pues, no todo se había perdido! ¡Ah! si hubiésemos tenido entonces la honradez de contarnos la verdad! Pero, ¿cómo iba a confesarte que había querido matarme? Y tú permanecías hermético, enredado en tus remordimientos y en tu famosa dignidad. Callabas. O bien me interrogabas sobre lo que llamabas «el accidente». Parecías creer que me habían empujado. Era absurdo, pero de ti ya nada me sorprendía. Sin embargo, tan pronto como vi a Ronga, le detallé lo ocurrido. Ella vino a menudo a verme durante mi convalecencia. Para una mujer robusta como ella, el bosque de la Chaise estaba apenas a una hora de bicicleta del Gois. Salía un poco antes y se detenía en Barbâtre. Si tú no aparecías durante los primeros minutos de la marea baja, ello significaba que el camino estaba libre. ¡Mi pobre Françoise, incluso en el amor eres hombre de costumbres! Ronga te había observado. Varias veces te vio atravesar antes de que el agua acabara de retirarse, para llegar más pronto. Cuando, al cabo de un cuarto de hora no te había visto, Ronga sabía que estabas haciendo tus visitas. Entonces, de prisa, venía aquí. Yo le había recomendado que entrara por detrás, y estoy segura de que nadie nunca la vio entrar o salir. También nos telefoneábamos con frecuencia. Ronga me llamaba desde la cabina de Noirmoutier. Pensaba en todo. Nunca he conocido una mujer más astuta, más decidida. Me quería con todo su corazón. Cuando le confesé que había querido matarme, lloró como ni siquiera tú lloraste, y me hizo prometer que no lo intentaría de nuevo. Desde aquel momento buscó el medio para separaros. Yo la orienté involuntariamente el día que le hablé de los libros que habías comprado. Se los enseñé. Leyó las notas que habías tomado durante esas largas veladas en las que yo te esperaba inútilmente. En seguida comprendió lo que habías pensado. Sabías que Monsieur Heller había muerto en circunstancias extrañas y que su mujer tuvo que emigrar. Sospechabas, pues, que tu amante me había tirado al pozo gracias a prácticas misteriosas. Yo sola nunca hubiese llegado a esa conclusión, pero para Ronga era muy natural; Ronga ya no creía en la magia y,

sin embargo, no se encontraba completamente desligada de ella. Por eso, al cabo de poco tiempo, tuvo la idea del impermeable. Yo la acepté con escepticismo. Cuando escuché a Ronga exponerme su plan, incluso estuve a punto de negarme a participar en la operación. Mas para recuperarte, François, lo hubiera intentado todo. Esto u otra cosa, poco importaba. ¡Me sentía tan cansada! El guepardo había mordido a Myriam. ¡Mejor! Hubiese deseado que la degollara. En cuanto a lo demás, me daba lo mismo. Me entregué sin demasiada confianza a la maniobra que adivinas. La madre Capitana me vio salir en bicicleta. Pero no fui a Beauvoir. Rodeé la casa. No sin repugnancia me puse el impermeable, me vendé el tobillo y salí al camino. Evidentemente, para la madre Capitana fue otra mujer la que empujó la verja; incluso para Tom me había convertido en una extraña a quien enseñaba los dientes. Llevaba sobre mí el olor de la otra y de su guepardo. ¿Cómo podría perdonarte? Y, sin embargo, cuando un poco más tarde descubriste la trampa del garaje abierta, me diste lástima, François. Tan aparente resultó tu turbación, tanto miedo tuviste. ¡Ah! ¡Ronga no se había equivocado! Podías querer a tu amante, pero la juzgabas capaz de matar.

¡Me sentí vengada! ¡Con qué terrible placer seguí entonces los progresos de tus sospechas, de tu angustia! Por la noche empezabas por entretenerte en el jardín. No sólo hiciste cegar el pozo y la trampa, sino que nunca terminabas de asegurar las puertas. Y, cada vez más a menudo, fijabas en las cosas o en mí esa mirada vacía y levemente aterrorizada que tan bien conocía. Allí, en la isla, lo sabía por Ronga, te peleabas con la otra. Verdaderamente, tuve la impresión de que triunfaba. Al mismo tiempo, sentía algo de vergüenza por nosotros dos. Y no me sentía en absoluto orgulloso al ver que te engañaba. Un hombre enamorado, ¿resultaba tan débil, tan crédulo, tan vulnerable? ¡Hasta entonces había vivido como en el limbo! En pocas semanas yo también me volví astuta; descubrí la pasión y sus delirios. ¡En tu lugar, a esa Myriam la hubiese matado veinte veces! Pero, al deslizar en tu espíritu la duda, por tu mediación la alcanzaba ya, la hería, la hacía sufrir. Y tu rostro atormentado me proporcionaba espasmos de alegría. Ahora, la

idea de Ronga me parecía admirable. Hubiese querido perfeccionarla aún más, añadirle nuevos hallazgos; ya no retrocedía ante nada. Así que te ibas al trabajo, me precipitaba a tu despacho y abría tus libros, esos libros llenos de locuras y de frenesí. Leía tus fichas. Yo también perdía la cabeza. Sin decírselo a Ronga, confeccionaba a solas, para mí, para tranquilizar mi inquietud constante, efigies deformes de Myriam, con miga de pan, que atravesaba con agujas. Aprendía de memoria letanías incomprensibles, citadas por tus autores como maleficios modélicos. Al despertarme, al dormirme, pedía la muerte de esa mujer. François, François, ¿qué has hecho de mí? ¡Tal vez me haya vuelto peor que ella!

Y después tuve que rendirme a la evidencia. Volvías a ir a la isla. No podías pasar sin ella. Por Ronga me enteré de que había envenenado a su guepardo con el arsénico que te había robado. Igualmente supe que se proponía marcharse de Francia. ¡Pero Ronga no podía decirme si tú te disponías a marcharte con ella! Pasé unos días espantosos, buscando inútilmente un medio para retenerte. Ronga me había mostrado el camino adecuado. Resolví seguirlo hasta el final. Me resultaba fácil obtener en tu farmacia un frasco de arsénico. Tuve el valor, François, el valor espantoso de envenenarme. ¡No para morir! ¡Por lo menos, no para morir en seguida! Sólo para obligarte a permanecer junto a mí. Estaba segura de que no te atreverías a marcharte. ¡Amas demasiado a los animales! ¡Y yo no era más que un animal desdichado, yo, tu mujer! Ronga me suplicó que renunciara a ese proyecto. ¡Estaba loca de angustia! Pero yo no podía ya escoger. Mi primera tentativa, la del impermeable, había fracasado y, puesto que Ronga, despedida, se vería obligada a alejarse, sólo me quedaba esta última oportunidad, tal vez podría retenerte. ¡Quizás incluso te apartaría, por fin, de esa mujer! ¡Porque tú no dejarías de achacarle mi envenenamiento! Quien ha matado a su perro o a su guepardo bien puede matar a su rival. Cuando diluí los comprimidos, mi mano no temblaba. Pero cuando bebí el veneno… ¡ya no sabía si te amaba o te odiaba! Después, cuando los primeros dolores me atenazaron el vientre, os maldije a los dos. ¡Lo que llegué a sufrir! Era inútil que estuvieses junto a la cama, me cogieses la mano; no conseguía perdonarte. Te veía tal

como eres, François. Me pregunto cómo puede sobrevivir el amor cuando el ser a quien se ama es así juzgado, bajo una especie de luz implacable. Pero, pese a los dolores físicos —pequeños, comparados con los otros—, estaba decidida a todo. No vacilé en absorber otra pequeña dosis de veneno, casi ante tus ojos, mientras comprobabas mi bebida y mis alimentos, para dar a tus sospechas un giro decisivo. ¡Era Myriam la culpable! Debía hacer que te convencieras por completo de esta idea. No perdía ninguno de tus ademanes, ninguna de tus miradas, porque había llegado el momento de que escogieses: ¡O Myriam o yo! Durante cuatro o cinco días creí que la balanza se inclinaba a mi favor. ¿Qué clase de hombre eres? Me cuidabas con toda la devoción de que eres capaz y, sin embargo, sólo pensabas en la otra. Nunca te recuperaré. ¿Es hipocresía? ¿Es debilidad? ¿O tal vez el amor no es para ti más que una emoción pasajera? Porque si hubieses necesitado a esa Myriam, o a mí, lo mismo que yo te necesito a ti, no habrías vacilado ni un momento. Casi hubiese preferido verte cortar por lo sano, brutalmente, virilmente. Tus términos medios me repugnaban. ¡A veces me decía que también Myriam era una víctima! Y después hubo la llamada telefónica de Ronga. ¡Oh, esto es muy reciente! Me parece haberla recibido hace siglos y era… ayer por la tarde. Por suerte, tú no estabas en casa. Ronga me citaba junto al Gois y me he visto con ella hace un rato. Me ha informado, por fin, de la verdad; me he enterado a la vez de que se marchaba definitivamente, de que Myriam regresaba mañana y de que el domingo por la noche os marchabais los dos. Me ha enseñado la carta que había recibido desde París. ¡Una carta insolente de alegría! Si tú no hubieses estado de acuerdo con esa mujer, no habría utilizado ese tono. ¡Hace mucho que premeditáis esto! No está resuelto en todos sus detalles, e ignoro si esperarás a tu amante en Beauvoir o si te reunirás con ella en París, pero lo seguro es que el lunes estarás lejos. He perdido.

El lunes me beberé la mitad del frasco. No fallaré. Te lo juro. Antes enviaré esta carta al bufete del abogado Guérin. Él te la remitirá. ¡Adiós, François! Lo que me consuela un poco es estar segura de que nunca serás feliz. Así que me hayas perdido, empezarás a añorarme. ¡Sólo amas lo que no tienes, pobre

hombre! Ahora es a ella a quien compadezco.

ELIANE.

Sábado:

Estimada Ronga:

La pesadilla ha terminado. Cuando me encontré con usted, mañana hará quince días, estaba esperando su marcha a Burdeos, mientras que yo… ¡Estaba resuelta a matarme, amiga mía! Ahora puedo decírselo: había tomado ya la primera dosis. ¡François no pareció demasiado conmovido! Creo que estaba entonces en plena locura, de modo que ni siquiera él sabía lo que iba a hacer. Después he comprendido hasta qué punto me había equivocado a su respecto. ¡Pero es tan enigmático! Sí, el domingo por la noche estaba completamente desesperada. Me hizo tomar un somnífero, que acepté cobardemente. No quería asistir desde mi cama a su marcha, oír cómo las puertas se cerraban una tras de otra y quedarme sola en el silencio de esta casa desierta. Pero el lunes, cuando abrí los ojos, él estaba aquí. ¡No se había marchado! En el último momento, me había preferido. ¡Tal vez esto le parezca increíble! Incluso a mí me parece que sueño. ¡Y, sin embargo, está aquí! Como yo, ha leído los diarios. Se ha enterado de todos los detalles del drama y su rostro ha permanecido tan sereno como si esa mujer hubiera sido una extraña. ¡A veces pienso que hubiese podido encontrarse en el Gois, junto a ella, y ahogarse también! ¡Quedo trastornada! ¡Él no! Cuando esta mañana he leído en el diario que habían pescado el cuerpo cerca de la Bernerie, pese a todo el odio que sentía por ella, me he conmovido. Él ha permanecido impávido. Ronga, querida Ronga, ahora estoy segura de que nunca la amó. Quiero decir, amó de veras. ¡Se engañó usted! Pudo sentirse atraído por ella, lo admito. A menudo le ha visto, según me ha

dicho, como aturdido por la pasión. Pero no se ha marchado y esto zanja toda discusión. Si esa mujer hubiese tenido sobre él aquel poder que suponíamos, François me habría abandonado. ¡Créalo! ¡Nuestras pequeñas confabulaciones hubiesen sido inútiles! ¡Ahora me hacen gracia! La vida seguirá como antes, mejor que antes. Se reanuda ya. He recuperado las fuerzas. Me embellezco para él. Ante todo, ¡y con qué alegría!, he destruido la carta que había escrito antes… Pero no quiero hablar más de eso. Resulta agradable, Ronga, olvidar, ser feliz, oírle andar por la casa. Va y viene, y sus botas hacen crujir el parquet. Por todas partes huele a pipa; me gusta ese olor. Me gusta todo lo de él, incluso sus silencios y sus miradas inexpresivas. ¡Tal vez antes no supiese amarlo! Le amaba en idea. Aún no estaba identificada con su presencia. Desde hace poco he aprendido que donde no está el cuerpo no existe ya el amor. Antes, esto que escribo, me habría escandalizado. He cambiado, ya no soy la misma. Ya no siento odio. Pienso en Myriam con benevolencia. ¡Tal vez ella sufrió también!

Ignoro, mi querida Ronga, si volveremos a vernos. Pero sepa que le estoy profundamente agradecida. Me ha ayudado de una manera que nunca olvidaré. Gracias. Termino rápidamente la carta porque François está a punto de bajar. Es sábado y se marcha a Nantes, como cada semana. Va a hacer recados, a renovar su provisión de medicinas y, sin duda, al cine. Le gusta este paseo y yo deseo que reanude todas sus costumbres. Él no sospecha que yo lo sé. ¡Ni nunca lo sospechará! A mi lado será un niño perdonado. Escríbame de vez en cuando, Ronga. Soy su amiga de corazón.

ELIANE.

—Espera, François. He preparado una lista de encargos. Necesito cera para el piso. En Beauvoir me cuesta demasiado cara. Y, después, dos varillas para cortinas. He anotado las medidas… Y luego, ya verás, cinco o seis cosillas más… Dime adiós, François… Bésame… Hubieses podido afeitarte… ¿Qué llevas en ese sobre tan grueso? Apuesto a que es dinero. ¿No? ¡Hombre misterioso…! No regreses demasiado tarde… Te he preparado una sorpresa para la

cena… Adiós, François, cariño mío. De tanto frecuentar los animales, te vuelves mudo como ellos. ¡No me importa! Te amo tal como eres… No tardes… Te esperaré.

FIN



BOILEAU-NARCEJAC (1948-1998). Sus historias son emocionantes y atractivas. Escribieron el tipo de libros que ningún lector quisiera terminar. Pierre Boileau y Pierre Ayraud, también conocido como Thomas Narcejac, formaron uno de los dúos más prolíficos de la literatura francesa del siglo XX: Boileau-Narcejac. Antes de convertirse en un tándem de novelistas, cada uno ya tenía una carrera exitosa en el género de la novela policiaca. Ambos fueron ganadores del destacado Prix du Roman d'Aventures (Premio de Novela de Aventuras), otorgado cada año a la mejor obra de detectives de ficción. Boileau ganó por *Le Repos de Bacchus* en 1938 y Narcejac por *La Mort est du Voyage* en 1948. El día crucial para el tándem llegó precisamente en 1948 cuando la pareja se conoció en una cena en honor a Thomas Narcejac por su reciente premio. Allí, una conversación entre ambos llevó a un acuerdo sobre lo que debería tener una gran novela de detectives, y decidieron comenzar a trabajar juntos. Su idea era crear un estilo nuevo y único para el género. ¡Ciertamente lo lograron! Su primer trabajo juntos fue *L'Ombre et la Proie*, bajo el seudónimo de Alain Bouccarèje, un anagrama de Boileau-Narcejac. En 1952, *Celle qui n'était plus* se convirtió en su primera novela bajo el seudónimo de Boileau-Narcejac. Aunque se convirtió en un éxito mundial, la novela fue inicialmente rechazada por varios editores antes de que fuera aceptada por Denoël. La novela resultó ser una de las favoritas del

género y se adaptó al cine varias veces. La adaptación más notable es el *thriller* francés *Les Diaboliques*, de 1955. Según una leyenda urbana, el director Henri-Georges Clouzot ganó a Alfred Hitchcock los derechos de la obra para cine por cuestión de horas. Boileau-Narcejac publicaron más de 40 novelas juntos, siempre escribiendo en un estilo único. Su método era único; siempre crearon a través de correspondencia y nunca se sentaron juntos para trabajar en un proyecto. Boileau proporcionaba los argumentos y las ideas principales, mientras que Narcejac decidía la atmósfera y la caracterización de los personajes. Su fructífera colaboración terminó en 1989 con la muerte de Pierre Boileau. Thomas Narcejac murió en 1998.